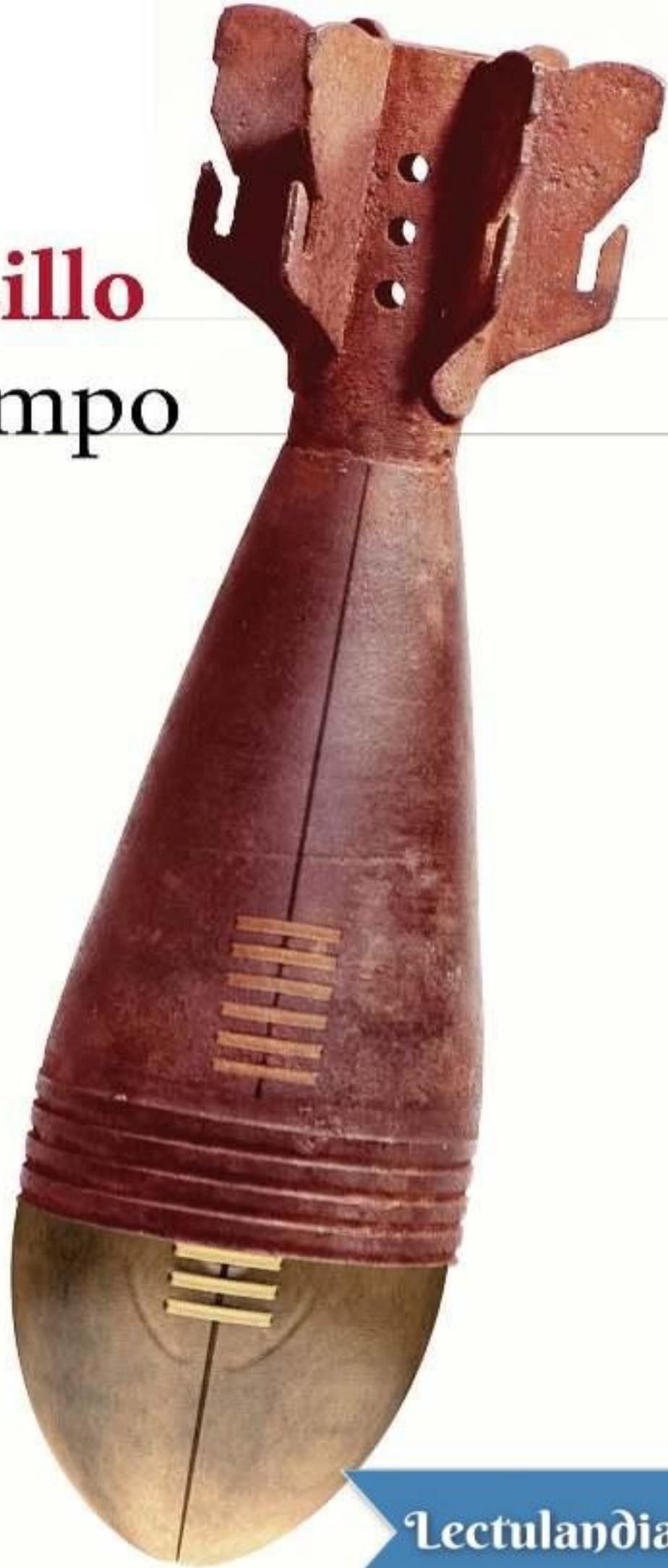


Don DeLillo

Fin de campo



Lectulandia

En el Logos College, al oeste de Texas, jóvenes enormes, enfundados en trajes con hombreras gigantes y cascos brillantes, juegan al fútbol americano con pasión intensa. En una temporada sorprendentemente victoriosa, el perplejo y distraído jugador Gary Harkness está obsesionado con la guerra nuclear. Asustado y fascinado a la vez, escucha cómo sus compañeros de equipo discuten las tácticas futbolísticas en los mismos términos en que los generales hablan del conflicto global. Pero mientras las terminologías del fútbol y la guerra nuclear se intercambian, la naturaleza polisémica de las palabras emerge, y DeLillo nos obliga a ver más allá de la realidad estéril de la sustitución. Esta inteligente novela es un estudio atemporal de la obsesión del ser humano con el conflicto y la confrontación.

Lectulandia

Don DeLillo

Fin de campo

ePub r1.0

Titivillus 13.08.16

Título original: *End Zone*
Don DeLillo, 1972
Traducción: Javier Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

1

Taft Robinson fue el primer estudiante negro que se matriculó en el Logos College del oeste de Texas. Lo cogieron por su rapidez.

Para el final de la temporada ya era fácilmente uno de los mejores corredores de fútbol americano de la historia del Sudoeste. Con el tiempo habría acabado en los televisores del país entero, haciendo publicidad de automóviles de ocho mil dólares o de espuma de afeitar con aroma a aguacate. Su nombre aparecería en una cadena de locales de comida rápida. Su biografía, en la parte de atrás de las cajas de cereales. Se podría escribir una monografía soporífera exclusivamente sobre ese tema, el atleta moderno como mito comercial, con notas a pie de página. Pero no es lo que me propongo hacer aquí. Aquel año tuvo otras entonaciones, al menos para mí, el fenómeno del antiaplausos: las palabras descompuestas en forma de sonido en bruto y el consiguiente silencio de textura metálica. Y por eso Taft Robinson, para bien o para mal, hace poco más que rondar este libro como un fantasma. En cierta manera me parece adecuado. El hombre invisible lleva tiempo rondando por la mansión (atención a la metáfora doble).

Pero centrémonos en las cosas simples. Los jugadores de fútbol americano son gente sencilla. Toda complejidad, toda política oscura del alma humana y del corazón, queda contenida por los bordes de tiza del campo de juego. A veces las visiones extrañas cruzan reverberando ese campo; la locura se filtra al exterior. Pero en cualquier otro lugar, el jugador de fútbol americano viaja siguiendo la más recta de las líneas. Sus pensamientos son saludablemente vulgares y sus actos no se ven complicados ni por la Historia ni por los enigmas, los holocaustos o los sueños.

La pasión por la simplicidad, por las cosas genuinas de antaño, como los niños repartidores de periódicos en bicicleta, pobló nuestros días y noches durante aquel verano inclemente. Nos entrenábamos bajo aquel calor ondulante sin nada en que apoyarnos más que la convicción de que las cosas allí eran simples. Golpear y encajar golpes; marcar al guardia escolta; atropellar a gente; chupar hielo y adoptar la posición de tres puntos. Éramos un equipo eficiente y entregado, dirigido por un entrenador ambicioso y por sus siete opresivos ayudantes. Algunos de nosotros éramos más simples que otros. A unos cuantos se nos podía considerar parias o exiliados; tres o cuatro, como pasa en todos los equipos de fútbol americano, estaban locos. Pero todos, hasta yo, estábamos entregados.

Entrenábamos en la hierba a cuarenta y un grados bajo el sol. Atacábamos el tren de blocajes y correteábamos por entre las cuerdas entrelazadas. Nos plantábamos en lo que se llamaba el pasadizo (una franja muy estrecha de campo flanqueada a ambos lados por muñecos de placaje) y hacíamos enfrentamientos individuales, perseguidor de quarterback contra placador, luchando con las manos hasta derribar al contrario. Dábamos cabezazos, arañazos y coces. Había peleas a puñetazos a punta de pala. Hubo una refriega generalizada y caótica que los entrenadores permitieron durante

cinco minutos, plantados en las líneas de banda con expresiones placenteramente aburridas, mientras nosotros nos propinábamos patadas en las espinillas y arreábamos zurdazos y rechazos idiotas a las caras enjauladas. Los más impulsivos se sacaban el casco y lo usaban para golpear todo lo que se moviera. Por las noches rezábamos.

Yo era uno de los exiliados. Hubo muchas veces, créanlo ustedes, en que me pregunté qué estaba haciendo en aquel lugar remoto y abandonado, en aquella tundra estival, recibiendo somantas de palos de una pareja de texanos de ciento diez kilos a los que les salía espuma por la boca. Tan cansado y dolorido por la noche que no podía levantar el brazo para cepillarme los dientes. Obligado a obedecer las órdenes descabelladas de hombres nada razonables. Apartado de todas las modalidades de civilización que yo hubiera conocido o estudiado. Coreando todas las noches, junto con el resto del equipo, las oraciones de nuestro entrenador, hechicero y patriarca vengador. Obligado a llevar una vida simple.

Luego nos contaron que Taft Robinson venía a nuestra universidad. Yo esperaba con ganas su llegada: un acontecimiento, por fin, en una época de incidentes y pequeñas desesperaciones. Pero a mis compañeros de equipo la noticia pareció ensombrecerlos. Era una ruptura con la simplicidad, el rincón fantasmal de un sueño, un episodio de magia boscosa que los asustaba por las noches.

Taft venía traspasado de Columbia. Todo lo que se contaba de él era bueno. 1) Corría las cien yardas en 9,3 segundos. 2) Tenía buenos movimientos y buenas manos. 3) Era fuerte y casi nunca soltaba el balón. 4) Rompía placajes como si estuviera pasando por el torno del metro. 5) Podía hacer placajes ofensivos, cuando le apetecía.

Pero sobre todo podía volar: un registro de 9,3 en las cien yardas. Rapidez. Tenía rapidez de velocista. La rapidez es la única emoción que queda, la única que no hemos gastado, provista de un potencial todavía desnudo, el misterioso don negro que emociona a millones de espectadores.

(Exiliado o paria: cuando la temperatura pasa de los cuarenta grados, la distinción tiende a esfumarse.)

Taft Robinson llegó a principios de septiembre, un par de semanas antes de que empezara el curso. El equipo, originalmente compuesto por un centenar de hombres, aunque pronto reducido a sesenta y después todavía a menos, se había presentado a mediados de agosto. Taft se había perdido los entrenamientos de primavera y veinte días de la temporada en curso. No pensé que pudiera ponerse al día. Yo estaba en la oficina de la presidenta cuando llegó. La presidenta era la señora de Tom Wade, la viuda del fundador. Todo el mundo la llamaba la señora de Tom. Era la única mujer que he visto en mi vida a la que se podía aplicar de forma pertinente el adjetivo *lincolniana*. Más allá de su apariencia, yo no tenía ninguna idea en firme de si era real; alta, de cejas negras y más descarnada que un clavo de vía de tren.

Yo estaba allí porque era del norte. Al parecer creían que mi presencia haría que Taft se sintiera más en casa, algo que a mí me parecía risible. (Él era de Brooklyn y había ido a Columbia tras pasar por el Boys High, un instituto conocido por los deportistas que producía). La señora de Tom y yo lo esperábamos sentados.

—A mi marido le encantaba este sitio —me dijo ella—. Lo construyó de la nada misma. Tuvo una idea y trabajó en ella hasta el final. Creía en la razón. Era un hombre de razón. Adoraba la palabra misma. Por desgracia, era mudo.

—No lo sabía.

—Lo único que podía hacer era gruñir. Hacía unos ruidos asquerosos. Se le acumulaba saliva en las comisuras de la boca. No era una imagen muy agradable que digamos.

Taft entró flanqueado por nuestro entrenador jefe, Emmett Creed, y por el entrenador del cuadro ofensivo, Oscar Veech. Le calculé de inmediato la altura y el peso: poco menos de metro noventa y unos noventa y cinco kilos. Buenos hombros, cintura estrecha, cuello aceptable. La res premiada en la feria del condado. Llevaba un traje gris oscuro que debía de ser tan viejo como él.

La señora de Tom le soltó su discurso:

—Joven, siempre he admirado la perseverancia de tu gente. Lo tenéis complicado en la vida. Con franqueza: yo me opuse a esto desde el principio. Cuando me contaron el plan que tenían, les dije que era una memez. Una memez absoluta. Pero Emmett Creed es un hombre muy persuasivo. Esto no nos va a resultar fácil a ninguno. Pero ¿para qué sirve la razón, si no es para ayudarnos a salir de los baches? Ya está. Ya he dicho lo que pensaba. Ahora ya puedes irte con el entrenador Creed, y cuando hayáis acabado de hablar de fútbol, asegúrate de volver aquí y pasar a ver a la señora Berry Trout, que está en la puerta de al lado. Ella te arreglará todo lo de los cursos, el alojamiento y esas cosas. Será la Historia quien nos juzgue.

Entonces llegó mi turno.

—Gary Harkness —le dije—. Somos casi vecinos. Yo soy del estado de Nueva York.

—¿A qué altura?

—De bastante al norte. De hecho, de muy al norte. De un pueblecito de las Adirondack.

Fuimos a la residencia de jugadores, un edificio aislado que se acababa de terminar de construir pero que todavía no tenía césped delante y estaba lleno de letreros de PINTURA HÚMEDA. Los dejé a los tres en la habitación de Taft y bajé a cambiarme para los entrenamientos de la tarde. Moody Kimbrough, nuestro atajador ofensivo derecho y capitán en ataque, me interceptó cuando yo estaba pasando por la zona de isométricos.

—¿Ha llegado?

—Ha llegado —le dije.

—Qué bien. Estupendo.

En la sala de entrenamientos, Jerry Fallon tenía la pierna en el hidromasaje. Estaba haciendo el crucigrama del periódico local.

—¿Ha llegado?

—Llega a todas partes —le dije.

—¿Quién?

—El ser supremo del cielo y la Tierra. Cuatro letras.

—Ya sabes por quién te pregunto.

—Sí que ha llegado. Ha llegado entero. Ciento veinte kilos de caoba maciza.

—¿Cuánto? —dijo Fallon.

—Están pensando en ponerlo a jugar de guardia. Ha llegado con un poco más de peso del que esperaban. Unos ciento quince. De guardia izquierdo, creo que ha dicho el entrenador.

—¿Me estás tomando el pelo, Gary?

—Guardia izquierdo es tu posición, ¿verdad? Acabo de darme cuenta.

—¿Cuánto me has dicho que pesa?

—Ha llegado con ciento quince, ciento veinte. Bronce macizo, recién sacado de la fundición. El entrenador lo llama el ciento quince más rápido del país.

—Se supone que juega de corredor —dijo Fallon.

—Eso era antes de que ganara peso.

—Creo que me estás tomando el pelo, Gary.

—Pues sí.

—Hijo de puta —dijo Fallon.

Nos pasamos más o menos una hora ensayando unas jugadas nuevas. Los ayudantes de Creed se paseaban entre nosotros, gritándonos cada vez que nos equivocábamos. Creed estaba subido a la torre, examinando las dinámicas de equipo. Vi a Taft en la línea de banda con Oscar Veech. Los jugadores no paraban de echar vistazos en aquella dirección. Cuando la segunda unidad se ocupó del ataque, fui a la

otra punta del campo y hurgué en busca de un poco de sombra donde sentarme. Al final me limité a dejarme caer sobre la valla de lona y me quedé más o menos erguido, contemplando la refriega desde lejos. Aquellas pantallas de lona rodeaban todo el campo de entrenamiento para evitar el espionaje por parte de futuros oponentes. Era una de las muchas innovaciones que se le habían ocurrido a Creed, aunque en otras universidades ya existía. También había hecho construir la torre y la residencia para que el equipo de fútbol americano viviera aparte (a fin de insuflarnos sensación de unidad). Era el primer año de Creed en el Logos. Había nacido en Texas, en una cabaña de troncos o bien en un pesebre, dependiendo de quién contara la historia, a orillas del río Grande, en lo que hoy se conoce como Parque Nacional Big Bend. Por eso a la prensa deportiva le gustaba apodarlo Big Bend. Había jugado de corredor en varios equipos de la liga All-American, en los viejos tiempos de las formaciones de ala única de la SMU, a continuación pilotó un B-27 durante la guerra y por fin jugó tres años de corredor con los Bears de Chicago. Entonces se hizo entrenador, primero como ayudante de George Halas en Chicago y después como entrenador titular en la Missouri Valley Conference, la Big Eight y la Southeastern Conference. Era famoso por crear orden a partir del caos y por montar buenos equipos para universidades conocidas por ser perdedoras perpetuas. Tenía en su haber cuatro temporadas sin una sola derrota, cinco campeonatos de conferencia y dos campeonatos nacionales. Luego un quarterback suplente dijo o hizo algo que no le gustó y Creed le rompió la mandíbula. La cosa tomó aires de escándalo nacional y se pasó tres años alejado de la atención pública, hasta que la señora de Tom lo llamó para que fuera al oeste de Texas. Aquello estaba muy por debajo de la Big Eight, pero Creed se las apañó para convencer a la viuda de que un buen equipo de fútbol americano podría poner en el mapa a su pequeña y solitaria universidad. De manera que las prioridades cambiaron, se contrató a ayudantes nuevos, se cortejó a exalumnos, empezó a fluir cierta cantidad de dinero procedente del petróleo, se puso en juego una serie de aviones privados para el reclutamiento, se cambió el nombre del equipo, los Cactus Wrens por los Screaming Eagles, y Emmett Creed emprendió su regreso. Lo único que no tenía sentido alguno era la tonelada de lona que escondía nuestras sesiones de entrenamiento. Fuera no había nada más que insectos.

Se relevó a la primera unidad y puse rumbo lentamente hacia el polvo y el ruido. En lo alto de su torre, Creed habló por el megáfono:

—Defensa, os agradecería un poco de esfuerzo. En este deporte no dan puntos por apatía. Perseguid al contrario. Salid de la nada y atacadlos. Golpead. Golpead. Golpead.

En la primera jugada, Garland Hobbs, nuestro quarterback, intentó engañarme yendo directo a la línea y luego pasándosela al otro jugador atrasado, Jim Deering. Lo golpeó antes un apoyador, Dennis Smee, que lo derribó al suelo y a continuación se le unieron con retraso y bastante dureza un atajador y otro apoyador. Deering no se movió. Dos asistentes del entrenador se pusieron a decirle a gritos que estaba afeando

el paisaje. Él intentó levantarse pero no lo consiguió. Los demás caminamos hasta la siguiente línea interior y repasamos la siguiente jugada.

Todo terminó con dos vueltas alrededor de los postes de la meta. Lloyd Philpot Jr., ala defensivo, se desplomó en mitad de la segunda vuelta. Lo dejamos allí, en la zona de anotación, tumbado boca abajo, con una pierna temblándole un poco. Su padre había sido seleccionado en representación de la Baylor para el equipo de honor del circuito nacional durante tres años seguidos.

Aquella noche Emmett Creed se dirigió al equipo:

—Escribid a casa con regularidad. Vestid con pulcritud. Sed corteses. Explicad bien vuestros problemas. No seáis vagos. Si hay algo que no quiero ver ni en pintura, es un jugador de fútbol americano que hace el vago. Desplazaos de un sitio a otro con rapidez, tanto en el terreno de juego como en los pasillos de los edificios. Nunca seáis demasiado orgullosos para no rezar.

3

Rolf Hauptfuhrer entrenaba a la línea defensiva y se ocupaba también de la moral del equipo y los problemas personales. Una mañana, después del entrenamiento, vino a hablar conmigo.

—Queremos que compartas habitación con Bloomberg —dijo.

—¿Por qué yo?

—Hasta ahora su compañero era John Billy Small. Pero no ha soportado la tensión. Hemos supuesto que a ti no te importaría. Tú eres una persona más complicada.

—Claro que me importa.

—John Billy dice que se mea en la cama. Aparte de eso no hay problema. Se pone nervioso. De eso no hay duda. En ese cuerpo hay mucha tensión. Pero suponemos que tú lo puedes soportar.

—Protesto. De verdad. Yo también tengo mis tensiones.

—Harkness, todo el mundo sabe qué clase de reputación nos has traído. El entrenador está dispuesto a darte una oportunidad siempre y cuando acates las órdenes. De manera que haz lo que se te diga. Haz lo que se te diga... ¿Me oyes?

—¿Quién comparte habitación con Taft Robinson? —dije.

—Robinson no comparte.

—¿Y por qué no?

—Tendrás que preguntárselo a las altas instancias. Entretanto, lleva tus cosas a la habitación de Bloomberg.

—No me gusta la tensión —dije—. Y no entiendo por qué me ha de tocar a mí compartir habitación con gente conflictiva.

—Es por el bien del equipo —dijo Hauptfuhrer.

Aquella noche cinco de nosotros nos escabullimos al pueblo más cercano, a un sitio llamado Rooster, para ver qué se cocía. Terminamos en casa de Bing Jackmin, en las afueras, donde nos pasamos cinco horas bebiendo cerveza. Se nos unió el padre de Bing, que se cayó del porche cuando salió a darnos las buenas noches. Volvimos al campus en coche y celebramos una olimpiada ebria bajo la luz de la luna, en el margen del campo de fútbol: carreras a cámara lenta, natación sobre hierba y lanzamiento de escupitajos. Luego regresamos andando lentamente a la residencia mientras Norgene Azamianian nos contaba la historia de su nombre:

—Mucha gente se cree que es nombre de chica. Pero no lo es. Viene de las neveras Norge y de mi tío, el capitán Gene Kinney. La historia de cómo llegué a llamarme Norgene es muy interesante. Veréis, en la familia de mi madre todo el mundo, desde hace generaciones, sea hombre o mujer, siempre ha tenido nombres de pila de una sola sílaba. Nadie sabe cómo empezó, pero en algún momento de la historia decidieron que mantendrían la tradición. De manera que nací yo y llegó el momento de ponerme nombre. Y resultó que en el porche de atrás había una vieja

nevera Norvegia esperando a que alguien la tirara. Resultó también que a mi padre no le hacía demasiada gracia lo de la sílaba única, porque creía que la Biblia nos hace una advertencia contra los nombres de una sola sílaba, por lo de que Caín mató a su hermano. Y por fin se dio la asombrosa coincidencia de que mi tío Gene estaba de permiso y vino a visitarnos para ver al recién nacido, que era yo, y de esa manera pudo participar en el nombramiento y asegurar que se cumpliera con la tradición familiar. El quid de la cuestión es cómo todos estos distintos factores confluyeron en el nombre Norgene.

—Muy bien —dijo Bing—. Pero antes cuéntenos cómo es que te pusieron Azamanian.

Subí a mi habitación. Bloomberg estaba dormido, boca abajo, roncando suavemente con la cara hundida en la almohada. Era absolutamente enorme. Resultaba fácil imaginar que lo tenían sujeto a la cama con cables de amarre y lo dejaban ascender a las alturas una vez al año, como si fuera un globo de Macy's. Su nombre completo era Anatole Bloomberg y jugaba de atajador ofensivo izquierdo. Era lo único que yo sabía de él, eso y que no era texano. Uno de los marginados del equipo, pensé. O bien un exiliado voluntario, movido por su personalidad filosófica.

—Anatole —le dije—. Soy Gary Harkness, tu nuevo compañero de habitación. Démonos un apretón de manos y seamos amigos.

—Somos compañeros de habitación —dijo él—. ¿Por qué tenemos que ser amigos?

—No es más que una expresión. No quería decir camaradas hasta la muerte. Simplemente amigos en lugar de enemigos. Siento haberte despertado.

—No estaba dormido.

—Pues estabas roncando.

—Es mi forma de respirar cuando estoy boca abajo. ¿Qué ha pasado con el compañero de habitación que tenía antes?

—¿John Billy? A John Billy lo han trasladado.

—¿Se llamaba así?

—Lo han trasladado. Confío en que no te ponga tenso verme aparecer así. Lo único que quiero es que empecemos con buen pie y que evitemos cualquier tensión.

—En tu opinión, ¿quién fue más excelso? —preguntó Bloomberg—. ¿Edward Gibbon o Arquímedes?

—Arquímedes.

—Correcto —dijo él.

Por la mañana Creed nos mandó hacer una escaramuza general con un breve mensaje que resumía todo lo que sabíamos o teníamos que saber:

—No es más que un juego —nos dijo—. Pero es el único juego que hay.

Taft Robinson y yo éramos los jugadores atrasados. Taft cazó un pase alto, se escapó de dos hombres y se fue a la carrera por la línea de banda. Bobby Iselin, esquinero, renunció a la persecución en la yarda 25. Antes era el hombre más rápido

del equipo.

Durante todo el tiempo que pasamos juntos, mi padre siempre acudía a uno de sus dichos favoritos: «Mete barriga y esfuérgate más».

Jamás sugirió que aquel dicho suyo estuviera a la altura de las máximas de Teddy Roosevelt. Aun así, creía en él a pies juntillas. Estaba convencido de que a todo esfuerzo extra, a todo acto de perseverancia de un hombre fatigado les esperaba una recompensa simple pero duradera, quizá incluso el apretón de manos de un presidente. Agallas, voluntad, perseverancia y entusiasmo: aquéllos eran sus eslóganes, las cualidades que según él garantizaban el éxito. Era un viajante farmacéutico con un hijo perezoso.

Parecía que, allá donde yo fuera, me perseguía la gente que me exhortaba a meter barriga y esforzarme más. No había manera de que me dejaran en paz: mi padre, mis profesores, mis entrenadores y hasta un par de novias. Supongo que yo suponía un desafío para ellos: un cordel que no se deja anudar. Mi padre era con diferencia el más incansable de todos los que intentaban dirigirme la vida, avivar mi iniciativa, componer algún recuerdo colectivo de unas tierras difíciles de conquistar o bien de refriegas polvorientas bajo el sol. Me colgó un letrero en mi habitación:

CUANDO LA SITUACIÓN SE PONE DURA,
ES EL DURO QUIEN SE SITÚA

Me pasé tres años mirando aquel letrero (más o menos de los catorce a los diecisiete) antes de empezar a percibir cierta belleza en él. Por supuesto, su sentimentalismo no resultaba muy atractivo, pero sí que me dio la impresión de que emanaba cierta belleza de las palabras mismas, de las letras, de aquellas consonantes que se tragaban a las vocales, cierta agresividad y ternura, cierta recreación parcial de sí mismas, línea a línea, palabra a palabra, letra a letra. Todo significado se desvaneció. Las palabras se convirtieron en meras imágenes. Era un descubrimiento siniestro, para la edad que yo tenía, el hecho de que las palabras pueden escapar a sus significados. Una belleza extraña que aquel letrero empezó a transmitir.

Mi padre tenía una zona y un coche de la empresa. Vendía vitaminas, complementos nutricionales, preparados minerales y antibióticos. Su lista de clientes abarcaba una cincuentena de médicos y dentistas, una docena aproximada de farmacias, unos cuantos hospitales y algún mayorista farmacéutico. Tenía unas metas específicas, tanto geográficas como económicas, cada una conectada con las demás, y tal vez por eso detestaba cualquier desperdicio, ya fuera del cuero de los zapatos, de talento o de tiempo irrecuperable. (Manos a la obra. Espabila. Persevera). Bajo su punto de vista, valía la pena seguir los ritmos más simples y ancestrales: el ciclo eterno del trabajo, la cacería de los osos y los ciervos, el ligero bamboleo de las

mecedoras cuando las puertas mosquiteras se abrían lentamente y se cerraban de golpe mientras descendía gradualmente el huraño crepúsculo estival. Más allá de aquellas coordenadas honestas no había más que caos.

Había jugado al fútbol americano en la Michigan State. Tenía ambiciones puestas en mí y más o menos a mis expensas. Es bastante normal entre los hombres que no han conseguido ser héroes; les toca a sus hijos demostrar que la semilla no estaba empobrecida. Se había pasado todos sus sábados otoñales en la línea de banda, contemplando cómo otros caían en la batalla y se volvían a levantar al son del tronar de los tambores y de los cánticos de exhortación de la multitud. Me puso el uniforme de fútbol americano muy pronto. Luego, cuando estaba en tercero de instituto, fui seleccionado como corredor para el equipo estatal. (Aquella era la primera de sus ambiciones y resultó ser la única que satisficé). Acabé recibiendo veintiocho ofertas de becas deportivas: gastos de matrícula, libros, alojamiento y quince dólares al mes. Hubo varias insinuaciones generales de que se me darían más limosnas. Me pintaron estampas de jóvenes y encantadoras señoritas que también tenían instintos caritativos. Parecía que hasta el último rincón del país tenía mucho que ofrecer en materia de paisaje, actividades al aire libre, ocio, compañerismo e incluso, si era necesario, educación. En los espacios en blanco de los formularios de solicitud tuve que poner mi altura, mi peso, mi nota media académica y el tiempo que tardaba en correr las cuarenta yardas.

Mandé una carta de aceptación a la Syracuse University. Me sentía ansioso por engrosar su tradición de grandes corredores. Me echaron cuando me atrincheré en mi habitación con dos paquetes de galletas Oreo y una chica llamada Lippy Margolis. Ella quería esconderse del mundo y yo me presté voluntario para ayudarla. Nos pasamos un día y una noche enteros leyéndonos un libro de texto sobre economía. Daba la impresión de que las doctrinas incoherentes que se impartían en aquellas páginas la tranquilizaban. Cuando estuve seguro de haber cambiado el curso de su vida para mejor, abrí la puerta.

En la Penn State, que fue mi siguiente parada, estudié mucho y jugué bien. Pero cada día de aquel otoño fue exactamente como el anterior y exactamente como el siguiente. Yo todavía no había aprendido a apreciar la lenta y suave deriva de las cosas idénticas; los pedazos de tiempo me pasaban girando alrededor como si fueran meteoritos de un universo basado en la repetición. El clima fresco y despejado no cambió para nada durante semanas; las chicas llevaban calcetines blancos hasta las rodillas; todas las tardes a la misma hora pasaba un avión pequeño y rojo por encima del campo de entrenamiento. Aquella época en Pensilvania tuvo algo tremendamente oriental. Tropecé con el mismo escalón de la misma escalera durante tres días consecutivos. Después de aquello dejé de ir a entrenar. El entrenador de primer año me preguntó qué pasaba. Yo le dije que ya conocía todas las jugadas; que no había razón para seguir ensayándolas todas una y otra vez. Que la repetición incesante podía ser desastrosa para el espíritu. Que nos estábamos convirtiendo en un país

dedicado a la xerografía humana. Tuvimos una larga y seria discusión. Me habló mucho de mi talento y de mi valor potencial para el equipo de la universidad. Hizo hincapié en la unidad: la unidad necesaria para que un equipo triunfe. Era un buen concepto, la unidad, pero yo le sugerí que, por lo menos para mí, no podía ser verdaderamente atractivo salvo que significara unidad con Dios, con el universo o con algún superfenómeno igualmente imponente. A lo que él se refería, sin embargo, era a la unidad de once, o de veintidós. Me dijo que mi actitud era del todo incorrecta. Que la gente no asistía a partidos de fútbol para ver esquemas de pases dirigidos por teólogos. Me dijo, en la práctica, que tenía que meter barriga y esforzarme más. 1) Un deporte de equipo. 2) Necesidad de sacrificarse. 3) Preparación para el futuro. 4) Un microcosmos de la vida.

—Me está diciendo usted que lo que aprenda en el terreno de juego sobre el sacrificio y la unidad será de un valor incalculable en mi vida, ¿no? En otras palabras, que si lo dejo ahora casi seguro que estaré abandonando las contiendas más importantes del futuro, ¿no?

—Eso mismo, Gary.

—Pues lo dejo —dije yo.

Fue un acto perverso: me fui a casa y me pasé sentado todo un invierno cegadoramente blanco en las montañas de Adirondack. Estaba atravesando uno de esos extraños periodos de la juventud en los cuales solamente se ve la trascendencia en la más vacía de las paredes, solamente se encuentra en los lugares tediosos, y por esa razón me dio por darle la espalda al mundo y al letrero de mi padre y por tratar de alcanzar, y hasta de establecer, una modalidad humilde de santidad americana. La repetición que había vivido en la Penn State no era nada en comparación con aquel profundo invierno. Me pasé cinco meses sin hacer nada de forma persistente. Desayunaba en la cocina, almorzaba en mi cuarto y cenaba a la mesa con los demás, es decir, con mis padres, que llegaron a la conclusión de que me estaba muriendo de algo lento e incurable pero no se lo quería contar para no hacerles daño. Fue una deducción perfecta para todos los implicados. Mi padre descolgó el letrero y colgó en su lugar una foto enmarcada de su equipo profesional favorito, los Lions de Detroit, su foto de equipo oficial. A finales de la primavera apareció una palabra por toda la ciudad. MILITARÍZATE. Apareció impresa en plafones de cartón colocados en los escaparates de las tiendas. Garabateada sobre las vallas. Escrita a mano en hojas sueltas de papel pegadas con cinta adhesiva a los parabrisas de los vehículos. Apareció en pegatinas para coches y en vallas publicitarias.

En todos aquellos meses no conseguí nada de nada, de manera que opté por matricularme en la University of Miami. No era mal lugar. La repetición dio paso a los principios de la simplicidad. (Por consiguiente, fue una preparación para Texas). Yo tenía muchas ganas de quedarme allí. Me gustaba jugar a fútbol americano y era consciente de que a aquellas alturas me costaría encontrar otra universidad que me aceptara. Pero tuve que marcharme. La culpa fue de un libro, un volumen enorme

sobre las posibilidades de la guerra nuclear, lectura obligatoria para un curso que estaba haciendo sobre los modos de la tecnología del desastre. El problema fue simple y terrible: me gustaba el libro. Me gustaba leer sobre la muerte de decenas de millones de personas. Me gustaba regodearme en la destrucción de las grandes ciudades. De cinco a veinte millones de muertos. De cincuenta a cien millones de muertos. La desaparición del noventa por ciento de la población. Seattle borrada del mapa por equivocación. Moscú demolida. Detonaciones aéreas encima de todas las bases del Mando Aéreo Estratégico europeo. Me gustaba imaginarme los grandes edificios desplomándose, las tormentas de fuego, los puentes hundiéndose y a los supervivientes deambulando por la campiña calcinada. El carbono 14 y el estroncio 90. Espirales de escalada y situaciones de subcrisis. Gente quemada e incapaz de respirar. Gente evacuada de unas ciudades condenadas. Gente enferma y famélica. Doscientos mil cadáveres descomponiéndose en las carreteras de las afueras de Chicago. Me releí varios capítulos. Me complacía la contemplación de millones de individuos muertos y agonizando. Llegaron a fascinarme palabras y expresiones como huracán térmico, sobrecapacidad de exterminio, probabilidad de error circular, entorno postataque, disuasión absoluta, curva de tasa de dosis, índice de letalidad, revancha nuclear. Qué placer había en aquellas palabras. Me parecieron extremadamente efectivas, con sus tímidos susurros sobre unos ciclos de destrucción tan grandes que el lenguaje de las guerras mundiales del pasado se volvía risible y las guerras en sí algo ingenuas. Una excitación casi sensual acompañaba la lectura de aquel libro. ¿Qué me estaba pasando? ¿Me había vuelto loco? ¿Acaso había más gente que se sentía como yo? Me deprimí mucho. Y sin embargo, fui a la biblioteca y saqué más libros sobre el tema. Algunos se habían publicado bastante después del volumen original y tenían información más actualizada. Las viejas armas se esfumaron. Ascendieron los megatones. Aparecieron nuevos conceptos: racionalidad de la irracionalidad, ciudades rehén, ataques orbitales. Me fascinó todavía más, me deprimí todavía más y por fin me fui de Coral Gables y volví a mi habitación en casa de mis padres y a la foto oficial de equipo de los Lions de Detroit. No parecía haber alternativa. Mi madre me subía el almuerzo. Yo sacaba a pasear al perro.

Con el tiempo, la oficina de reclutamiento empezó a interesarse por mí. Dejé que mi padre se pusiera en contacto con un antiguo compañero suyo de clase, un influyente exalumno de la Michigan State. Hubo negociaciones y se me concedió una entrevista con dos subalternos del Departamento de deportes, tipos familiarizados con el fútbol americano y otros complejos paramilitares, la base de mentón fornido de la corporación. Sabían lo que yo era capaz de hacer en un terreno de juego, porque habían seguido mi carrera en el instituto, pero se negaron a aceptarme a menos que pudiera convencerlos de que estaba dispuesto a aceptar órdenes, seguir un rumbo maduro y someter mi voluntad al bien común. Yo me las apañé para convencerlos. El otoño siguiente fui a East Lansing, ya mayor para ser reclutado, y me coloqué líder del equipo de primer año en anotaciones, yardas esprintadas y otros lugares comunes.

Luego, en un partido contra los de primero de Indiana, fui uno de los tres jugadores que convergieron sobre un defensa profundo que acababa de interceptar un pase. Al parecer lo golpeamos de forma simultánea. Murió al día siguiente y esa misma noche me fui a casa.

Aquella vez me pasé siete semanas sin salir de mi habitación, barajando un mazo de cartas. Llegué al punto de ser capaz de cortar por el seis de espadas más o menos tres veces de cada cinco, siempre y cuando no lo intentara demasiado a menudo, abusando de mi don, y siempre y cuando solamente probara a hacerlo cuando sintiera una verdadera emanación procedente del seis, momento en el cual mis dedos sabían que podía cortar por aquella carta en particular.

Y entonces recibí una llamada telefónica de Emmett Creed. Dos días más tarde vino a verme en avión. A mí me gustó la idea de perderme en una parte recóndita del mundo. Y acababa de descubrir una verdad muy simple. Que mi vida no significaba nada sin el fútbol americano.

Raymond Toon medía dos metros. Era un joven de lo más dócil, que no intimidaba en absoluto, un antiguo estudiante de la Biblia. Era atajador defensivo suplente y había venido aquí porque era la única universidad que conocía que ofrecía cursos de formación de comentarista deportivo.

—Tasa de rendimiento ajustada al tiempo —dijo—. Método de activo redundante. Presupuesto de inversiones en bienes de capital. Flujo probable de ganancia. Balances de crédito negociados de forma independiente. Consolidación. Pagarés del Tesoro.

Estábamos en la cafetería. John Jessup también estaba sentado a nuestra mesa, leyendo un libro de texto. Jessup y Toon eran compañeros de cuarto. A Jessup no le gustaba serlo porque Raymond se pasaba todo el fin de semana en su habitación practicando sus comentarios deportivos. Cuando no estaba estudiando teorías de la tasación económica, te lo encontrabas acampado delante de su televisor portátil. Lo encendía, le quitaba el volumen y se ponía a describir la acción. En aquella época del año ponían sobre todo béisbol, golf, bolos y carreras de coches de Nascar. Jessup se había quejado a Rolf Hauptfuhrer de que aquello lo estaba volviendo loco. De momento, sin embargo, nadie había hecho nada al respecto. Moody Kimbrough se trajo su bandeja a nuestra mesa.

—Esta leche está pútrida —le dijo Jessup.

—¿Y por qué me lo dices a mí?

—Porque eres uno de los capitanes. Ve a decírselo al entrenador. No deberían darnos leche en este estado. Deberían tener más cuidado con la leche que les dan a los deportistas.

—En mi pueblo, con lo que hay que tener cuidado es con el agua de las narices —dijo Kimbrough.

—Pues en el mío hay que tenerlo con el agua y la leche —dijo Raymond.

—Esto es meado de rata —dijo Jessup—. Es la leche más mierdosa que he probado nunca.

Kimbrough dio un trago de su cartoncito.

—Os diré una cosa —dijo—. Esta leche está pútrida.

—Joder, sí —dijo Jessup.

—Esta leche está contaminada. Está pútrida. Es la peor que he probado en mi vida. En mi pueblo el problema es con el agua. Y supongo que aquí es con la leche. No os preocupéis, que se lo diré al entrenador.

—Toony, ¿qué era lo que estabas intentando decir antes? —le pregunté yo.

—Nivel de mérito evaluado —dijo Raymond—. Valor estimado. Precios de mercado imputado. Municiones. Riesgo comparativo maximizado.

Se unió a nosotros Onan Moley. Llevaba una sudadera con un águila en pleno chillido, el símbolo del equipo, estampada en el torso. Debajo del águila estaba inscrita la palabra *sacrificio*. Antes de decir nada, Onan encorvó la espalda y bajó la

cabeza hasta casi tocar con ella la mesa.

—Se está hablando mucho, de muchas cosas.

—¿De qué? —dijo Kimbrough.

—Da igual.

—Soy cocapitán, Onan. Estoy enterado de todo. Pero no sé de qué se está hablando. ¿A qué te refieres?

—Puede que haya un marica en el equipo.

—¿Atacante o defensor? —dijo Kimbrough.

Terry Madden se sentó en el extremo de la mesa. Partió un panecillo y lo empezó a untar de mantequilla.

—¿Cómo andamos? —dijo a modo de saludo.

Jessup leyó en voz alta de su libro de texto sobre integración monolítica de circuitos.

—La concordancia de patrones se inicia con la búsqueda de un subgrupo dentro de un grupo determinado que presente una estructura específica en su lenguaje de manipulación de grupos.

Taft Robinson estaba sentado a tres mesas de distancia. Yo me llevé el postre hasta allí. Él levantó la vista, me saludó con la cabeza, volvió a bajar la vista y le cortó una tira de grasa temblorosa al último pedazo de solomillo que le quedaba en el plato.

—Hoy ha salido bien ese barrido por el costado débil —le dije—. Por fin te he ayudado con un buen bloqueo.

—Ya lo he visto —me dijo.

—He barrido a ese cabrón de Smee. Le gusta hacer daño, a ese hijo de puta.

—¿Cuál es?

—El apoyador intermedio. Es el capitán de la defensa. Capitanea la defensa.

—He visto el bloqueo —dijo Taft.

—Lo he barrido de verdad, al muy cabrón. Eh, oye, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Dónde...? ¿Aquí?

—Eso mismo —le dije—. En este lugar en concreto. En este rancho pintoresco.

—Pues he venido a jugar al fútbol americano. Igual que tú.

—Pero tú podrías estar en casi cualquier universidad del país. ¿Por qué te ibas a marchar de un sitio como Columbia para venir aquí? Vale, Columbia no es exactamente un gigante del fútbol americano. Pero venir aquí... ¿Cómo demonios has dejado que Creed te traiga a este sitio? Tampoco es que le estés dando cohesión al sitio. Técnicamente le estás dando cohesión al sitio, pero solamente porque nadie más ha querido venir jamás aquí. ¿Quién demonios querría venir a un sitio como éste?

—Tú has venido.

—Eh, Robinson —dijo Kimbrough.

—Yo estoy aquí porque soy un tocacojones crónico. En primer lugar, es improbable que ninguna otra universidad me hubiera aceptado. Y en segundo lugar,

quería desaparecer.

—Pero estás aquí. Estamos todos aquí.

—Eso no te lo puedo discutir. ¿Cómo está tu leche? Jessup dice que la leche está pútrida.

—¿Cuál de ellos es Jessup?

—Eh, Robinson —dijo Moody Kimbrough—. Por aquí no llevamos gafas de sol bajo techo. Aquí no se hace eso, ¿me oyes?

—Métete en tus asuntos —le dije.

Vi cómo se acercaba a nuestra mesa. Por un momento me dio por pensar que pesaba unos veinte kilos más que yo. Luego me levanté y le golpeé en el estómago. Él soltó un ruido, un eructo repentino, y me pegó más o menos en el mismo sitio. Me senté y traté de respirar. Cuando por fin levanté la cabeza, Taft se estaba terminando el postre.

Nos pusimos en círculo en la enorme mañana gris, todos los receptores y los atacantes atrasados, con los cascos en las manos. Los truenos se acercaban desde el nordeste. Creed, con impermeable transparente, ya estaba subido a la torre. En el centro del círculo estaba Tom Cook Clark, ayudante de entrenador, especialista en quarterbacks, que tenía fama de intelectual porque fumaba en pipa y no decía palabrotas.

—Lo que queremos es establecer una estrategia de procedimientos de planificación a fin de neutralizar a la defensa. Emplearemos mucho la jugada de engaño y algunas opciones de pase-carrera después de la barrida. Usaremos un número mínimo de esprintadas porque la filosofía de pases que pondremos en práctica se basa en el concepto de bolsa de protección y no queremos inflar el potencial de lesiones, que es lo que pasa si tu quarterback se aleja de la bolsa y si no puede correr muy bien y, bueno, la mayoría no puede. Aquí usaremos el juego aéreo para implantar el juego de suelo, con lo cual obligaremos a su defensa a respetar la carrera, que es lo que no harán si pueden adelantarse al pase y leer el pase y si nuestra frecuencia, digamos, en el segundo intento de avance y lejos de la meta, indica un pase. De manera que es eso lo que vamos a intentar, dependiendo de la situación y del plan de contingencia y de cómo ellos reaccionen al decurso de la carrera. En este momento debería añadir que, si ellos mandan a sus apoyadores, a vosotros ya se os ha entrenado y dado instrucciones y ya sabéis cómo responder. Tenéis el falso pase largo, el pase corto al atacante y la carrera al hueco. Os hemos hecho repetir esto una y otra vez en los ensayos de los blitz. Todo depende de lo que salga de ahí. Hablamos simplemente de once hombres haciendo su trabajo. No hay más.

Oscar Veech entró en el círculo.

—Quiero que os rompáis la espalda en el campo —dijo—. Guardias y atajadores, quiero que os alejéis de ese balón a toda pastilla y paf, paf, les peguéis a esos tipos, que los saquéis de en medio, que les deis, que les hagáis daño, que los hagáis retroceder hasta que parezcan cachorrillos enfermos agachándose para cagar.

—Los guardias y atajadores están en aquel otro grupo —dijo yo.

—Vale, vale, vale. Ahora id para allá y ejecutad. Moved ese balón. Pegad a alguien. Pegad a alguien. Pegad a alguien.

Garland Hobbs me dio el balón en una trampa rápida y dos rivales me pegaron. Hubo una melé enorme y yo sentí un gran número de rodillas y codos y luego alguien me metió la mano dentro de la máscara, intentando arrancarme un cacho de carne. Me di cuenta de que el señor Kimbrough había impartido directivas. En la siguiente jugada yo estaba bloqueándole al pasador a Hobbs y ellos me mandaron a la tropa entera, incluyendo al profundo libre. Fui a por el apoyador de en medio, Dennis Smee, el casco a la entrepierna, y me tiré encima de él con el antebrazo por delante.

Sonaron silbatos y los entrenadores se acercaron un poco. Vern Feck se quitó la

gorra de visera, metió su cara sonrosada en la misma melé y una lluvia de gotitas de saliva le salió del silbato mientras lo hacía sonar en mis narices. Creed bajó de la torre.

De todos los aspectos del exilio, el silencio era el que menos me gustaba. Otras cosas no resultaban tan desagradables. El exilio compensa al desterrado ofreciéndole ciertas oportunidades. Por ejemplo, todos los días hacía un rato de meditación. Aquello siempre constituía un interludio encantador, porque no había nada sobre lo que meditar. Todos los días añadía una palabra nueva a mi vocabulario, escribía una carta a un ser querido y memorizaba el nombre de otro presidente de Estados Unidos y los años que había ocupado el cargo. Simplicidad, repetición, soledad, crudeza, disciplina sobre disciplina. Todo ello entrañaba beneficios, cosas que yo podía usar para hacerme más fuerte; al pequeño monje fanático que se aferraba a mi hígado le sentarían de maravilla aquellas sobras ascéticas. Y luego estaba la geografía. Estábamos en el medio del medio de la nada, en aquel terreno completamente llano y desnudo, que sugería el final del tiempo computado, y aquella espléndida sensación de lejanía de todo me inflamaba el alma. No me costaba nada imaginarme que en aquel lugar, donde los hombres decían la palabra *civilización* en tono nostálgico, se me buscaba por algún crimen terrible.

El exilio en un lugar real, un lugar con pocos cuerpos y muchas piedras, no era más que una extensión (un envasado) del otro exilio, el estado de separación de lo que queda del centro de la propia historia. Yo encontraba consuelo en el oeste de Texas. Incluso me producía placer el castigo diario sobre el terreno de juego. Me daba la sensación de que me volvía mejor, de que reducía mi complejidad y me hacía un guerrero.

Pero el silencio era difícil. Flotaba sobre la tierra y planeaba sobre las largas llanuras. Estaba allí fuera, junto con los insectos negros y blandos, más allá de la última línea de edificios, más allá de las casetas prefabricadas y del barracón de acero galvanizado y del cuartel de entrenamiento de los oficiales en la reserva. Día tras día, yo escrutaba en todas direcciones una tierra aturdida, inmutablemente tediosa, una tierra silenciada desde sus orígenes en el calor abrasador, nacida muerta, con la memoria enterrada bajo las losas. El silencio me hacía sentirme amenazado. En mi habitación de casa, cuando iba allí a refugiarme de los episodios destructivos de una u otra clase, ni siquiera me había fijado en el silencio. Tal vez las cosas familiares dispersan el silencio; se oye su antigüedad. Lo único que yo temía en aquellos periodos era que mi madre, cuando me subía el almuerzo a la habitación, se olvidara de hacer algún comentario sobre el tiempo. (Aquellos informes eran indispensables para mi progreso.) Pero ahora, en el oeste enorme y ardiente, los silencios resultaban amenazantes. Decidí pasarme unas semanas sin comer carne.

Un día de principios de septiembre nos pusimos a jugar a un juego llamado «Pum, estás muerto». Se trata de un juego extremadamente simple. Casi todo el mundo de niño lo ha jugado de alguna forma. Imitas la forma de una pistola con la mano y disparas a todo el que pasa. Intentas reproducir a tu manera el ruido de una pistola al

disparar. O simplemente gritas las palabras: «Pum, estás muerto». La otra persona se agarra una parte vital del cuerpo y se cae, simulando la muerte. (Nunca una simple herida, siempre la muerte). Nadie sabía quién había empezado el juego ni cómo había arrancado. Si te disparaban, tenías que caerte. El juego dependía de aquello.

La cosa duró seis o siete días. Al principio, naturalmente, todo me parecía una bobada, incluso para una panda de deportistas que se aburrían y se sentían solos. Luego empecé a cambiar de opinión. De pronto, bajo su tosquedad, el juego me pareció atractivamente intrincado. Poseía gradaciones, placeres oscuros, una resonancia parecida a un eco de los sueños más desconcertantes. Empecé a matar de forma selectiva. Cuando me mataban, me caía al suelo con enorme deliberación, con sinceridad. Variaba mis caídas, buscando el ritmo de algo imperecedero, de una muerte clásica.

No abusábamos de los poderes inherentes al juego. La única masacre tuvo lugar durante el primer o el segundo día, cuando las cosas todavía no tenían forma y todavía no le habíamos visto el potencial. Empezó en la segunda planta de la residencia, justo antes de que se apagaran las luces, se propagó por la planta entera y bajó un tramo de escaleras, con todo el mundo disparando a todo el mundo, hombres en calzoncillos rodando escaleras abajo, enormes brutos desnudos desplomados sobre las barandillas. Todo el episodio produjo un placer vacío. Supongo que nos dimos cuenta de que el juego era mejor que aquello. De manera que enfriamos las cosas e implantamos unos límites no escritos.

Yo disparé a Terry Madden al atardecer desde una distancia de cuarenta metros mientras él aparecía coronando una pequeña loma y venía en dirección a mí. Se agarró el vientre, cayó a cámara lenta y bajó rodando la ladera cubierta de hierba, revolcándose, rodando todo lo despacio que podía, acercándose, más despacio, acercándose cada vez más y dando vueltas sobre sí mismo hasta venir a morir a mis pies con el trasfondo pálido del sol.

Matar con impunidad. Morir en celebración de las costumbres de antaño.

Durante todos aquellos días, el campus casi vacío estuvo marcado por el sonido de los disparos humanos. Aquel sonido tenía distintas formas de emitirse: la cómica, la verdaderamente horripilante, la futurista, la estilizada o la circunspecta. Cada una de ellas servía para romper el silencio de las largas veladas. Desde la ventana de mi cuarto oía los disparos lejanos y veía caer al suelo a una figura solitaria. A veces no oía nada. Simplemente veía que la víctima era alcanzada, se retorció en torno a un árbol al caer o bien se desplomaba lentamente sobre las rodillas, y aquel movimiento aislado también servía para romper el silencio, la quietud persistente de aquella hora del día. Así que por encima de todo estaba aquella razón para apreciar el juego; que abría grietas a la fuerza en el silencio circundante.

Yo moría bien y por aquella razón me mataban bastante a menudo. Una tarde, después de que me dispararan por la espalda, fui dando tumbos hasta las escaleras de la biblioteca y me quedé allí tumbado de espaldas, entre el segundo y el séptimo

peldaño y en el centro aproximado de las escaleras, durante un rato largo. Resultó muy relajante a pesar de lo duros que estaban los escalones. Notaba el sol en la cara. Intenté no pensar en nada. Cuanto más tiempo pasaba de aquella manera, más absurdo me parecía levantarme. El cuerpo se me acostumbró a los peldaños y el sol se fue volviendo más cálido. Me encontraba completamente relajado. Estaba convencido de estar solo, de que no había nadie allí plantado mirándome ni pasando a mi lado. Aquella idea me relajó todavía más. Al cabo de un rato abrí los ojos. Taft Robinson estaba sentado en un banco cercano, leyendo una revista. Por un momento, sumido en un estado cercano al éxtasis, me pareció que era él quien había disparado.

Por fin el resto del cuerpo estudiantil se presentó al inicio de las clases. Ya no estábamos solos y el juego se terminó. Pero yo me acordaba de él con afecto por sus escenas de belleza fragmentaria, porque unía a los hombres por medio de su perversidad y su miedo, porque nos permitía fingir que la muerte podía ser una experiencia tierna, y porque rompía el largo silencio.

No es fácil fingir cojera. La gente tiende a exagerarla, un error natural que cualquier entrenador reconoce sin problemas. A lo largo de los años yo había aprendido a eliminar esta tendencia. Había dominado la inclinación y la mueca de dolor, había perfeccionado el semigemido, y cuando aquella vez salí del terreno de juego, después de recibir un golpe suave en la pantorrilla derecha, a nadie se le ocurrió presionarme para que volviera. El entrenador me dio una bolsa de hielo y yo me senté en el banquillo al lado de Bing Jackmin, que pateaba goles de campo y puntos extra. En el campo de entrenamiento hacía un calor atroz. Yo estaba aliviado de haberme salido del partido y ligeramente sorprendido de sentirme culpable por ello. Bing Jackmin llevaba protector craneal; sus ojos, profundamente sepultados dentro de la máscara, parecían enloquecidos por el sol o el polvo o las visiones interiores.

—¡Trabajad! —gritó hacia detrás de mí—. ¡Trabajad, robots industriales de baja calidad! ¡Trabajad, trabajad, trabajad, trabajad!

—Mira cómo pegan —dije yo—. Qué bonita estampa. Cuando el entrenador dice que peguemos, pegamos. Qué simple.

—No es simple, Gary. La realidad está siendo constantemente interrumpida. Apenas nos damos cuenta cuando estamos ahí fuera. Nos comportamos como cosas con zarpas metálicas. Pero está el otro elemento. A falta de un término mejor, yo lo denomino lo *psicomítico*. Es una expresión que he acuñado yo mismo.

—No me gusta. ¿A qué se refiere?

—A los guerreros de la Antigüedad —dijo él—. A las sectas dedicadas a formas paganas de tecnología. Lo que hacemos en el terreno de juego viene de muy antiguo. De muy antiguo. ¿Por qué no te gusta el término?

—Porque es vago y pretencioso. No quiere decir nada. Solamente tiene una cosa buena: que nadie sería capaz de recordar una expresión tan estúpida durante más de cinco segundos. Fíjate, yo ya la he olvidado.

—Trabajaaaaad. Trabajaaaaaad.

—Ahora Hobbs se la lanzará a Jessup. Siempre acude a su ala cerrada en la tercera posesión y nada más pasar la línea de veinte. Es como un ordenador con retraso.

—Hobbs no es demasiado listo para ser quarterback. Pero tendrías que haberlo visto el año pasado, Gary. Por lo menos Creed ha conseguido que cambie de jugada en la línea. El año pasado prácticamente vomitaba cuando veía que se le acercaba el blitz. Cuando veía a los apoyadores arañando el suelo y gruñéndole. No tenía lo que se dice mucho aplomo.

—Ahora se retira Cecil. ¿Es él?

—Se han cargado al viejo Cecil. Parece que es el hombro.

Cecil Rector, guardia, se acercó a la línea de banda y Roy Yellin salió corriendo

en su lugar. El entrenador le volvió a encajar el hombro en su sitio. A continuación Cecil se desmayó. Bing se acercó tranquilamente para echar un vistazo al inconsciente Cecil. Vern Feck, que era quien entrenaba a los apoyadores, se puso a gritar a sus hombres. Luego llamó a las unidades especiales para que practicaran devoluciones de saques y coberturas. Bing se acercó lentamente a la línea de cuarenta yardas. Pateó el saque y los dos equipos convergieron, con todo el mundo gritando, los cuerpos rodando y rebotando en la hierba rala. Hecho su trabajo, Bing regresó al banquillo. Sus ojos parecían pertenecer a algún animalillo cavernario oscuro.

—Acaba de pasar una cosa —dijo.

—Se te ve asustado.

—No te vas a creer lo que acaba de pasar. Estaba ahí de pie, preparándome para echar a andar hacia el balón, cuando me ha invadido una sensación extraña. Estaba mirando fijamente el balón. Lo he visto encima del apoyo. Y estaba a diez yardas de él, mirándolo fijamente, esperando el silbato para arrancar a correr, cuando me ha venido esa intuición extraña. Ojalá la pudiera describir, Gary, pero ha sido demasiado descabellada, demasiado increíble. Ha sido demasiado todo, colega. Si intentara explicarla, nadie me entendería.

—Explícala —le dije.

—He sentido un conocimiento en el fútbol americano. He sentido un poder y una tranquilidad extraños. El fútbol americano poseía conciencia. Sabía lo que estaba pasando. Lo sabía. No me cabe ninguna duda.

—¿Lo dices en serio, Bing?

—El fútbol americano sabía que esto era un partido de fútbol americano. Sabía que era el centro del juego. Era consciente de su propia futbolidad.

—Pero ¿era consciente del hecho de ser consciente? Ésa es la prueba definitiva, ya sabes.

—Adelante, Gary, haz bromas. Ya sabía yo que no lo ibas a entender. Ha sido demasiado irreal. Ha sido ajeno a todo, colega.

—Y tú has ido y has pateado el saque.

—Pues claro —dijo él—. El mismo nombre lo dice. Esto es fútbol americano, ¿verdad? Y ya sabes que la palabra *fútbol* significa balompié. O sea que le he dado al balón con el pie.

Contemplamos cómo Bobby Hopper se llevaba a unos dieciocho rivales de una sola barrida. Al terminar la jugada, un atajador defensivo llamado Dickie Kidd se quedó de rodillas. Consiguió sacarse el casco y luego cayó hacia delante, golpeando la raya del medio campo con la cara. Dos jugadores se lo llevaron a rastras y Raymond Toon salió corriendo en su lugar. La siguiente jugada se vino abajo cuando Hobbs perdió el balón en el centro. Creed le habló por el megáfono. Bing caminó a lo largo del banquillo para echarle un vistazo a Dickie Kidd.

Yo miré la escaramuza. La cosa se estaba poniendo fea. Los jugadores estaban llegando al punto en que querían infligir daño. No era el momento para despliegues

de refinamiento ni de elegancia desbocada. Era la hora de la fealdad. Me entraron ganas de volver al campo. Bing volvió a sentarse en su sitio.

—¿Cómo está Dickie?

—Deshidratado —dijo Bing—. Hauptfuhrer le está echando una bronca tremenda.

—¿Por qué?

—Por estar deshidratado.

Me acerqué a Oscar Veech y le dije que ya estaba listo para volver. Él me contestó que quería ver jugar un poco más a Jim Deering. Yo vi cómo Deering dejaba caer un pase corto y dos segundos largos más tarde lo golpeaba Buddy Shock, que era apoyador. Aquello me animó y regresé al banquillo.

—Quieren ver jugar más a Deering.

—El entrenador se está poniendo nervioso. Arrancamos dentro de seis días. Ésta es la última refriega y quiere ver a todo el mundo.

—Me gustaría saber cómo de buenos somos.

—El entrenador debe de estar pensando lo mismo.

Se interrumpió el juego y los entrenadores entraron a aleccionar a sus jugadores. Creed se bajó de su torre y caminó lentamente hacia Garland Hobbs. Se quitó la gorra de béisbol y se frotó con ella el muslo mientras caminaba. Hobbs lo vio acercarse y se colocó instintivamente el casco. Creed se puso a conversar con él.

—Menudo broncazo —dijo Bing—. El entrenador está desollando vivo al pobre Hobbsie.

—Pues parece bastante tranquilo.

—Lo está despellejando vivo —le susurró Bing a Cecil Rector, que venía caminando como podía a lo largo del banco para sentarse con nosotros.

—¿Cómo tienes el hombro? —le dije.

—Dislocado.

—Lo siento.

—Le pueden poner un arnés —nos dijo—. Arrancamos en seis días. Si el entrenador me necesita, estaré listo.

En aquel preciso momento, Creed miró en dirección a Bing Jackmin, arrancándolo del banquillo sin necesidad ni de hacerle un gesto con la barbilla. Bing se alejó correteando hacia el campo. El resto de los jugadores estaban de pie o bien de rodillas entre las líneas de cuarenta yardas. A mi lado, Cecil Rector se inclinó hacia delante y arrancó unas briznas de hierba. Yo pensé en las Adirondack, en lagos helados con los bosques invertidos en su superficie, en franjas de nieve azul surcando las montañas y en la presencia susurrante de las cosas que llenaban mi habitación. Mucho más allá de las persianas de lona, en el piso de arriba de la residencia femenina, había una figura de pie junto a una ventana abierta. Pensé en mujeres. Pensé en mujeres bajo la nieve y bajo la lluvia, en montañas y en bosques, al final de largas galerías bañadas de esa luz aguerrida de las pinturas de Rembrandt.

—El entrenador está muy nervioso —dijo Rector—. Sabe que hay mucha gente pendiente de él. Estoy seguro de que las agencias de prensa van a mandar a alguien a cubrir el primer partido. Si es que consiguen encontrar este sitio.

—De verdad que me gustaría volver al partido.

—Y a mí —dijo él—. Yellin lleva desde principio de la primavera pasada como si fuera mi sombra. Parece una hiena. Cada vez que me hago daño, lo tengo al lado sonriendo. Le gusta verme lesionado. Me quiere quitar el puesto. Cada vez que estoy tumbado boca abajo en la hierba, retorciéndome de dolor, sé que si levanto la vista veré a Roy Yellin mirando con una sonrisa la parte lesionada de mi cuerpo. Su padre vende fondos de inversión inmobiliaria en los estados del interior.

Bing regresó, aparentemente mosqueado por algo.

—Quiere que mañana practique los saques bajos. Le he dicho que yo nunca saco bajo. Él me ha garantizado que para mañana por la noche ya lo haré. Luego ha llamado a Onan y lo ha llevado aparte. Le ha dicho que estaba jugando de centro como si se acabara de inventar la posición.

—Están poniendo a Randy King en lugar de Onan —dije yo.

—Onan ha estado deprimido —dijo Bing—. Ha descubierto que su novia pasó una noche con un tipo que estaba de permiso del Vietnam. Y está afectando a su juego.

—Pero ¿qué hicieron? —dijo Rector.

—Pasar la noche juntos.

—¿Tuvieron relaciones?

—¿Me estás preguntando si follaron?

—Ahí va otra vez Taft —dije yo—. Mira qué cambio de dirección. Dios, qué belleza.

—Es un pedazo de jugador de fútbol americano.

—Es bueno de verdad.

—Es capaz de todo, ¿verdad?

El juego continuó quince minutos más. En la última jugada, después de un largo y continuo avance que llevó a los atacantes hasta la línea de ocho yardas, Taft falló en la entrega. La defensa se recuperó, sonaron los silbatos y se acabó la sesión del día. Volvimos los tres juntos.

—Hobbsie se la ha puesto en la misma barriga y va él y la pierde —dijo Rector—. Esa clase de error la atribuyo a la falta de concentración. Se trata de un error mental y lo provoca la falta de concentración. Los jugadores de color saben correr y brincar, pero son incapaces de concentrarse. Los jugadores de color corren y brincan. Pero te estás equivocando si les pides que se concentre.

Una chica muy gruesa con un vestido de color naranja se nos acercó caminando por una extensión grande de césped. En la parte de delante del vestido llevaba cosido un hongo nuclear. La reconocí; coincidíamos en algunas clases. Dejé que los otros se me adelantaran y me detuve un momento para verla pasar junto a mí y alejarse. Yo

llevaba una mancha de tizne debajo de cada ojo para reducir el resplandor del sol. No sabía si el tizne era muy eficaz pero me gustaba cómo quedaba y también me gustaba la idea de pintarme como un bárbaro antes de ir a luchar en el barro. Me pregunté si la chica gorda sabría que yo la seguía mirando. Me imaginé con claridad a mí mismo allí plantado, con el casco en el costado, la rodilla izquierda un poco doblada, el pelo todo revuelto y el tizne debajo de los ojos. Su vestido era de color naranja chillón. Pensé que debía de estar un poco loca para llevar aquel vestido con la figura que tenía.

Lo que hay que hacer, pensé, es caminar en círculos. Lo exige la mitología de todos los desiertos y lugares yermos. Insiste en ello toda una serie de tradiciones. Estaba aproximadamente a un kilómetro y medio del campus. El movimiento allí era extraño. El movimiento consistía en el paso de la luz del sol sobre piedras concretas. (Durante el inicio de las clases, había estado repasando los radares de adquisición de perímetro, las explosiones no autorizadas, la guerra anticidad de avance lento, el estatus de amenaza total, la destrucción colateral, la gestión de crisis y los ataques de devastación de poblaciones civiles.) Todos los colores eran tonos distintos de un mismo color sin nombre. El agua habría sido un milagro o bien un espejismo. Me quité los zapatos y los calcetines y las piedras me quemaron los pies. Vi un bicho alargado. Tuve cuidado de no perder de vista el más alto de los edificios del campus. Se trataba de una medida práctica, no ritualista, destinada a compensar la santidad de los pies. Me acordé entonces de pensar en Rutherford B. Hayes, decimonoveno presidente, 1877-1881. Con eso ya quedaba cerrado el día. Había que completar todos los días. Evité una piedra afilada. Algo repentino, un movimiento, resultó ser la luz del sol sobre pintura, una piedra pintada, una sola, de color negro, ostensiblemente negro, una sola piedra redonda, pintada de negro, pintada meticulosamente, rodeada de un suelo del mismo color sin nombre que el resto de la llanura. Así pues, algún vándalo me había precedido. Un pintor de piedras. Un autor de metáforas desérticas. Para completar verdaderamente la jornada, ahora me tocaba pensar en Milwaukee en llamas. Dedicaba cada día a una zona distinta. Era una práctica que me llenaba de asco hacia mí mismo y que, en última instancia, buscaba liberarme del placer de imaginarme a millones de personas muertas. Daba por sentado que, con el tiempo, mi asco se volvería tan enorme que me vería eximido de toda afinidad por el holocausto global. Pero no estaba funcionando. Continuaba esperando con ganas cada nuevo charco de destrucción. Seis megatones para El Cairo. Misiles balísticos con cabezas nucleares múltiples independientes para el Benelux. Tifus y cólera para el valle del Hudson. Me parecía estar sometiendo mis emociones a un ciclo espontáneo en el que el placer se nutría de los huesos ennegrecidos de la repulsión y el miedo. Maremotos para Bremerhaven. Radiación de largo plazo para el delta del Mekong. Para Milwaukee había planeado tormentas de fuego. Ahora, sin embargo, no conseguía imaginarme Milwaukee en llamas. Nunca había estado en Milwaukee. Ni siquiera la había visto en fotografías. No tenía ni idea de qué aspecto tenía aquella ciudad, así que no podía imaginármela en llamas. Me puse los calcetines primero, tal como me habían enseñado, y después los zapatos. Estaba hambriento. Nos habían servido carne estofada para el almuerzo y yo solamente había comido cereales y fruta. De regreso me dediqué a buscar insectos con la vista. Los edificios se elevaban sobre la llanura. Ahora vi con claridad a cadetes desfilando, escuadrones de color azul vivo en la plaza de armas. Lo que hay que hacer es concentrarse en los objetos. En la habitación,

cuando llegué, Bloomberg ocupaba su cama, boca abajo, encima de la manta, con las manos juntas tras el pescuezo blanco: el único miembro del equipo que no estaba bronceado por el sol. Había dos camas, dos sillas, dos escritorios, una ventana y un armario. Su piel blanca llamaba la atención. Tal vez resultado de alguna ley dietética. Una lámpara en el techo y dos en las paredes. Consumir únicamente aquellos alimentos que no tiñan la carne. Una lamparilla de mesa, dos cómodas, una papelera, un lápiz, seis libros, tres zapatos. La persona llamada Bloomberg. La persona, o entidad, llamada Harkness.

—Milwaukee queda perdonado —dije.

Horas más tarde, después de saltarnos los dos la cena, Bloomberg rodó hasta tumbarse de espaldas. Lo consiguió sin quitarse las manos entrelazadas del pescuezo. Usó los codos como palancas y frenos, como tren de aterrizaje. Parecía alguna clase de prueba: mover el cuerpo ciento ochenta grados sin alterar la relación entre sus partes. Por fin se acomodó y se quedó mirando el techo. Yo estaba sentado en mi cama, de espaldas a la pared. Aquella disposición de los cuerpos podía parecer irrelevante. Pero yo estaba convencido de que tenía una importancia tremenda dónde estuviéramos colocados y en qué dirección estuviéramos orientados. Las palabras colocan los cuerpos en posición. Y con el tiempo, es esa misma posición la que determina los acontecimientos. Mientras anocheecía, intenté explicarle este concepto a Bloomberg.

—La Historia es culpa —me dijo.

—También es la disposición de los cuerpos. Lo que dicen los hombres solamente es relevante en la medida en que el lenguaje mueve a masas de gente o bien unos cuantos objetos trascendentales y los yuxtapone de forma significativa. Después, la cosa se vuelve casi matemática. Se llevan a cabo las disposiciones. Todo se vuelve una especie de cálculo histórico. De lo que tú y yo digamos esta noche apenas quedará nada. Solamente recordaremos dónde estábamos sentados, en qué dirección apuntaban nuestros pies y en qué ángulo confluían nuestras realidades. Toda la importancia que pueda tener esta noche se basa en las disposiciones, en las posiciones relativas y esas cosas. Un millón de peregrinos de cara a la Meca. Piensa en el poder de ese hecho. De pronto todos se giran. Y se inclinan. Y rezan. La Historia es el ángulo en que confluyen las realidades.

—La Historia es culpa. Principalmente es culpa.

—¿Qué estás haciendo aquí, Anatole?

—Me estoy quitando de judío.

—Ya lo intuía. Lo pensaba: que Anatole esté aquí tiene alguna importancia espiritual. Vaya, pues no debe de ser fácil. No me extraña que estés tan tenso.

—No estoy tenso.

—Ni siquiera has bajado a cenar esta noche. Estás tan tenso que no comes. Salta a la vista.

—Estoy intentando perder peso —dijo él—. Soy como un puente. Cuando hace calor me dilato. Creed quiere que baje a ciento veinticinco.

—¿Y en cuánto estás ahora?

—Ciento treinta y seis.

—¿Y no pierdes peso al sudar en los entrenamientos sobre hierba o cuando la refriega?

—Con este tiempo me dilato.

—Anatole, ¿cómo se quita uno de judío?

—Pues vas a un sitio donde no haya ningún judío. Después, revisas tu forma de hablar. Quitas la urbanidad. Los interrogantes. Toda esa sabiduría popular. Las melodías de tu habla. Las oraciones invertidas. Usas un repertorio de palabras y expresiones completamente distinto. Luego transformas tu mente en un instrumento implacable. Te enseñas a ti mismo a rechazar ciertas categorías de pensamiento.

—¿Y por qué ya no quieres ser judío?

—Porque estoy cansado de tanta culpa. De ese gigantesco incordio que es la culpa histórica.

—¿Qué culpa?

—La culpa de ser víctimas inocentes.

—Cambiemos de tema.

—También de materia y de contexto —dijo él.

No modificó su expresión. Parecía triste de una forma sublime, como alguien firmemente decidido a sobrevivir a inviernos persistentes en algún punto septentrional del mapa. Se me ocurrió que el invierno debía de ser su estación, igual que era la mía, y no me extrañó que hubiéramos acabado donde estábamos. Incluso ahora, mucho antes de que llegara la nieve, el lugar ya tenía cierta cualidad invernal, las estaciones contrarias prácticamente se intercalaban, había una sensación de brevedad, un color único, una gran parte de la pureza y el silencio del invierno, un entorno propicio para que se impusiera la razón.

—Anatole, ¿alguna vez te planteas jugar al fútbol americano profesional?

—No soy lo bastante rápido. Tengo los pies lentos. Tweego no para de darme la tabarra sobre lo lentos que tengo los pies. Dice que sería el mejor bloqueador de pases del país si fuera más rápido.

—A mí me gustaría hacerme profesional —le dije—. Sería algo verdaderamente tremendo.

—Tú podrías conseguirlo, Gary.

—Me falta velocidad. Nunca seré lo bastante corpulento como para entrar en acción una y otra vez, veinticinco o treinta veces por partido. Y me falta velocidad para cambiar de trayectoria. Cuando estás arriba necesitas poner la superdirecta. Sería tremendo poder llegar. Solamente el hecho de pensar en ello ya es tremendo.

—En esas ciudades grandes hay judíos —dijo Bloomberg.

La ventana estaba abierta y entraba algo de brisa. Estábamos hablando muy despacio, casi como borrachos. Daba la impresión de que nuestras palabras se elevaban hacia el techo. Las palabras que nos salían no parecían particularmente nuestras; y aunque no decíamos nada destacable, a veces las palabras me sorprendían. Puede que fuera mi hambre la que explicara aquellas sensaciones.

—¿Cómo es pesar ciento treinta y seis kilos?

—Es como ser un párrafo demasiado recargado.

—Te tendrían que dar una cama más grande.

—La cama no me molesta. Aquí todo está bien. Las cosas están yendo muy bien.

Me alegro de haber venido. Fue una buena idea. Demostró inteligencia. La cama está perfecta como está.

—¿Y no te agobia el silencio?

—¿Qué silencio? —dijo él.

—Tú ya me entiendes. Ese ruido enorme que hay ahí fuera.

—¿Fuera en el desierto, quieres decir? ¿El retumbar?

—El silencio. Ese enorme ruido metálico.

—No me molesta.

—Pues a mí sí —le dije.

Yo me lo estaba pasando en grande. Estaba borracho de hambre. Mi lengua emitía una manifestación de sabiduría tras otra. Nuestras palabras flotaban en la penumbra, bajo la tenue luz de la luna que entraba en la habitación, frases ingravidas y bruñidas por el conocimiento fresco y confiado de los siglos. Yo anhelaba temas que englobar, preguntas intemporales que exigieran a hombres de dimensión grotesca, enigmas sin resolver, cachos de carne enormes y sanguinolentos que pudiéramos desgarrar con dientes de mastín. Lo que fuera, pero tenía que ser romántico. El distanciamiento únicamente se requería para cosas como la astrofísica o la mecánica cuántica, unas cuestiones minuciosas y tan delicadas bajo su luz refractada que los intelectos como los nuestros no tardaban en rendirse ante la mojigatería de la máquina. Las ciencias de la medición carecían de vulgaridad, carecían de cosas de las que reírse, por las que brindar, por las que llorar como los rusos que bebían vodka a dos manos y perdían la fe en Dios de aquellos libros escritos cien años atrás por titanes barbudos. Bloomberg y yo necesitábamos hombres, enormes ejércitos de vulgaridad inundando como bobos la llanura. Bloomberg pesaba ciento treinta y seis kilos. Aquel hecho en sí ya era histórico. Yo reverenciaba su peso. Era una afirmación del potencial incansable de la humanidad; iba más allá de la leyenda y regresaba por entre la niebla hasta la encantadora locura de la Historia. Pesar ciento treinta y seis kilos. Qué devoción a la vulgaridad. Parecía una meta digna de aspirantes a santos y flagelantes. El nuevo ascetismo. Todas las posibilidades visionarias del ayuno. Alimentarse de las plantas y animales de la Tierra. Expandirse y regodearse. Yo apreciaba su envergadura, su falta de forma, el placer completamente vulgar, su sensación de ser prosa demasiado recargada.

—Los pies conservan las cualidades que tenían al nacer —dijo Bloomberg—. O bien son rápidos o bien son lentos, y no se puede hacer nada al respecto. Tweego lo sabe. Pero aun así sigue insistiendo.

—Tweego es medio hombre y medio cerdo. Todos los ayudantes de Creed tienen aspectos porcinos, pero Tweego es el primero de la lista. Es totalmente medio porcino. Tweego, Vern Feck y Hauptfuhrer. Es una especie que la mitología ha decidido pasar por alto.

—Yo respeto a Tweego en cierta manera. El tipo piensa en una dirección única: al frente. Se limita a apuntar y disparar. Su mente es bastante implacable. Eso es algo

que yo respeto. Me parece una característica distintivamente moderna. El planeador de sistemas. El consultor de la dirección. El estratega nuclear. Es algo que requiere una determinación fabulosa. Y yo respeto eso, de verdad.

—Todo es una cuestión de ángulos —le dije—. El ángulo en que las grandes masas colisionan. El ángulo en que apuntan los proyectiles. El ángulo con que los instrumentos contundentes golpean una superficie en concreto. Plantéate por ejemplo nuestras posiciones respectivas.

—Adelante, te escucho.

—Plantéate la disposición. Del pie a la cadera. De la rodilla a la oreja. Los ángulos dentro de otros ángulos. El ángulo de incidencia. El ángulo de reflejo. Por supuesto, es un concepto que solamente estoy empezando a formular.

—¿Dónde vas tú para pensar, Gary?

—Pues últimamente he estado en el desierto. Allí se pueden desarrollar teorías. El calor del sol purifica el aparato intelectual. Y hablando del tema, ¿por qué eres tan blanco, Anatole? No me atrevía a preguntártelo.

—Evito el sol siempre que puedo porque no me gusta despellejarme. Es un proceso que odio. Digamos sólo que tengo una conciencia antinaturalmente intensa de nuestros orígenes reptiles.

—A mí sí me gusta despellejarme —le dije—. Me gusta estirar el brazo y arrancarme tiras de piel de la espalda. O que me las arranque otra persona. Una chica a la que conocía en Coral Gables me lo hacía. Arrancarme muy despacio tiras de piel de la espalda. Era judía.

—¿Y emitía algún sonido cuando lo hacía?

—Ruidos —le dije yo—. Hacía ruidos.

Bloomberg cambió de postura en la cama.

—Tengo hambre —dijo—. Han servido pollo para cenar. Pollo frito, verduras variadas y pan de maíz. Y de postre, tarta de melocotón.

—Anatole, creo que deberías olvidarte de tu dieta. Con ciento veinticinco kilos serías mejor jugador, pero con ciento treinta y seis eres mejor hombre.

—Es posible pero no probable. Yo baso mi idea de la probabilidad en cierto número de cierto patrón que expresa la contingencia de la concurrencia de una serie de acontecimientos ordenados secuencialmente, como por ejemplo la proporción del número de elementos coordinados que produciría la serie de acontecimientos hasta llegar al número total de elementos que se consideran posibles.

—Espero con muchas ganas nuestras charlas, capellán.

En el Logos existían cuarteles de entrenamiento de los oficiales en la reserva tanto del ejército como de la aviación. Yo no pertenecía a ninguno de ambos cuerpos, pero me habían dado permiso para ir de oyente a los cursos para oficiales en la reserva de aviación. Geopolítica, una hora semanal. Historia de la aviación de guerra, una hora semanal. Aspectos de la guerra moderna, una hora semanal.

Bobby Luke estaba sentado en la escalinata de entrada del Staley Hall, la residencia del equipo de fútbol americano. Hacía otra tarde calurosa y vacía; no había nadie más al aire libre; el campus parecía desierto. Yo me senté a un par de metros de Bobby y extendí los brazos sobre el escalón superior. Él miró en mi dirección con una ligera sonrisa y los ojos casi cerrados. Estiré las piernas y escruté la plaza de armas, que se extendía a lo lejos. En ella no se movía ni un alma y el calor lo bañaba todo. La noche anterior habíamos jugado el primer partido contra una universidad llamada Dorothy Hamilton Hodge. Taft Robinson había ganado 104 yardas en carrera en la primera mitad y nos habíamos retirado del campo con 24-0 a nuestro favor. Creed no había sacado a los reservas hasta los últimos cinco minutos de partido. Para entonces ya habíamos hecho ocho anotaciones; al parecer, nuestro entrenador quería salir en las noticias. Como el Dorothy Hamilton Hodge se consideraba un rival típico (lo eran todos menos uno), estaba claro que nos esperaba una temporada de victorias. Éramos mejores de lo que ninguno de nosotros nos habríamos imaginado, y todo parecía una simple cuestión de cuántos puntos íbamos a obtener, de cuán pocos íbamos a perder y de cuántos récords iba a batir Taft Robinson. El único equipo distinto al resto era el West Centrex Biotechnical, una universidad independiente como la nuestra que llevaba años siendo una pequeña potencia de la región. La temporada anterior habían barrido todo su calendario de partidos sin el más pequeño asomo de derrota, permitiéndole al contrario solamente alguna anotación de vez en cuando a modo de concesión a la ley de los promedios. Ya teníamos claro que el partido contra el Centrex, el séptimo de nuestro calendario, supondría para nosotros la temporada entera. Si podíamos derrotarlos, la cara de Creed regresaría a los periódicos, entraríamos en el *ranking* de las universidades pequeñas y los cazatalentos de la liga profesional vendrían a echar un vistazo a nuestros muchachotes de campo. Bobby levantó la vista. Se acababa de abrir una puerta lateral del edificio de ciencias. Una chica salió, se quedó un momento plantada con los brazos cruzados y volvió a entrar.

—Chocho —dijo Bobby.

El cielo rugió durante un segundo. Levanté la vista y lo vi por fin, un caza, con la luz del sol reflejada en las puntas de las alas, ascendiendo, perdiéndose ya en mitad del día despejado. Bobby intentó escupir más allá de sus zapatos pero no lo consiguió y se dio en la pernera izquierda del pantalón. La saliva se le quedó allí, reluciendo, llena de burbujas exuberantes. Bobby tarareó un poco. Yo escuché por si podía distinguir alguna clase de melodía. Bobby era un chaval extraño, esbelto pero fuerte, de cuyo cuerpo menudo emanaba una violencia largo tiempo aletargada. Se lo conocía por afirmar que sería capaz de atravesar una pared de ladrillos por el entrenador Creed. Los deportistas jóvenes estaban siempre diciendo aquella clase de cosas de sus entrenadores. Pero a Bobby se lo conocía por aquella frase porque prácticamente no decía nada más. Simplemente era un chaval tímido que no tenía

gran cosa que decir. Hasta el comentario de la pared de ladrillos estaba reservado a los amigos íntimos y a situaciones que pedían sinceridad por encima de todo. Todos estábamos enterados de su frase, sin embargo, de lo a menudo que la decía, y yo intenté imaginarme con exactitud qué significaría para él. Tal vez se la había oído decir a alguien y había pensado que era un comentario exigido por la historia, una forma de afirmar el significado de la propia pugna. Tal vez las palabras las hubiera encargado, por así decirlo, el lenguaje mismo, ese compartimiento del lenguaje en el que se guardan las partes de la dicción diseñadas para sobrevivir a los hombres que hacen un mal uso de ellas, las expresiones que reducen el habla a unidades de sonido, nanas procesadas a través de intrincados sistemas. O tal vez el comentario simplemente satisficiera la necesidad que tenía Bobby de ser leal a alguien. Creed había hecho muchas cosas para merecer nuestro respeto, pero poco o nada para merecer lealtad, que es una cualidad que requiere mucha más emoción. No se relacionaba con nadie y usaba a sus ayudantes para templarnos y moldearnos, bajaba de su torre únicamente para corregir alguna incorrección y vivía él solo en un cuartito anexo a la zona de ejercicios isométricos: un Ahab varado en tierra que se dedicaba a pasear enfurecido y que había orientado su vida entera hacia un único momento. El entrenador quería nuestra obediencia y nada más. Pero Bobby tenía una lealtad que dar, un ansia violenta en el corazón, y para manifestarla estaba dispuesto a destrozarse el cuerpo. La tradición, por supuesto, apoyaba su sentido de lo correcto. Las palabras eran antiguas y ciertas, llenas de reafirmación, seguridad y consuelo. Los hombres seguían aquella clase de palabras hasta la muerte porque otros hombres antes que ellos habían hecho lo mismo, y tal vez fuera más fácil morir que admitir que las palabras podían perder su significado. Ahora Bobby dejó de tararear y volvió a intentar escupir más allá de sus zapatos. Tenían el sol justo encima. Su luz lo cubría todo. Olí un sudor despreocupado que se me acumulaba bajo los brazos y pronto los dolores que tenía por el cuerpo empezaron a remitir un poco. Salieron dos chicas del edificio de administración y echaron a andar lentamente hacia la residencia femenina. Tardaron unos diez minutos y nosotros estuvimos mirándolas todo el tiempo.

—Raja —dijo Bobby.

Al cabo de un rato volví a apoyar la cabeza en el escalón de arriba y cerré los ojos. Estaba entrando en la fase bíblica de la tarde, la cúspide de mi nueva simplicidad. Cualquier verdad que no fuera eterna me parecía carente de interés. Me dispuse a pensar en la noche, en el desierto, en los bosques llenos de pena, en la luna, las estrellas, el viento del oeste, la neblina bautismal y la rica mirra de la tierra cosechada. Sin embargo, pensé en tetas. Pensé en brazos y piernas llameantes, en la boca taciturna de una puta, en una melena del color del bourbon. Rompí a sudar en silencio, inmóvil sobre los escalones. Una chica con un vestido de algodón tumbada en una cama con postes metálicos. Un ventilador masajeando el aire húmedo desde el techo. Olor a revistas para adultos. La chica era de familia pobre, la tonta más grande de todo Texas, una chica de pueblo del Golfo, sacada de una película, que arrastraba

toscamente las palabras, feroz y basta, perfecta para el *talking blues* malhumorado. Escuché cómo Bobby tarareaba. Aquel día me había olvidado de añadir una palabra nueva a mi vocabulario y ahora decidí hacerlo antes de que anocheciera. Intenté volver a la imagen de la chica. Esta vez era una chica distinta, con más curvas, tirando a gorda, casi monumental en sus dimensiones sin medida. Ella se quitó el jersey con dibujos de mosaico de color verde y azul. Todo estaba teniendo lugar en un hotel de México D. F. Oí que Bobby cambiaba de posición. La chica se convirtió en el hotel en sí, un enorme pastel de mosaicos de piedra. Seguí sudando en silencio. Las mujeres iban y venían, a unas cuantas hasta las conocía, algunas eran todavía más mágicas y al no ser recuerdos resultaban absurdamente sensuales, como exageradas por las cámaras. Era maravilloso estar sentado y todo sudado y sentir que el sudor te bañaba los músculos duros, te cosquilleaba alguna que otra hendidura, y empezar a delirar un poco bajo aquel sol terrible y pensar en el cuerpo de una mujer (de mujeres en climas cálidos), alguien a quien conocer cuando la habitación del fondo de la casa estuviera húmeda y oscura hasta albergarla a ella, a la mujer con curvas, una compañera bastante improbable para aquel primer invierno de silencio, un cuerpo de conocimiento perfecto, la carne hecha palabra. Luego oí que Bobby Luke se rascaba la barriga o el cuello.

—Coño —dijo.

Abrí los ojos y examiné las extensiones silenciosas de césped.

Estábamos haciendo calistenia simple, hilera tras hilera de nosotros, agachándonos, respirando y estirándonos, enseñándole a nuestra alma colectiva las disciplinas necesarias para convertirnos en un solo cuerpo, en una criatura de noventa piernas. Dos de los entrenadores, George Owen y Brian Tweego, caminaban por entre las filas, otorgando su estridente bendición a moros y a cristianos. A la orden de Tweego, cambiamos a hacer saltos desde sentadilla. Automáticamente mis compañeros se quejaron, y automáticamente a mí me vino la euforia. Mi cuerpo se levantaba de golpe y descendía; mi mente repetía el proceso. La deriva indiferente del tiempo y de todas las cosas me llenó de afecto hacia el universo. Me agachaba y saltaba, saltaba y me agachaba. Aquellas tardes de contrarios y de afinidades simplificaban la vida. Al final nos dirigimos a los postes de la meta más alejada para correr la primera de dos vueltas. Yo corrí dentro de un grupo donde también estaban Buddy Shock, Tim Flanders y Howard Lowry. Al terminar vimos cómo los linieros ofensivos cargaban contra el tren de blocajes. Eran los hombres de Tweego, que se dedicó a gritarles mientras conducía el tren, vilipendiando particularmente a Bloomberg y a Onan Moley. Creed se mantenía a unos veinte metros a un lado, cruzado de brazos y con la mirada muy concentrada bajo la visera de su gorra de béisbol negra.

—El entrenador es un hombre de destino —dijo Tim Flanders—. Es una casta que se está extinguiendo. Mi abuelo era un hombre de destino. Mi abuelo paterno. Toda su identidad estaba dominada por una visión tremenda.

—Identidad —dijo Buddy Shock—. Una igualdad satisfecha por todos los valores posibles de las variables por las cuales se determinan cuantitativamente las expresiones estandarizadas que entran en juego en la igualdad.

—¿Y qué fue de tu abuelo? —le dije.

—Murió en un accidente industrial —dijo Flanders—. Las quemaduras lo desfiguraron por completo. Fabricaban eso que se llamaba armamento selectivo. Sabes lo que quiere decir en realidad, ¿verdad?

—No estarás diciendo que ése fue su destino, ¿no? Quedar desfigurado por completo...

—Claro que no.

—Entonces, ¿cuál fue su destino?

—Nunca lo alcanzó, Gary. El accidente le impidió alcanzarlo.

—Entonces, ¿cómo sabes que era un hombre de destino?

—Pues igual que sé que el entrenador es un hombre de destino. Porque se pasa las noches en vela. Tiene una mirada penetrante. Nunca lo ves dentro de una cabina telefónica.

Garland Hobbs se acercó tranquilamente hasta donde estábamos. Era alto y tenía una constitución robusta, metro noventa y tres, más o menos, noventa y siete kilos de

peso, guapo de forma inexpresiva, bastante impresionante, como un motel alto. Tenía andares de quarterback, descuidados y costosos.

—¿Qué tienes que comentar sobre el gran cambio? —le dije.

—¿Qué cambio?

—Poner a Taft Robinson de quarterback. Nos gustaría oír tus comentarios.

—Y una mierda.

—Es verdad, Hobbsie —le dije—. El entrenador va a introducir un ataque completamente nuevo solamente para el partido contra el Centrex. Quiere un quarterback capaz de correr. Que esprinte, que se escape de la bolsa de contención, que haga carreras con compañero, amagos... Vamos, un quarterback capaz de correr.

—El quarterback soy yo.

—Será solamente por un partido.

—El quarterback soy yo.

—Pero tú no sabes correr, Hobbsie. Él quiere un quarterback que sepa correr.

—Llevamos tres partidos sin perder —dijo Hobbs—. Tengo un porcentaje del sesenta y dos por ciento de pases completados. Solamente me han interceptado una vez y fue porque Jessup rompió la formación, te lo puede decir él mismo. Me he estado concentrando. He estado asumiendo el mando en el pelotón. He estado leyendo el blitz tal como me enseñó el entrenador.

—Pero no sabes correr.

—Sé lanzar, joder. ¿Acaso sabe lanzar él?

—Pues claro que sabe lanzar. Él sabe hacer de todo. No hace falta que yo te lo cuente. El entrenador cree que con Taft de quarterback podremos hacer muchas más cosas en ataque. Es un concepto totalmente ofensivo. Una reordenación de prioridades.

—No lo entiendo. Pero si hasta ahora nos ha estado yendo muy bien.

—Porque hemos estado jugando contra leproserías y escuelas de barbería. Pero el entrenador quiere algo especial que alinear contra el Centrex.

—Te está tomando el pelo —dijo Buddy Shock.

—¿Es verdad, Gary?

—Es verdad —le dije.

—Hijo de puta —dijo Hobbs.

Vern Feck corrió de un lado a otro haciendo sonar el silbato y todos los jugadores se presentaron ante sus respectivos entrenadores. Los seis corredores formamos un círculo alrededor de Oscar Veech. Él buscó algo que decir. Por fin se centró en mí.

—Ciérrate bien cuando te golpeen, Harkness. No te has estado cerrando bien. Has perdido una vez el balón contra éstos y has estado a punto de perderla dos veces más.

—Estaba corriendo a tumba abierta.

—Pues corre a tumba abierta hasta que te golpeen. Cuando te golpeen, ciérrate bien.

—Vale.

—Ciérrate bien. Posición fetal. Abraza el balón. Abrázalo. Abrázalo.

—Sí, señor.

—Lee Roy, ¿de qué estoy hablando, Lee Roy?

—No estaba escuchando, señor —contestó Lee Roy Tyler.

—Típico —dijo Veech—. Típico de la actitud que tenéis por aquí. Sois una panda de granjeros retrasados de mierda. Sois perezosos, estáis pagados de vosotros mismos y sois tontos. En mi meditada opinión, sois una panda de mongolos. Si no sois capaces de concentraros, no podéis jugar al fútbol americano en este equipo. Bueno, pues. ¿De qué estaba hablando, Hopper?

—De cerrarse bien.

—Lee Roy, ¿qué tienes que hacer cuando tu quarterback ordena formación a la derecha y tú estás ahí en el ala, listo para salir volando, y de pronto te das cuenta de que ellos están en defensa de zona? ¿Qué haces entonces, Lee Roy?

—¿Señor?

—Lee Roy, eres un escarabajo pelotero. La mierda es tu elemento natural. No haces nada, hombre. Corres como te mandan y ya está.

—Sí, señor.

—Vamos a los fundamentos. Deering, ¿a quién embistes en una barrida de flanco débil contra un cuatro-tres?

—Señor, embisto al apoyador.

—Embistes al ala, mongolo. Es tu receptor quien va a por el apoyador.

—Ah, sí, ahora me acuerdo —dijo Jim Deering.

—Si tuvieras un par de neuronas serías peligroso —dijo Veech—. Venga, vámonos de aquí antes de que sufra una hemorragia.

Salimos del campo para tener una charla conjunta con Tom Cook Clark y sus tres quarterbacks, Garland Hobbs, Terry Madden y Byrd Whiteside. Luego Vern Feck se trajo a sus apoyadores y pusimos a Randy King de centro a fin de practicar defensas contra el blitz, dos atacantes atrasados y un centro contra los tres apoyadores haciendo variantes de blitz. En realidad era un ejercicio de sincronización: llevábamos protecciones de cabeza y de cuerpo pero no tenía que haber ningún contacto real. Madden ocupaba la posición de quarterback. Bobby Hopper y yo estábamos detrás de él. En el primer saque, Champ Conway resbaló y se cayó antes de poder alcanzarme. Vern Feck tardó un segundo en echársele al cuello.

—¡Capullo! —le gritó—. ¡Capullo, capullo, capullo de mierda! Tienes los pies idiotas, Conway. Los mensajes de tu cerebro se te deben de quedar atascados a la altura de las rodillas. Tenemos a otros jugadores listos para ocupar tu puesto, capullo. No te olvides.

—Cambia de jugada —le estaba diciendo Tom Cook Clark a Madden—. Cuando los veas inclinados así, prepárate para cambiar de jugada.

—¡Vale, vale, vale! —gritó Oscar Veech, dando palmadas sin razón aparente.

—¿Qué eres, Conway?

—Un capullo, señor.

Más tarde estalló una pelea entre Randy King y un apoyador suplente, John Butler. King le hizo una llave de cabeza a Butler y trató de retorcerlo rápidamente para tirarlo al suelo. Terminó el retorcimiento agarrándole el casco. A continuación Butler le puso el antebrazo en la espalda, lo hizo girar y le encajó una patada en la pierna. King cayó al suelo gruñendo, Butler le saltó encima y se pasaron un rato forcejeando y levantando polvareda. King, desde abajo, intentó sacarle a Butler la camiseta por la cabeza. Por fin los entrenadores detuvieron la pelea y nos pusimos otra vez manos a la obra. Varias jugadas más tarde, los bloqueos perdieron fuerza y Hobbs, que ahora estaba de quarterback, hizo una salida un poco prematura de la bolsa de contención. Sonó un silbato, por lo bajo, como si no quisiera llamar demasiado la atención, y vimos que Creed se acercaba caminando por el campo. Hobbs puso los brazos en jarras y miró la hierba. Creed, sin prisa ninguna, empezó a hablar cuando todavía estaba a diez yardas, en voz muy baja, con paciencia.

—Tienes que quedarte dentro de la bolsa, hijo.

—Sí, señor, ya lo sé.

—Has salido demasiado pronto. Tienes que mantenerte firme hasta con toda esa carne aporreándote. Si no eres capaz de hacerlo, no puedes jugar para mí. Eso está claro.

—Sí, señor.

—Gary, ese bloqueo ha sido espantoso.

—Sí, señor —dije yo.

King y Butler se estaban peleando otra vez. Creed oyó el ruido y se volvió lentamente para mirar. Como los dos llevaban máscaras protectoras de linieros, les resultaba extremadamente difícil hacerse sangre, que era el propósito no manifiesto y la única satisfacción verdadera de una pelea como aquélla. De manera que volvieron una vez más a las patadas y a los forcejeos, a tirar del equipamiento del otro, no de forma táctica sino con frustración, tirando de las protecciones del cuerpo, de la máscara, del casco en sí. King fue derribado y Butler le dio una patada en el estómago. Alguien apartó a Butler de un empujón. A King ya se le había acabado la tarde. Tuvieron que llevárselo. Butler se quedó solo cerca de la línea de banda. Creed cruzó lentamente el terreno de juego hacia los linieros ofensivos, que estaban haciendo *sprints*. Yo me quedé mirando un momento a Bloomberg. Luego regresamos a nuestro entrenamiento de blitzs. Todo el mundo fingió que no veía a Butler. Él se quedó a un lado, mirando. Al cabo de cinco minutos (se pudo sentir), lo perdonamos.

Sam Trammel, que entrenaba a los receptores, mandó que atacantes y defensores del equipo inicial se juntaran para hacer un simulacro de refriega. Vern Feck se dedicó a entrar y salir dando brincos de la piña defensiva, controlando a sus muchachos, con la carita sonrosada medio sumida en las sombras de su gorra de béisbol y el silbato rebotándole en la camiseta mojada. Yo desempeñé mi papel

mecánicamente; mi papel pareció hacer lo mismo. Bloqueé, llevé el balón, repasé esquemas de pases. En mitad de un esquema largo, me quedé mirando cómo el balón volaba trazando espirales hacia mí, con la punta ya descendiendo y los cordones girando, levanté las manos con los dedos extendidos, seguí el balón con la mirada hasta que me llegó a las manos, aquí y ahora, y a continuación alargué mis zancadas, desviándome hacia el medio, viéndome a mí mismo en un televisor a color de gran tamaño mientras viraba para entrar en la zona de anotación. La tarde transcurrió en etapas medidas teóricamente, con fluidez, y yo me moví por ella no en calidad de mí mismo sino como secuencia extraída de la idea misma de movimiento, como breve disposición de esquemas y leyes físicas abstraídas del conjunto. Todo era maravillosamente automático, armónico, soñado por un genio. Mientras me dedicaba a recorrer el centro a toda velocidad en trayectoria circular, ociosamente porque la jugada se dirigía a otra parte, me barrió sin razón alguna el profundo libre, Lenny Wells. Rodé por el suelo dos veces, disfrutando de la hierba, a continuación me puse de pie y le di un par de palmadas a Lenny en la grupa.

—Así se pega, Lenny —le dije.

Todo terminó igual que había empezado, dando dos vueltas alrededor de los postes de la meta. En la primera vuelta, un atajador llamado Ted Joost, que compartía habitación con Randy King, estampó a John Butler contra el poste de la meta y siguió corriendo como si nada. Butler echó a correr detrás de él y le saltó sobre la espalda. Joost se lo sacó de encima y empezaron a darse puñetazos. Yo pasé corriendo a su lado, y para cuando doblé la curva del otro lado, la pelea ya se había terminado. Regresé andando al Staley Hall con Bing Jackmin.

—No voy a aguantar esto mucho más —me dijo.

—¿El qué?

—Los procedimientos anticuados.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los procedimientos que hacemos aquí están anticuados. Los trenes de bloqueo están anticuados, da igual que lo sepas o no. Los ejercicios de agilidad están anticuados. Hasta nos hacen inclinarnos y tocarnos las puntas de los pies. Gary, estamos en la segunda mitad del siglo XX. Esas cosas desaparecieron con los gladiadores. Estamos usando procedimientos anticuados y ni siquiera somos conscientes de ello.

—Tú mismo dijiste que lo nuestro viene de antiguo. Viene de muy antiguo, dijiste. Fuiste tú quien acuñó esa tontería de expresión para referirse a la relación entre el presente y el pasado.

—Hiperatávico —dijo él.

—Creo que eso no lo dijiste.

—Da igual lo que dijera, sigo pensando que el fútbol americano está anticuado. ¿Y quieres saber qué más es? Ya te he dado una pista.

—¿Qué más es, Bing?

—Es de gladiadores —dijo él—. Nos engordan y luego nos ponen a todos juntos en la arena. Nos entrenan para matar, más o menos.

—Pues lidera una revuelta —le dije.

—El entrenador me haría pedazos.

Howard Lowry iba caminando por delante de nosotros. A Howard se lo conocía como Vagón de carga. Era atajador defensivo del equipo inicial y uno de nuestros pocos jugadores que tenía grasa humana normal en la cintura. Pesaba unos ciento veinte kilos, tenía un centro de gravedad bajo y muy ancho y se lo consideraba inamovible. Howard compartía habitación con Billy Mast, defensa atrasado suplente. Billy estaba en pleno proceso de memorizar la novena elegía a Duino de Rilke en alemán, idioma que no entendía. Era para un curso que estaba haciendo sobre lo indecible.

Myna Corbett y las responsabilidades de la belleza me iban a tener ocupado de forma intermitente durante el resto del año. No sé exactamente qué sentía por ella, ni qué pensaba de ella, ni qué esperaba darle o recibir de ella. Hay un millar de clases de amor. La explicación más simple es que hacía que me sintiera cómodo. Creaba un equilibrio privado en la naturaleza, una sensación de que las cosas iban bien, o casi bien, tanto en sí mismas como en relación con un requisito más amplio. De manera que aquel amor era en cierto sentido ecológico; me hacía sentir en paz con mi entorno, y tal vez en mis días buenos yo le provocaba a ella el mismo efecto. Como a veces mis análisis de la vida me llevaban a formas indirectas de burla de mí mismo, y como a menudo mis proyectos de investigación se manifestaban en forma de parodias del hambre o del dolor o del exilio, resultaba refrescante buscar en aquella mujer un círculo perfecto cuya realidad dominara mi talento como investigador para reducir el tamaño y el significado de cualquier variedad de experiencia de la que en la actualidad estuviera extrayendo una muestra.

Myna poseía medio millón de dólares y era miembro de un club de lectura de ciencia ficción. Se mirara como se mirara la cosa, ahí se terminaban sus atractivos. Pesaba unos setenta y cinco kilos. Tenía varias manchas de distintos tamaños en la cara y el pelo le colgaba en forma de manojos flácidos y enredados. Se mordía las uñas, tenía andares de pato y no se callaba nunca. Coincidíamos en dos clases, Geografía de México y una especie de introducción a la exobiología. Myna era la única mujer de la clase de Geografía (tradicionalmente un curso para los jugadores de fútbol americano) y parecía tomarse muy en serio la organización territorial de México. Nos llevamos bien desde el principio. Yo disfrutaba oyéndola hablar y me gustaba su libertad en el vestir. Su estilo tenía cierto aire como de desfile festivo. En cualquier momento en que la pillaras, lo más seguro es que su indumentaria representara varias épocas distintas de la moda. La sensación que producía era cálida, abundante en colores y claramente antihistórica.

Celebrábamos pícnicos de broma detrás del barracón de acero galvanizado: almendras picadas y Gatorade. Myna solía traerse una novela de ciencia ficción. Comía y leía al mismo tiempo, dando brinquitos sobre la hierba marrón cada vez que llegaba a un pasaje particularmente estimulante. Fue durante el tercer o cuarto pícnico, en un día extrañamente fresco para la estación, cuando empezamos a tratar el tema de las responsabilidades de la belleza. Myna llevaba una pulsera labrada de plástico, cadenas trenzadas de oro en torno al cuello, un chal victoriano bordado a mano por encima de una blusa gitana de seda y una falda de *patchwork* que le llegaba hasta el suelo. Tenía las botas tachonadas de estrellas azules.

—Acabo de darme cuenta de qué es lo realmente curioso de ti —le dije—. Por alguna razón no transmites sensación alguna de futuro personal.

—Soy una persona del ahora, Gary.

—Eso es bueno, porque yo soy una persona del entonces.

—Ya lo sé —dijo ella—. Por eso me caes bien. Necesito algo de perspectiva en mi vida.

—Me vas a odiar por decirte esto, Myna. Pero creo que eres una de las chicas más guapas que he conocido en mi vida. De mayor o de niño. Para tu categoría de peso.

—La gente siempre me lo está diciendo. Que tengo una cara muy bonita. Es lo típico que se les dice a las chicas gordas. Se supone que nos tiene que hacer sentir culpables para que perdamos peso.

—Pero es que es verdad —le dije yo.

—Ya sé que es verdad. Lo único que tengo que hacer es perder veinticinco kilos e ir a un dermatólogo. Pero es que me gusto como estoy. No quiero ser preciosa ni deseable. No tengo fuerzas para serlo. Implica demasiadas responsabilidades. Hay que estar a la altura de muchas cosas. Yo, en cambio, tengo la sensación de ser yo misma de forma consistente. Hay un montón de gente que tiene a otra persona atrapada dentro. Imagínate que dentro de ese corpachón tuyo tuvieras a un chavalín esmirriado con gafas de culo de vaso. Dentro de mi padre hay un brutal perro policía, un animal asesino y fascista. Casi todo el mundo tiene a alguien atrapado dentro. Dentro de mí hay una chica sensiblera y desaliñada con sobrepeso. Soy igual, Gary, por dentro y por fuera. Ser preciosa es durísimo. Desarrollas una obligación con la gente. Casi te conviertes en propiedad pública. La mera naturaleza pública del hecho de ser preciosa ya puede hacer que te pierdas y casi te trastornes mentalmente. No te creas que no he pensado en el tema. Una se puede perder del todo en ese rollo bobalicón. Y en cualquier caso, ¿quién decide qué es hermoso y qué es feo?

—Hay estándares.

—¿Los de quién?

—No lo sé. De los griegos. De los etruscos. Hay cosas de las que uno no se puede escapar. La Historia te obliga a escuchar y a ver.

—La Historia hay que equilibrarla con la ciencia ficción. Es la única forma de conservar la salud mental.

—Mañana celebraremos otro pícnic.

—Cielos, ¿podemos?

—Podemos hacer lo que queramos, Myna.

—¿Y podemos traer algo que no sea almendras picadas? ¿Podemos traer tortitas de verduras y tal vez *brownies*?

—Podemos traer lo que queramos, siempre y cuando sea humilde y no tenga carne.

—¿Podemos no traer esta manta? ¿Podemos traer una manta distinta? Es que ésta no me gusta. Me hace pensar en bebés conejitos muertos.

—Pues lleva generaciones en mi familia.

—Hay que ver cómo dices las cosas. Hasta te creo y todo. Me parece que lo dices en serio. Y luego me doy cuenta de que algo no encaja. ¿Puedo traerme mi libro otra

vez?

—Claro que sí.

—¿Y puedo llevar ese vestido naranja que te gusta tanto?

—Pareces una explosión sobre el desierto. Sí, puedes traerlo.

—¿Y puedo traer mis cartas del tarot?

—Pues claro que sí. Por supuesto. Es un pícnic.

—Gracias, Gary.

Los topicazos guían las vidas de la mayoría de la gente. Tienen un efecto relajante en la mente y transmiten la clase de sentimiento ampliamente aceptado que, cuando lo abres, ves que no es más que una negación del silencio. Su amenaza está oculta junto con los crímenes más oscuros del pensamiento y del lenguaje. Pero frente a la muerte, sin embargo, esa amenaza desaparece del todo. La muerte es terreno abonado para el topicazo. La frase manida nunca resulta más reconfortante, ni ofrece un mayor descanso, que en los momentos de duelo; nos quedamos pegados a las paredes, articulando esas exuberantes banalidades.

El nombre de Norgene Azamian pronto dejó de parecernos ridículo. Éramos conscientes de que en América todo absurdo siempre es poco. Así que tanto el nombre de Norgene como el hombre en sí no tardaron en volverse ordinarios, igual de verosímiles que las neveras o las biblias o los nombres de estos objetos. Cuando murió, de las heridas que le causó un accidente de automóvil, nos repetimos ciertas frases los unos a los otros y dedicamos nuestro siguiente partido a su memoria. Un pastor local lo llamó «guerrero caído». Un artículo del periódico de la universidad citaba a la presidenta, la señora de Tom Wade, diciendo que aquella muerte prematura a los veintiún años servía como recordatorio trágico de que nuestro destino está en manos de un Ser o una Fuerza que habita más allá del alcance de la razón humana. Norgene no era muy buen jugador de fútbol americano, pero la muerte había abrumado incluso su mediocridad, de manera que ahora conspiramos con su defunción para convertirlo en un gigante. Para muchos de nosotros era nuestra primera experiencia de la muerte. Nos creíamos las frases. Era cierto que era un ángel caído; era incuestionable que el episodio nos recordaba nuestros destinos. La noche del partido en memoria de Norgene saltamos al terreno de juego y jugamos como jóvenes y magníficos dioses, no con la intención de vengar su muerte, sino únicamente para honrar al difunto, para transformar su recuerdo en obra de arte. Así fue durante la primera mitad. En la segunda mitad, sin embargo, el partido entero se vino abajo. Hubo peleas, jugadas interrumpidas y toda clase de penalizaciones. A pesar de todo, ganamos con facilidad. Pero la última hora nos había dejado un mal sabor de boca (como dice el dicho).

Varias semanas más tarde, en algún momento entre las tres y las seis de la madrugada, Tom Cook Clark se pegó un tiro en la cabeza con un Colt 45 con empuñadura de marfil. Emmett Creed se refirió a él en su panegírico como una de las mejores mentes para el fútbol americano del país entero. También dijo que había ejercido una gran influencia en los jóvenes y un buen ejemplo interconfesional para todos los que habíamos tenido la suerte de relacionarnos con él. El propio Creed asumió la tarea del difunto de entrenar a los quarterbacks. El velatorio se celebró en la funeraria del pueblo porque no había ningún lugar en particular adonde mandar el cuerpo, ni tampoco familia a la que mandárselo. Todo el mundo comentó lo bien que

había quedado el cadáver. Aquello se convirtió en el tema recurrente del velatorio. Nos congregamos en la antesala, pegados a las paredes, evitando el centro de la habitación por alguna razón, y nos dedicamos a comentar el buen aspecto que tenía el muerto, como si no estuviera muerto sino únicamente encerado y bien vestido como parte de un proceso de rejuvenecimiento y pronto fueran a despertarlo de un timbrazo, revitalizado y más flaco que nunca. Fue así como reaccionamos al impacto de la muerte, intercambiando comentarios cómicos con total seriedad, consolándonos los unos a los otros con apretones de manos y consignas. Vino a presentar sus respetos el mayor Staley. El mayor estaba al mando de la unidad de entrenamiento de la universidad de oficiales en la reserva de la Fuerza Aérea. Me vio y se me acercó. Nos dimos la mano, despacio y con delicadeza, renunciando en aquella ocasión tan especial a todo indicio de virilidad.

—Tengo entendido que estaba deprimido por un problema de salud —dijo el mayor.

Nos enteramos enseguida de la colisión. Sucedió a sólo cuatrocientos metros del campus. Debían de ser las diez de la noche. La carretera se llenó de policías estatales que escribían en sus cuadernos y se copiaban los unos de los otros. Identificaron a Norgene por el contenido de su billetera. Hubo tres muertos más. Una chica (pasajera, mujer, blanca). Sus piernas asomaban de los restos del vehículo, terriblemente blancas, lo único blanco en medio de toda la sangre y las luces rojas giratorias, lo único silencioso en medio de todas las voces y el ruido. Me pregunté quién sería. También me pregunté por qué su muerte parecía más absurda que las demás. No pude parar de mirarle las piernas. Luego volví a mi habitación, pensando en la sílaba extra del nombre propio del guerrero caído y en el hecho de que aquella sílaba había empañado la tradición y había desencadenado la mala suerte.

Era el primer año que el mayor Staley pasaba allí. Su padre era el antiguo alumno más famoso de la universidad, practicante de tres disciplinas deportivas, héroe de guerra e integrante de la tripulación de la misión de Nagasaki. El mayor debía de tener unos treinta y ocho años. Solamente impartía un curso, Aspectos de la guerra moderna. Como yo no formaba parte de la unidad de cadetes, había cogido la costumbre de sentarme en la última fila, una pequeña muestra de humildad de civil. Un día le pregunté cuántos megatones debía contener la cabeza nuclear de un misil antimisil a fin de garantizar la interceptación de un misil ss-9 con cabezas nucleares múltiples.

—Pues para conseguir la intensidad de pulso de rayos X que estás diciendo, seguramente necesitarías una cabeza de más de dos megatones.

Me fascinó la forma en que los policías estatales se copiaban de los cuadernos de sus compañeros. Había un agente de pie escribiendo y otro a su lado copiándole lo que escribía. Se dedicaron a mirar lo que ponía el otro hasta que quedó claro que habían alcanzado un acuerdo. Era una medida preventiva contra los errores y los cabos sueltos. Si todos tenían la misma información, era imposible que hubiera

equivocaciones.

Aquella noche en mi habitación, antes de quedarme dormido, intenté imaginarme de dónde venía Tom Cook Clark, qué pensaba y qué clase de vida llevaba. No sé qué fue lo que me hizo acordarme de él aquella noche en concreto. (Por entonces, claro, todavía estaba vivo.) Intenté entender quién era y qué lo convertía en la persona que era, cuando en realidad no parecía más que una cara, una gorra y una forma determinada de hablar; existía (por entonces). Me quedé tumbado en la cama pensando en él, igual que a lo largo de mi vida había pensado en otras personas, todos simples conocidos, vacíos aproximados de información. Era incapaz de adivinar nada de él. Era incapaz de imaginarme nada. Tampoco podía inventarme nada. ¿Por qué resultaba tan vacío? Aquello hacía que me sintiera tonto y débil. Quizá el tipo necesitara vivir en la mente de otro. Y que su misma existencia se viera amenazada si era imposible que cobrara vida en quizá la única mente que alguna vez había intentado reconstruirlo. Resultaba extraño que se matara en cuestión de semanas. Tal vez el fracaso fuera mío, tal vez la mala salud fuera la mía y aquella vida vacía fuera una especie de cuaderno necesitado de los datos de otra persona, unos datos que eran una simple acumulación de jerga para la mente militar, una jerga parecida a los topicazos que los asistentes al velatorio se pasaban los unos a los otros en forma de notas copiadas. Pero se trataba simplemente de una más de mis especulaciones filosóficas, pensar que su vida dependía de lo que mi mente pudiera hacer con él, una existencia que giraba en una rueda, numérica, no budista, las notas consolando al cuaderno, los números cubriendo las palabras que se usaban para cubrir el silencio. Era un intelectual, pensé (en la antesala de la funeraria), acordándome de que fumaba en pipa y no decía palabrotas.

—Si contamos tres cabezas nucleares por misil y un factor de exactitud de cuatrocientos metros, ellos necesitarían entre cuatrocientos y quinientos proyectiles de la serie ss-9 para lograr una destrucción en primer ataque del noventa y cinco por ciento en relación con nuestra capacidad de responder a su ataque por medio de misiles Minuteman —añadió el mayor.

Billy Mast, que se alojaba a dos puertas de mi habitación, dedicaba todas las noches a memorizar un poema largo escrito en un idioma que jamás había leído, ni hablado, ni siquiera oído, salvo en un par de películas. Billy sacaba unas notas extremadamente altas en todo. Académicamente ocupaba el percentil 99. En muchas de sus clases se establecían sistemas de calificación prorrateados de acuerdo con los estándares que definía él. Todas las noches le dedicaba su tiempo a la elegía. Yo lo visitaba a veces solamente para oír los sonidos que emitía, su pugna gutural contra aquellas consonantes desagradecidas. Mientras recitaba, le gustaba golpear la mesa con ambas manos. El curso que hacía Billy sobre lo indecible estaba restringido a diez alumnos. Saber alemán era un criterio previo para que te negaran la admisión.

Cuando la noche del accidente por fin cerré los ojos, quise soñar que ponía la cabeza entre las piernas de la chica muerta. Los arranques de culpa tenían un

atractivo considerable para mí, sobre todo al despertar por la mañana. Me gustaba quedarme tumbado en la cama, recordando imágenes de sexo mórbido soñadas y tratando de repartir culpa entre la mente consciente y la inconsciente. Pero aquella noche acabé durmiendo intranquilo, sin ningún sueño que luego pudiera recordar.

—¿Quién fue más excelso? —dijo Bloomberg—. Solamente tienes un intento. ¿Sir Francis Drake o el profeta Isaías? Tómame tu tiempo para contestar. No es tan obvio como parece.

—¿Cómo puedes compararlos? —dijo Andy Chudko—. Pertenecían a disciplinas distintas.

—La respuesta solamente parece obvia al principio. Ten mucho cuidado.

—Pues a mí no me parece obvia para nada —dijo Chudko.

Yo estaba de pie en la puerta. Bloomberg y Andy Chudko ocupaban las camas. Anatole estaba boca arriba, con dos almohadas debajo de la cabeza y las manos entrelazadas sobre el pecho. Chudko estaba sentado en mi cama, de cara a la puerta, con el pie derecho (estirado hasta el infinito) en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a la puerta (cuando estaba cerrada). Me fijé en otros ángulos, elevaciones e intervalos y a continuación me situé con cuidado en la silla contigua a la ventana, entre las camas, de cara a la puerta abierta que estaba más allá de los dos hombres, mirando hacia el pasillo o la ruta comercial. La cabeza y el torso de Chudko confluían sin necesidad de cuello alguno. De hecho, todo su cuerpo parecía soldado, y todas sus partes, unidas entre sí mediante chorros de calor y presión. Tenía su guitarra plateada en la otra silla, la que estaba junto a la puerta.

—No te entiendo, Bloomers. Gary, tú compartes habitación con este tipo. ¿A ti qué te parece?

—Nuestro próximo secretario de defensa.

—A mi compañero de habitación le agradecerá saber que hace una hora que he abandonado mi dieta. Creo que disfrutará del hecho de enterarse.

—Pues sí. Lo apruebo claramente.

—He visto mi error —dijo Bloomberg—. Pensaba que me volvería más eficiente si comía menos. Pensaba que me sentaría bien la disciplina de la dieta. Que me haría más rápido de cuerpo y por consiguiente más rápido de mente. Que me daría una sensación de definición física y por tanto de consciencia espiritual. Pero todo era una equivocación. Pensé que si pesaba menos, me sentiría mejor. Pensé que me respetaría más. Pensé que ganaría confianza en mí mismo y que la nobleza de mis ideales también saldría ganando. Pero no sucedió nada de todo eso. Todo era parte del rollo judío, fíjate. Yo pensaba que el autocontrol de la dieta me llevaría al autocontrol necesario para quitarme de judío. Pero no salió así. A medida que perdía peso, mientras continuaba luchando contra la comida y sus tentaciones, empecé a perder también la idea de mí mismo. Estaba perdiendo la idea de mi cuerpo, de a quién pertenecía, de qué era exactamente, de dónde estaban ubicadas sus distintas partes, de qué aspecto tenía visto desde distintos ángulos y durante los distintos momentos del día y de la noche. Estaba perdiendo la parte más importante de mi ser. La obesidad. Lo que yo había considerado autocontrol en realidad era indulgencia conmigo mismo.

Ponerme guapo. Conseguir pies rápidos. Ahora me doy cuenta de que estas cosas no son importantes, de que no son nada comparadas con mi realidad individual. Bajé hasta ciento treinta y un kilos y luego hasta ciento veintiocho. Mi consciencia de mí mismo empezó a diluirse. Era una terrible muda de piel. Estaba perdiendo más y más de mí mismo. Estaba perdiendo cada vez más el cuerpo antiguo y también la mente recién adquirida. Si continuaba esa desaparición, pronto no me iba a quedar más que una cosa. Caballeros, me refiero a mi condición de judío. Que es el sustrato, por así llamarlo, de mi ser. Sería lo único que me quedaría y volvería a ser, a todos los efectos, un chico judío de catorce años. ¿Acaso empezaría a contar chistes tontos sobre mi madre? ¿Acaso volvería a adoptar un poco de aquel viejo ritmo del gueto en la voz, a poner un poco más de acento? ¿Acaso descendería sobre mí la gran culpa apestosa? No quiero ni oír hablar del valor de la propia herencia. Estoy intentando llegar a un punto en el que pueda existir más allá de la culpa, más allá de la sangre y más allá del ridículo pasado. Gracias a Dios por América. En este país existe la posibilidad de lograrlo. Quiero mirar hacia delante. Quiero ver las cosas con claridad. Me gustaría volverme un hombre decidido y firme en el sentido más literal de esas palabras. La Historia no es más precisa que las profecías. Rechazo al Dios colérico de los hebreos. Rechazo al Dios cristiano del amor y del dinero, aunque no rechazo el amor en sí ni tampoco el dinero en sí. Rechazo la herencia, el pasado, la tradición y el nacimiento. Son cosas que no hacen más que ralentizar el progreso de la especie humana. Que conducen a la guerra y a la locura, a la guerra y a la locura, a la guerra y a la locura.

Me levanté y cerré la puerta. Luego regresé a la silla contigua a la ventana. Le di la vuelta y me senté con los brazos sobre el respaldo. Ahora estaba de cara a la puerta cerrada. Bloomberg levantó el brazo derecho y mantuvo aquella postura —boca arriba, un brazo doblado sobre el pecho y el otro en el aire— durante el resto de su discurso. Parecía loco, como un profeta encarcelado o la figura de una pintura muy antigua, como un hombre a punto de morir, que le decía su última palabra a una yema de luz.

—En calidad de autoridad mundial sobre biomedicina ambiental, me han encargado que preste todo el peso de mi opinión a otro seminario cargado de tensión sobre el futuro de la Tierra. Amigos míos, no hay nada que temer. Pronto estaremos cosechando en el mar, colonizando planetas y controlando hasta el último aspecto del clima. Desarrollaremos reactores nucleares que le proporcionarán al mundo anglófono energía ilimitada de forma segura y barata. Nuestros astrónomos se comunicarán por radio con seres situados en los confines mismos del universo. Construiremos robots hidráulicos que dejarán en pañales la tecnología automática. Manufacturaremos pulmones y cerebros de plástico. Reprogramaremos las células humanas con información genética nueva para eliminar del todo las enfermedades hereditarias. La misma obsolescencia se volverá obsoleta. Lo reciclaremos todo. Desde los zapatos hasta la comida. Desde las velas hasta el papel. Desde las piedras

hasta las bombillas. Se ha planteado la siguiente pregunta filosófica: ¿qué pasará con la muerte? Caballeros, tengo la respuesta aquí mismo. El sobre sellado, por favor.

Andy Chudko me miró. Se levantó, cogió la guitarra de la silla que había junto a la puerta, abrió la puerta y se marchó, cerrando tras de sí. Bloomberg se puso a hablar otra vez. Yo lamenté que Chudko no hubiera dejado la guitarra. Por alguna razón poco clara, su presencia habría supuesto un alivio.

El motel estaba a poco más de tres kilómetros del campus. Caminé por el margen de la carretera. El sol arrancaba destellos de los trocitos de cristal. Pasé junto a una serie de animales muertos, de los que ya no quedaban más que jirones de piel y trocitos de carne completamente asfaltados, parte de la carretera. Por fin llegué al motel. Era un edificio gris, apenas distinguible de la tierra que lo rodeaba. El mayor Staley llevaba alojado allí desde el inicio del año escolar. Yo no sabía qué clase de coche conducía el mayor, de manera que entré en la oficina de recepción y le pedí su número de habitación a una anciana que había allí, medio dormida sobre un cuenco con fibras de trigo. Cuando el mayor salió a la puerta tenía una toalla en las manos. Llevaba los pantalones y la camisa del uniforme, con la camisa desabotonada, por fuera de los pantalones y remangada a la altura de los antebrazos. Sobre una mesa había apilados algunos manuales azules de entrenamiento de oficiales en la reserva.

—Mi mujer y mis hijos siguen en Colorado. Los echo muchísimo de menos. Espero poder traérmelos muy pronto. Nuestra casa debería estar acabada dentro de diez días. He vivido en más sitios que un gato callejero.

—Aquí funciona una especie de teología. Las bombas son una especie de dios. Y a medida que crece el poder de ese dios, nuestro miedo aumenta de forma natural. Yo siento la misma aprensión que todo el mundo, tal vez más. Tenemos demasiadas bombas. Y ellos tienen demasiadas bombas también. De todo esto lo que sale es una especie de teología del miedo. Empezamos a capitular ante esa presencia abrumadora. Es demasiado poderosa. Nos hace parecer hormigas. Acabamos diciendo: que el dios haga lo que quiera, es mucho más poderoso que nosotros. Que sea lo que él ordene. Antes pasaba que los dioses castigaban a los hombres usando las fuerzas de la naturaleza contra ellos, o bien excitándolos para que cogieran sus armas y se destruyeran los unos a los otros. Ahora en cambio el dios mismo es una fuerza de la naturaleza, la fusión de tritio y deuterio. Ahora él es el arma. De manera que esta vez quizá hayamos ido demasiado lejos a la hora de crear un ser omnipotente. Toda esta maquinaria. Unas reservas fabulosas de maquinaria. El gran peligro es que nos acabemos rindiendo a una sensación de inevitabilidad y nos pongamos a tirárnoslo todo a la cabeza por todo el planeta.

—Estamos hablando de un artefacto de un solo megatón. Vale, estás a quince kilómetros de la zona cero. Si hace un día despejado, tendrás quemaduras de segundo grado. Garantizado. Con cien megatones, ya te puedes olvidar de todo. Aunque estés a ciento veinte kilómetros, también tendrías quemaduras de segundo grado. Dependiendo de las variables, la casa hasta se te incendiaría. Y eso solamente es el primer destello. Después viene la tormenta de fuego, como en Tokio, como en Hamburgo, como en Dresde, como en Hiroshima. Desde el punto de vista estructural, las ciudades más antiguas de Estados Unidos son muy vulnerables a las tormentas de fuego. La densidad de edificaciones es alta y la concentración de material

combustible por edificio también. Puede que Tucson se escapara de una tormenta de fuego. Nueva York, Baltimore, Boston..., olvídate. Nagasaki no se quemó demasiado. Tenían una densidad baja y el viento les ayudó. Hamburgo, en cambio, sí. Hamburgo fue un horno. Más de quinientos grados centígrados, si te lo puedes imaginar. Encontraron cuerpos desnudos salvo por los zapatos. Y lo causó el calor, no el fuego. El calor les desintegró la ropa. Encontraron cuerpos encogidos y secos como el papel. Lo causó la intensidad del calor. Lo otro que hay en las tormentas de fuego es el monóxido de carbono.

—He tenido una carrera con altibajos, por no decir algo peor.

—Creo que lo que pasará en un futuro no muy lejano es que tendremos guerras humanitarias. Los dos bandos aceptarán usar bombas limpias. Y los dos bandos acordarán limitar la cantidad de megatones que usen. En otras palabras, nos reuniremos con el enemigo previamente y se producirá el acuerdo de que si el problema no puede resolverse de forma pacífica, sea cual sea el problema, por lo menos nos aseguraremos de que la guerra sea tan relativamente humanitaria como se pueda. De manera que acordaremos usar armamento limpio. Y hasta especificaremos la cantidad de megatones; digamos, hipotéticamente, mil megatones por bando. Lo que tendremos entonces será una guerra de dos mil megatones. Podemos incluso ir más lejos y decir que nosotros dejamos en paz vuestras ciudades si vosotros dejáis en paz las nuestras. Nos limitaremos a atacar objetivos militares. De manera que ya de entrada te ahorras el peligro de la lluvia radiactiva y los millones de muertes adicionales que ésta causa. Al mismo tiempo eliminas el intercambio de ciudades y los ataques de castigo contra la población en general. Por supuesto, a una mente humanista le horrorizará la mera idea. Para esa gente, el hecho mismo de mencionar estas ideas ya es lo más repugnante del mundo. Pero el problema no va a desaparecer. La situación está aquí y hay que hacerle frente. Puede que la perspectiva de una guerra humanitaria sea repulsiva, y le puedes poner todos los adjetivos que se te ocurran, pero sigue siendo una perspectiva. Y como alternativa a todo lo demás que puede suceder en caso de guerra, es relativamente aceptable. Los liberales como yo siempre son los primeros en tirármelo a la yugular cuando les hablo de cosas como la guerra humanitaria. Pero es que hay que plantársela. La gente cierra la mente. Se creen que la guerra nuclear tiene que ser insensata, que los dos bandos tienen que pulsar todos los botones y todo ha de acabarse en dos horas. En realidad, lo más seguro es que el conflicto sea muy meditado, muy cauteloso, algo que se acaba librando casi a cámara lenta. Y la variante limitada y humanitaria es la más aceptable. Las negociaciones podrían llevar a ella con facilidad. Hay que librar una guerra; puede que sea inevitable en términos de orgullo nacional, o para evitar el chantaje, o por un millar de otras razones. Y las negociaciones, lo que sea que quede de las negociaciones, lo que sea que todavía se esté hablando, podrían llevar fácilmente a ambos países a la idea de la guerra humanitaria por ser la opción menos dañina de todas las variantes posibles. Así pues, ellos atacan nuestros objetivos militares e

industriales con toda una serie de bombas y misiles que sumen un total de mil megatones, y nosotros les hacemos lo mismo a ellos. Se establecerán toda clase de controles. Prácticamente habrá un árbitro y alguien que cronometre. Luego la cosa se acabará y cada cual hará su estimación de daños. Se ponen en funcionamiento los artefactos de medición. Se consultan los tambores de memoria. Los ordenadores calculan los daños y el número de víctimas. Se evalúa el tiempo de recuperación. Después de un millar de megatones ya no seríamos la misma potencia industrial, pero nuestras ciudades seguirían en pie y la tasa de mortalidad quedaría en los percentiles bajos, entre el ocho y el doce por ciento. Sin lluvia radiactiva en la atmósfera, o con una cantidad relativamente mínima de ella, no tendríamos problemas de estrés medioambiental, ni cosas como cambios de temperatura, erosión, sequías ni aniquilación de insectos, y también evitaríamos las enfermedades por radiación a gran escala, las infecciones y los daños genéticos. De manera que podríamos volver a ponernos en marcha relativamente deprisa. La cosa no sería tan mala como la mayoría de la gente se teme. Por otro lado, hablamos de un concepto que hace aguas por todos lados.

—Nagasaki fue una vergüenza para quienes aman la guerra.

—Los países nucleares tienen unas reservas de material fisionable que yo estimaría en aproximadamente sesenta mil megatones en términos de potencia explosiva. Se trata de una estimación personal, basada en todos los datos técnicos que he podido ir acumulando a partir de revistas y boletines, con un factor de exactitud tal vez de tres o cuatro. Pero solamente para divertirnos, imaginaos eso en términos de kilos de TNT. Apuesto a que no podéis hacerlo sin lápiz ni papel. El truco es no perder la cuenta de los ceros.

—La guerra es la realización suprema de la tecnología moderna. Los hombres nos pasamos siglos poniéndonos a prueba a nosotros mismos con la guerra. La guerra era la mayor de las pruebas, la gran experiencia, el privilegio, el honor, el sacrificio de uno mismo o como quieras llamarlo, la determinación absoluta y suprema de qué clase de hombre eras. La guerra era el gran desafío y el gran evaluador. Era lo que te decía cuánto valías. Pero hoy las cosas han cambiado. Hay pocos hombres que quieran ir a combatir. Nos ponemos a prueba a nosotros mismos, nuestra hombría, de otras maneras, ganando dinero, haciendo *skydiving*, cazando pumas con arco y flechas, adquiriendo poder de una clase u otra. Y creo que podemos olvidarnos de la ideología. Es un problema completamente inventado, por lo menos en el caso de Estados Unidos. A efectos de lo que nos ocupa, no tiene importancia alguna. Está claro que podemos vivir con el comunismo; llevamos bastante tiempo haciéndolo. De manera que es un problema inventado, resultado del grotesco sentido del patriotismo que opera en este país. Hoy en día podemos decir que la guerra ha quedado reducida a una prueba de las ideologías en conflicto. Y podemos decirlo más que nunca porque nunca ha sido más cierto. Mira: ¿qué harían nuestros caricaturistas si quisieran satirizar a los chinos, si estuviéramos en un periodo de tensión extrema con los chinos

y los caricaturistas de la prensa quisieran suscitar en la gente un poco de patriotismo? ¿Acaso les dibujarían ojos rasgados y trenzas, igual que les dibujaban dientes de conejo a los japoneses en los años cuarenta? Pues no, no se burlarían de la gente. Lo que satirizarían serían las máquinas, la capacidad nuclear, las armas de los chinos y demás. Dibujarían petardos y cometas. La guerra siempre les ha revelado a los hombres lo que eran capaces de hacer en situaciones de presión. Y ahora da forma a las máquinas. No hay mejor examen del talento de un país para la tecnología. ¿Están funcionando con eficiencia máxima vuestras plantas de difusión gaseosa? ¿Están listos para funcionar perfectamente vuestros mecanismos de control y orientación de misiles balísticos intercontinentales? Obtienes las respuestas cuando estalla la guerra. Tu tecnología no sabe lo buena que es hasta que va a la guerra, hasta que ha sido sometida a la prueba suprema. No me parece que nos interese mucho ya la valentía individual. Es mejor ser eficiente que ser valiente. Y no hay más. Es lamentable, pero es así. Y tu tecnología no vale nada si no puede derrotar a la del enemigo. Tus armas tienen que ser más eficientes que las suyas, más fiables, más precisas y más letales. Tu tecnología tiene que alcanzar la eficacia máxima. Hay que exigirle siempre más, obligarla a superarse; tiene que mejorarse a ella misma de forma casi instantánea. Y no lo hará sin la presión de la guerra. La guerra saca lo mejor de la tecnología.

—Mayor, no hay forma de expresar treinta millones de muertes. No existen palabras. De manera que se recluta a ciertos hombres para que reinventen el lenguaje.

—Las palabras no las invento yo, Gary.

—Las palabras no explican, no clarifican, no expresan. Son calmantes. Todo se vuelve abstracto. Admito que en cierta manera resulta fascinante. También admito que el problema no se soluciona simplemente señalando que hay un cripto-Goebbels en el Pentágono que está distorsionando el lenguaje.

—Alguien tiene que presentarle la situación al público, independientemente del lenguaje. Hay que airear la cuestión en el debate público, clínicamente, del todo, sin guardarse nada, da igual cómo de terrible sea el tema y sin importar el lenguaje. Se tiene que discutir.

—No estoy necesariamente en desacuerdo.

—Mira, Gary, si yo voy y me pongo a dar charlas para distintos grupos sobre esta clase de asuntos, eso no me convierte en una especie de monstruo a quien le gusta ponerse a perorar o como quieras llamarlo sobre las consecuencias del intercambio nuclear, a quien le gusta plantarse delante de un grupo y hablar de muerte masiva y todo lo demás. Si yo intento informar a la gente para que haga algo con esta situación, que es grave, entonces estoy prestando un servicio, o por lo menos eso me parece a mí. No soy ninguna clase de criatura monstruosa a quien le encanta hablar del espectáculo de la megamuerte, de la escala sin precedentes de esta clase de conflicto. Simplemente es algo que hay que hablar y explicar. Hay que describírselo a la gente, de forma clínica y gráfica, para que sepan qué es lo que tienen delante.

—No estoy necesariamente en desacuerdo, mayor.

—La experiencia más emocionante de mi vida fue ir a bordo del XB-70. Ésa fue la experiencia más emocionante de mi vida.

—La tecnología armamentística se ha especializado tanto que ya no hace falta que nadie se sienta culpable. La responsabilidad está demasiado diluida. Es a los viejos guerreros como yo a quienes les toca cargar con la culpa de lo que se traen entre manos los llamados tecnócratas y los hombres multidisciplinares.

—¿Y por qué querías verme exactamente?

—Por la guerra nuclear, señor. Por saber cómo será.

—Durante las seis primeras horas después de la detonación, el círculo de la zona cero queda impregnado de lluvia radiactiva. Hacia el final del primer día, empieza a descender la tasa de exposición. Al cabo de unos meses baja de forma considerable. Todo depende de los megatones, del rendimiento de fisión, de si la detonación ha sido en el aire o en la superficie, de la velocidad del viento, la altitud barométrica media, el tiempo de descenso, el tamaño medio de las partículas...

—Diez megatones de fisión producen un millón de curios de estroncio 90. ¿Qué efecto causa eso en los niveles de calcio de la leche? El cuerpo humano tiene una discriminación de factor cuatro contra el estroncio. El hueso que se está formando alcanza un nivel ocho veces mayor que el aceptable. Luego están el cerio 144, el plutonio 239 y el bario 140. ¿Qué más tenemos? El zinc 65 en el pescado. También el radioyodo, que afecta a la leche, a los niños, cáncer de tiroides.

—La mutación letal media de un autosoma persiste durante veintidós generaciones.

—El proceso de envejecimiento, el proceso natural de envejecimiento, implica que hay una ralentización de la producción de células, de la renovación celular. Pero si tienes una población de células y la expones a una dosis concreta de radiación, lo que estás haciendo es agravar ese proceso de ralentización, la radiación se suma al proceso degenerativo natural. Se reduce tu esperanza de vida media. Si estás expuesto a una radiación de cuerpo entero de 300 R, por ejemplo siete días después del impacto, y luego digamos que a otros 100 R durante todo el primer año, pierdes un total de once años, experimentas una reducción de tu esperanza de vida de once años. Las dosis subletales también causan problemas reproductivos. Provocan un problema de descendientes microcéfalos. Provocan abortos anormales y nacimientos de niños muertos. Provocan un problema de maduración ósea inferior tanto en descendientes varones como en mujeres. Provocan la formación de tejido retinal anormal en los descendientes. Provocan rupturas cromosómicas. Provocan esterilidad, por supuesto. Provocan una reducción general del tamaño corporal de los vástagos masculinos de seis años de edad y menos. Sin embargo, los datos procedentes de Japón indican que la frecuencia de malformaciones congénitas no se desvía necesariamente de la norma en lo que respecta a la primera generación posterior a la bomba.

—La tasa es seis por cada mil por cada cien R. Es decir, dos mil cuatrocientos episodios genéticos letales por cada cuatrocientas mil personas expuestas a cien

roentgens. Hiroshima apoya esta fórmula.

El sol. El desierto. El cielo. El silencio. Las losas del suelo. Los insectos. El viento y las nubes. La luna. Las estrellas. El este y el oeste. El canto, el color, el olor de la tierra.

Crucé el desierto de regreso al campus. El sol ya estaba bajo y en su descenso era surcado por nubes lentas; también se veía un mendrugo de luna, más pura en su silencio que el sol poniente. Caminé deprisa, la única cosa en movimiento. Todo lo demás estaba completamente inmóvil, incluso la luz menguante que envolvía las piedras, y tampoco se veía ni la más insignificante agitación de un insecto con el rabillo del ojo. No había más ruido que el de mis pies, no había más partes en movimiento que las de mi cuerpo. Seguí la cadencia durante unos cuantos pasos con voz agradablemente marcial, despreocupada y sureña. El viento era ligero y seco. El viento no movía las plantas. Me acordé de la piedra negra, de la piedra pintada de negro. Me pregunté si sería capaz de encontrarla. En aquel momento era importante encontrarse con algo que se pudiera definir en un solo sentido, algo que no fuera ni probable ni variable, algo que fuera lo que era de forma inalterable. Descarté la piedra, por ser demasiado rica en enigmas. Me puse a seguir la cadencia otra vez. Se me daba bastante bien imitar el acento sureño. Tenía talento para los acentos, aunque no lo usaba mucho porque me parecía una forma demasiado fácil de hacer reír a la gente. Seguí desfilando un poco más. Luego vi algo que me aterró. Me quedé completamente quieto, como si el movimiento pudiera impedirme entender aquel momento. Estaba delante de mí, a unos tres metros: un montoncito de excremento, mierda común y corriente, nada más, y sin embargo extraña y repugnante en medio de aquel yermo, tal vez la única cosa que no traicionaba a su definición. Intenté dejar de mirarla. Contuve la respiración, por miedo al olor que todavía pudiera perdurar en aquel lugar. Quería que mis sentidos me negaran aquella experiencia, que se la dejaran al viento y al polvo. Aquella imagen tenía todo el arte tallado de una maldición. Resultaba abrumador, un acto terminal, la palabra misma transmitía nulidad: mierda, en el sentido de perros en cuclillas junto a cuerpos parcialmente devorados y de podredumbre repitiéndose a ella misma; defecación, en el sentido de viejas cagándose en sus camas del geriátrico; heces, en el sentido de especímenes, muestras, análisis, diagnósticos y siniestros hallazgos de enfermedad en las entrañas; bostas, con su paja seca infestada de huevos microscópicos; excremento, en el sentido de materia final vaciada, con ese hedor químico de la cancelación del yo; despojos, en el sentido de intestinos de animales sacrificados bañados en mierda y sangre; mierda por todas partes, mierda en el ciclo vital, mierda como tierra como comida como mierda, hombres sabios sentados impasiblemente sobre su propia mierda, ejércitos retirándose ante su hedor, mierda como Historia, santos varones rezándole a la mierda, científicos probándola, volúmenes enteros a compilar sobre su color, su textura y su olor, la traición infinita de la mierda, aquel susurro omnipresente de la inexistencia. A mi alrededor el día estaba tocando a su fin. Crucé la carretera y

caminé por el costado del arcén. Vi un coche a lo lejos, viniendo hacia mí. Se levantó una ráfaga breve de viento. Las nubes bajas se desplazaban por el horizonte. Dentro de un rato aparecerían a lo lejos los edificios de la universidad. Yo caminaba con la vista clavada en la carretera. Se levantó otra ráfaga de viento. Pensé en hombres incrustados en el suelo, todos muertos, cientos de millones, con la carne soldada con la tierra, trozos de hueso y pelo y uñas, planeta-hombre, una nueva inteligencia girando por el sistema. Volví a reprenderme por desperdiciar mis reflexiones. Entonces pude oír el coche, apenas, un ligero murmullo asesino, como de sonidos sin nombre al final de un pasillo. Tal vez el silencio no exista. O tal vez el problema sea que el tiempo es demasiado compacto para permitir que uno sienta el silencio. Pero en alguna forma de vacío, liberada de la conciencia, la mente se rehace a sí misma. Lo que debemos saber hay que aprenderlo de las páginas borradas. Empezar a rephrasear el mundo desbordado. Sustraer y desunir. Re-recitar el alfabeto. Componer listas elementales. Llamar a algo por su nombre y no necesitar más sonido que ése. Levanté la vista. El coche pasó a mi lado: era un vehículo de personal militar con una antena circular de gran tamaño. Pronto pude ver las luces del campus y me detuve unos segundos a contemplar cómo se extinguía el día.

El sol. El desierto. El cielo. El silencio. Las losas del suelo. Los insectos. El viento y las nubes. La luna. Las estrellas. El Este y el Oeste. El canto, el color, el olor de la tierra.

Zona de impacto. Zona de fuego. Zona de inflamación corporal.

Myna Corbett estaba sentada a mi lado en nuestra clase de exobiología. El instructor era un hombrecillo llamado Alan Zapalac, a quien le gustaba que lo llamaran Zap. Debía de medir metro sesenta y cinco, no era mucho mayor que nosotros y sus métodos didácticos mostraban un gran dinamismo. Tenía una zancada característicamente corta y hablaba yendo de un lado a otro del frente del aula, adentrándose a veces en los pasillos entre pupitres. Hablaba deprisa, derramándose sobre sus propias palabras y soltando una risa casi avergonzada cada vez que decía algo que sabía que era bastante perspicaz. Respondía a nuestras afirmaciones más ridículas agitando mucho los brazos y poniendo una sonrisa frenética. De vez en cuando se sentaba encima de su mesa o en la repisa de la ventana, y agitaba los piececillos como si pedaleara.

—El ácido fórmico gotea por los vastos salones del universo. Allí fuera la cosa está evolucionando, ha evolucionado, está a punto de evolucionar, cualquier síntesis que se os ocurra, el metano, el amoníaco, el hidrógeno, el vapor de agua, todo influido por formas presentes o desconocidas de energía para formar aminoácidos, que a su vez se desarrollan hasta convertirse en proteínas, que a su vez son influidos por los ácidos nucleicos para darnos la vida con letras de neón escritas en el cielo, qué armonía, qué religión. La dextrorrotación, pensadlo. Os miro las caras y no veo señal alguna de que os resulte familiar el término. Que alguien me haga una señal. A la persona que haga alguna clase de comentario inteligible le dejaré que sacuda los borradores después de la clase. La verdadera cuestión es cómo asimilarlo, cómo dejar atrás las puras formulaciones y discusiones del contenido isotópico para adentrarse en su misterio. Cuatro mil quinientos millones de años. La ciencia es religión, ¿lo sabíais? Pensad en las cuestiones que estamos discutiendo. Los orígenes de la Tierra, meteoritos que caen de los cielos, la creación del sistema solar. Y sin embargo, cuando nos sentamos juntos a discutir de estas cosas, tenemos que sortear las barreras que nos imponen todas las ciencias y disciplinas aliadas: la barrera de las definiciones múltiples, la de las referencias cruzadas que nadie ha empezado siquiera a organizar de forma coherente, la de las tecnologías que son intraducibles, la de las duplicaciones costosas, la de las incoherencias que hay incluso en el instrumental más sofisticado de examen, la de la velocidad que se rebasa a sí misma en términos de qué practicante de qué disciplina está desarrollando unos procedimientos imprevistos que borran por completo del mapa a tal y cual de tal otra disciplina. Permitidme que os hable de mi infancia en Oregón.

Después de clase, Myna fue a hablar un momento con Zapalac y por fin nos marchamos con dos amigas de ella, hermanas, Esther y Vera Chalk, a celebrar un pícnic detrás del barracón de acero galvanizado. Myna había preparado bocadillos ecológicos sin carne y sin pan; una de las hermanas Chalk había traído zanahorias crudas y refresco de apio. Las hermanas elogiaron el vestido tan enrollado que

llevaba, de ante con cuentas de cristal. Luego las tres se pusieron a hablar de mí mientras yo estaba tumbado sobre la manta, con los brazos cruzados sobre los ojos. Casi todo lo que dijeron era bueno, como por ejemplo lo fornido que era o que tenía la nariz ligeramente torcida pero de una forma agradable. Cuando estaban hablando de lo de la nariz, Esther me apartó los brazos de la cara; quería confirmar algo. Después almorzamos y escuchamos a Myna leer un relato breve sobre un sistema solar habitado por criaturas oxicefálicas que parían a sus propias madres. Cuando terminó, Vera Chalk sirvió su refresco en un vaso de plástico.

—Zapalac me pone los pelos de punta —dijo.

—A mí me encanta ese pequeñajo —dijo Esther—. Transmite un auténtico rollo de atracción primitiva.

—¿Lo habéis oído hablar sobre el bombardeo de electrones? Os juro que lo convierte en poesía.

—Me gustan sus dientes —dijo Myna.

—Son muy blancos —dijo Esther.

—Pero no es tanto eso. Es lo pequeños que son.

—¿Te acuerdas de los dientes de papá?

—Eran asquerosos.

—Eran dientes de caballo. Puaj. Me entra cagalera solamente de pensar en ellos. Puaj.

—Eran inimaginablemente asquerosos. Eran los dientes perfectos para alguien como él.

—El problema de mi padre no son los dientes —dijo Myna—. El problema es el resto.

—Las zanahorias crudas van bien para los dientes —dijo Esther—. La mayoría de la gente cree que las zanahorias van bien para la vista y la leche para los dientes. Pero es una tontería subdividir las cosas así. Las zanahorias nutren el cuerpo y todas las extensiones del cuerpo. Ayudan a la armonía de todo el cuerpo.

—Está supermetida en el tema de las zanahorias —dijo Vera.

—Es importante cómo las masticas. Tienes que proyectar la mandíbula hacia fuera y luego morder con fuerza. Se supone que mientras las masticas tienes que estar pensando en el número diecisiete. El número diecisiete es un número de vida inmortal. Las verduras crudas están vinculadas con ciertas formas de numerología.

—No sé cómo puede masticar Zapalac con esos dientes —dijo Myna—. Con lo diminutos que son. Me lo imagino comiendo muchas sopas y muchos purés.

—Cuéntales cómo eran los pulgares de papá —dijo Vera.

—No me los recuerdes, por favor.

—Nuestro padre tenía unos pulgares asquerosos. Eran enormes. Eran inmensos, Gary. Y eran tan feos que te daban ganas de vomitar solamente de mirarlos. Pero aun así les echábamos pequeños vistazos furtivos y siempre teníamos miedo de que nos pillara.

—Y os mordiera con sus dientes de caballo —les dije.

—Puaj.

—Habla de otra cosa —pidió Esther.

—¿Te acuerdas de las uñas de sus pulgares? Eran amarillas tirando a marrones. No tenían ni una pizca de rosa. Eran de color de costra.

—Por el amor de Dios —dijo Esther.

—Daba un miedo tremendo estar cerca de aquellos pulgares. Tenían un aspecto terrible. Y le gustaba hurgarse la nariz con el pulgar.

—Oh, por favor, no.

—Hemos venido a reconfortarnos los unos a los otros —dijo Myna.

Después del pícnic subí a mi cuarto. Bloomberg, que llevaba unos calzoncillos con pequeñas ranuras, estaba en la cama, girado hacia la pared y durmiendo. Al cabo de un rato me avisaron de que tenía una llamada telefónica. Di por sentado que se había muerto alguien de mi familia. De camino al teléfono me pregunté quién podría ser, qué muerte me causaría más dolor, si había sido una muerte por accidente o natural y si me tendría que ir a casa para asistir al funeral en caso de que solamente fuera un tío o una tía. Cuando cogí el teléfono, oí la voz de mi madre.

—¿Cómo llevas el lavar la ropa?

—Bien, ¿y tú?

No me alivió particularmente el que no hubiera muerto nadie. Cuando acabamos de hablar regresé a mi cuarto. Anatole estaba tumbado boca arriba. Su cuerpo subía y bajaba al compás de las mareas del sueño. Me pasé la tarde mirando por la ventana. Por la noche bajamos a una reunión del equipo. Tweego y Hauptfuhrer nos estuvieron gritando por cómo habíamos jugado hacía dos días, en nuestro sexto partido. Habíamos ganado 27-10 pero habíamos hecho el peor partido hasta el momento. Cuatro pérdidas de posesión por balón suelto. Bing Jackmin había perdido un punto extra y tres goles de campo. La unidad defensiva no había tenido agresividad alguna, y si no había cedido más que diez puntos era gracias a lo patético que era el oponente; nos dimos cuenta de que el partido no iba a ser muy complicado cuando vimos que su quarterback llevaba el número 78. Garland Hobbs tampoco se lució demasiado. En el primer cuarto no hizo más que pases largos, como si le diera pereza adentrarse de forma prolongada en campo contrario, perdió sus primeros seis puntos y hasta lo interceptaron antes de que Creed le pusiera una mano en el hombro. Ahora se dedicaban a recordarnos todo esto, sentados allí en la sala baja y alargada de piedra que había debajo del Staley Hall. El siguiente partido era el del Centrex, el partido del que dependía la temporada entera. En seis partidos habíamos obtenido 246 puntos y habíamos cedido 41. Pero eso no importaba nada si no podíamos ganar el siguiente.

—Tenéis cinco días para prepararos —dijo Hauptfuhrer—. Esta vez no os vais a enfrentar a Blancanieves y los siete enanitos. Éstos son una panda de cazadores de cabezas. Les gusta pegar. Tienen tendencias sádicas claras. No os estoy hablando de otro equipo estilo Zanco Panco. Os hablo de un equipo de gente grande y con mala

leche. A vosotros os falta mucha mala leche. Os creéis que tenéis mala leche pero no la tenéis. El Centrex sí que la tiene. Son prácticamente malvados. Os van a pisotear. Va a ser un partido de hombres contra niños. Más os vale salir a ejecutar. Y jugar con mala leche. Son cazadores de cabezas. Les gusta humillar a la gente. Es su especialidad. Os conviene prepararos para lo peor.

—Dejadme que os hable de su jefe de entrenadores —dijo Tweego—. Yo conozco a Jade Kiley. Lo conozco desde hace años. Conozco hasta la última verruga de su pellejo. Y es un tío con mala leche.

—Ya os lo podéis creer.

—Y sus chavales tienen mala leche.

—Menudo contingente están hechos —dijo Hauptfuhrer—. Les gusta pegar.

—A cualquier equipo de Jade Kiley le gusta pegar. Ha sido su marca distintiva desde siempre. Conozco a Jade Kiley desde hace no sé cuánto. A sus equipos siempre les ha gustado pegar. Jade Kiley no te deja que te pongas el uniforme a menos que te guste pegar. Los equipos de Jade Kiley son equipos que pegan.

—Les gusta humillar a la gente. Menudo contingente están hechos.

—Lo tenéis pero que muy difícil —dijo Tweego—. Tenéis cinco días para prepararos. Podemos ayudaros a que os preparéis, pero no podemos jugar el puñetero partido en vuestro lugar. Podemos estar con vosotros hasta el saque inicial. A partir de entonces os quedáis solos.

—Os van a pisotear hasta haceros papilla —dijo Hauptfuhrer.

Creed ni siquiera se presentó. A medida que avanzaba la temporada se iba volviendo más remoto. Solamente lo veíamos en los entrenamientos y en los partidos. Ya no comía con el equipo. Durante los ensayos se quedaba en la torre o bien se sentaba solo en la última hilera de bancos de la pequeña tribuna que se usaba durante la temporada de baloncesto. Se pasaba todos los entrenamientos quieto en un punto de la banda, justo en la línea de medio campo, y dejaba que fueran sus ayudantes quienes tomaran todas las decisiones y controlaran el flujo de los jugadores. Parecía estar perdiendo peso y había empezado a moverse despacio, con una ligera cojera.

Cuando se terminó la reunión, Raymond Toon y yo subimos a su cuarto a ver la televisión. Yo quería ver la repetición de un partido entre los Lions de Detroit y los Vikings de Minnesota. Todavía faltaba un poco para que empezara, pero él encendió el televisor de todos modos y vimos un programa hecho con grabaciones en vídeo de huracanes, tornados y aludes. Fue una de las cosas más fascinantes que yo había visto nunca. Raymond, despatarrado en su silla, casi alcanzaba a tocar las paredes.

—¿Qué te parece? —me preguntó—. ¿Les podemos ganar?

—Estoy viendo esto.

—Va a costar bastante. Lo hemos tenido demasiado fácil toda la temporada. Eso hará que parezcan un rival mucho más difícil. Pero supongo que lo único que podemos hacer es salir a jugar y hacerlo lo mejor que podamos. Es el hombre de arriba quien decide estas cosas.

—¿A quién te refieres, Toony?

—Al hombre de arriba —me dijo él—. Todo lo que pase dependerá de él. Lo único que podemos hacer nosotros es desplegar nuestras habilidades lo mejor que sepamos. Podemos correr, podemos bloquear, podemos atajar, podemos patear el balón y atraparlo. Pero si el hombre de arriba decide que no merecemos ganar, entonces no ganaremos. Gary, yo soy atajador suplente. He hecho lo que he podido para ganarme un puesto en el equipo titular. Me dejo la piel cada vez que salgo. Tal vez me falte mala leche. Es una crítica que me han hecho más de una vez. Sé que hago todo lo que puedo. Lo doy todo en cada jugada. Doy el ciento diez por ciento, tal como el entrenador nos dijo el pasado verano. Es como la valoración de la tasación en el mercado sostenido, Gary. Los profesionales vinculan la medición de la magnitud de las ganancias a la necesidad de evaluar la variabilidad que se expresa en la tasa del multiplicador. De esa forma se evita imputar más de una vez la cobertura del riesgo. Pero no consigo meterme en el equipo titular. Y si el hombre de arriba lo quiere así, a mí ya me está bien. Él tiene sus razones.

—¿Y cuáles son?

—Ni siquiera me las puedo imaginar, Gary. Solamente sé que son buenas razones. Pero probablemente estén más allá del alcance de nuestra inteligencia.

—Toony, este rollo del hombre de arriba... ¿Se supone que el hombre de arriba es sinónimo de Dios o algo así? Porque en cualquier caso es un concepto pasado de moda. Es un concepto increíblemente pasado de moda. No tiene absolutamente ninguna lógica teológica.

—No intentes meterme en una discusión.

En ese momento entró John Jessup, el compañero de habitación de Raymond. Empezó el partido y nos pusimos los tres a verlo, maravillándonos de los profesionales, de la facilidad con que hacían las cosas que a nosotros nos costaban tanto. Vista a cámara lenta, la violencia del juego se volvía casi tierna, una serie de ataques encantadores y sensuales. La cámara se detenía en los hombres caídos, en los que estaban a punto de recibir golpes y en los que los repartían. Era una relación de amor con solamente un asomo de burla; la cámara se demoraba un poco demasiado, riéndose poéticamente de los heridos. Nosotros nos reíamos de las caídas más acrobáticas, de las atajadas más duras y de la mala leche de algunas jugadas; de las atajadas colectivas y de los golpes bajos. Nos reíamos especialmente de la mala leche. Al cabo de unos diez minutos, Raymond quitó el sonido para poder practicar sus comentarios deportivos. Jessup se abalanzó sobre el televisor y volvió a subir el volumen.

—Ya he oído suficientes comentarios de tu enorme boca de memo.

—Es que tengo que practicar —dijo Raymond.

—Este puñetero televisor no se toca, coño. Te lo digo muy en serio.

—Es mi tele, John.

—Me da igual si te la regaló tu abuela después de tejerla ella misma.

—John, yo nunca en la vida he hecho daño a nadie a propósito.

—Y esta noche tampoco lo vas a hacer, cara de culo.

Ahora Jessup estaba plantado delante de la tele, protegiéndola. Raymond empezó a levantarse de la silla. Yo estiré el cuello para ver qué hacían los Lions en su cuarta posesión y estando una yarda por delante de la línea de 5 del Minnesota. Entraron los encargados del gol de campo y yo estiré la mano para cogerle el brazo a Raymond.

—Tranquilo —le dije—. Tenemos una semana muy dura por delante. Estáis los dos tensos. Es la tensión. Yo la siento. El entrenador la siente. Estamos todos tensos y agarrotados. Ahorrémonos las peleas hasta el sábado. Va a ser una semana larga y difícil. Toony, estréchale la mano.

Yo tenía razón sobre la semana que nos esperaba. En los entrenamientos lo hicimos todo mal y los entrenadores se enfurecieron con nosotros. Y pasaba mucho tiempo con Myna. Nada ayudaba demasiado. El ensayo del miércoles fue el peor del año entero y como al día siguiente la cosa mejoró muy poco, Creed decidió que quedaba cancelada la sesión suave de gimnasio del viernes. También llamó a los capitanes de equipo y les sugirió que aquella noche de jueves nos fuéramos de cervezas, sin entrenadores, sin mujeres y sin límite de tiempo. El lanzamiento de latas de cerveza empezó media hora después de que la fiesta comenzara. De ahí se pasó a las peleas, a los vómitos multitudinarios, las canciones y la camaradería. Un ala defensivo llamado Larry Nix se dedicó a darle puñetazos a una puerta hasta que la atravesó. Unos cuantos se quedaron dormidos en sus sillas o en el suelo. Hubo un concurso de mear con unos veinte participantes que no se basaba en ver quién meaba más lejos sino más alto. Una escoba aguantada por dos tipos hacía de larguero, por así llamarlo, y el larguero iba subiendo de altura a medida que algunos concursantes se retiraban y otros avanzaban. Fue la noche más asquerosa, ridícula y adolescente de mi vida. El suelo del salón quedó cubierto de cerveza, orina y ketchup, y nosotros no parábamos de resbarnos, caer, volver a levantarnos y ser derribados nuevamente sin querer por alguien que pasaba. Hubo ropa rota y sangre en unas cuantas caras sonrientes. Hubo combates de lucha libre por equipos, concursos de flexiones de brazos, corridas de toros de broma y otros eventos más difíciles de clasificar. Un grupo de hombres no paraba de dar saltos con los brazos en jarras. Siete personas en círculo, escupiéndose los unos a los otros en los zapatos. Lloyd Philpot Jr. se comió nueve hamburguesas en veinticinco minutos. Link Brownlee se tragó un bote entero de ketchup. Jim Deering y su hermano Chuck intercambiaron diez rápidos golpes de boxeo en el abdomen, reviviendo aparentemente una tradición que tenían de niños. Fue una noche horrible. A Billy Mast le quitaron la ropa y lo tiraron a la calle. Alguien empujó a Gus de Rochambeau, haciéndole resbalar a mi lado en toda la cerveza y los meados, y rompió una ventana con la mano. Saqué mi pañuelo y se la vendé. Luego Gus y yo nos pusimos a cantar una de las canciones de la universidad, aunque yo no sabía si la estaba cantando o si únicamente se la estaba escuchando cantar a Gus. Me pareció oír mi propia voz, pero no estaba seguro, de manera que me

quedé allí con él, porque no quería marcharme mientras quedara canción, y me dediqué a mirar cómo mis compañeros de equipo se resbalaban, se caían sobre la cerveza, vomitaban y se reían.

Como ya no había sesión de gimnasio programada para el viernes, me pareció buena idea terminar la semana igual que la había empezado, haciendo un pícnic con Myna y las hermanas Chalk. La redundancia cíclica podía resultar beneficiosa. Necesitaba sensación de descanso, de cosas lo bastante satisfechas de sí mismas como para volver a empezar, y me pareció que tal vez el cálido parloteo con acento sureño de un pícnic idéntico me relajaría. Myna podía y Esther Chalk también. Vera tenía clase, pero la convencimos para que no fuera y nos reunimos los cuatro detrás del barracón de acero galvanizado. Yo me tumbé en la manta y me tapé la cara con los brazos.

—Podríamos irnos a vivir todos juntos —dijo Myna—. Tengo un dinero a mi nombre. Podríamos irnos a México. Una amiga mía sabe dónde encontrar cosas que estén bien en México D. F. Podríamos comprarnos un Rolls-Royce y avituallarnos en México D. F. y luego conducir hasta las montañas.

—¿Tú tienes dinero? —preguntó Esther—. Gary, ¿tiene dinero?

—Medio millón.

—Agotamiento del petróleo —dijo Myna.

—¿Medio millón de dólares?

—Mi padre quería mandarme a estudiar a Bryn Mawr. De manera que hube de tomar una decisión. O bien me quitaba todo el sobrepeso, me eliminaba las manchas con cobalto o lo que sea que usen, me iba a Bryn Mawr a ser una jovencita preciosa y encantadora y me arriesgaba a ser superdesgraciada por culpa de las responsabilidades que algo así conlleva, o bien me podía venir un poco más al oeste, hasta aquí, y dar rienda suelta a mis emociones y hacer lo que quisiera. Las dos cosas estaban mejor que quedarme en casa, pero aquí a una no la molestan las responsabilidades que implica ser preciosa.

—¿Y qué vas a hacer con ese dinero? —dijo Vera.

—Gary —dijo Esther—. ¿Qué va a hacer con el dinero?

—Pues no lo sé.

—Debería quedárselo.

—Debería hacer lo que le dé la gana.

—Debería quedárselo —dijo Vera—. No debería gastárselo.

—Yo no sé mucho de las cosas inglesas. Pero la idea de ir en Rolls-Royce me parece bastante atractiva. Y es su dinero.

—Pero no debería malgastarlo. Debería hacer algo positivo con él. Abrir una tienda, tal vez. A mí me gustan las cosas artesanales, Gary. Se nos podría ocurrir algo que valiera la pena.

—Claro que puede malgastarlo si quiere. Es su dinero, Vera.

—No me llames así. Ya sabes cómo odio ese nombre. Ya sabes cómo detesto y

aborrezco ese nombre, pedazo de puta.

—Nuestra madre la llamó como ella —dijo Esther.

—Te tendría que haber llamado Vera a ti. Tú eres la Vera de los cojones. Yo no soy esa persona, joder. Yo soy yo. Tú eres Vera. Eres mucho más Vera que yo.

—Siempre se pone así, Gary. Es para mondarse, ¿no?

—Tú eres la única Vera de los cojones que conozco por aquí. Es la pura verdad y que me muera si miento, Gary. La Vera de los cojones es ella, no yo.

—Calla —le dije.

—Podemos irnos a vivir juntos a México —dijo Myna—. Podemos vivir en una casa de las montañas con un jardín que esté siempre lleno de flores, las flores de colores más vivos de todo México. Podemos comprarnos un Rolls-Royce e ir. Tú conduces, Gary.

—Podemos comprarnos cuatro Rolls-Royce —dijo Esther.

—Para ir a México y vivir en un jardín no hace falta tanto dinero —dijo Vera.

—Pero es que vamos a comprar cuatro Rolls-Royce.

—Creo que deberíamos comprar uno nada más —dijo Myna—. Así estamos todos juntos.

—Es verdad —dijo Vera.

—De esa manera nos aseguramos de estar juntos. Y podemos estudiar los cuatro la obra de Tudev Nemkhu, que es un escritor de ciencia ficción mongol que tiene un culto enorme de seguidores *underground*. Está exiliado en Libia porque su Gobierno no ve la ciencia ficción con buenos ojos.

—Todos juntos en las montañas, fumando nuestras pequeñas pipas —dijo Vera.

Nos quedamos un rato más allí sentados. Myna se puso a leernos, dando brinquitos sobre las caderas y deteniéndose después de ciertos pasajes para morderse las uñas. Entonces oímos el viento. Llegó de repente, levantando arena por el aire. Intentamos ponernos a cubierto. Esther llevaba una chapa muy grande que tenía impresa la palabra *zanahorias*.

El equipo de fútbol americano llenó dos autocares y recorrió doscientos kilómetros hasta un punto situado en el mismo límite del campus del West Centrex Biotechnical Institute. Allí los autocares se separaron, el ataque se fue a un motel y la defensa a otro. Cenamos filete y nos fuimos a nuestras habitaciones. Nos pasamos el rato de después de la cena visitándonos entre nosotros y tratando de disipar el nerviosismo a base de charlar. Por fin Sam Trammel y Oscar Veech vinieron a decirnos que nos fuéramos a dormir. Éramos tres por habitación. Los titulares tenían cama mientras que a los suplentes se les asignaron catres. Bloomberg y yo compartimos habitación con un guardia reserva, Len Skink. Por alguna razón, lo llamaban Chico Perro. Me dediqué a escuchar en la oscuridad los coches que pasaban. Sabía que me iba a costar dormir. Pasó mucho rato, entre una hora y tres, o incluso más.

—¿Hay alguien despierto? —dijo Len.

—Yo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Gary.

—Me has asustado. No creía que hubiera nadie despierto. Me está costando dormirme. ¿Dónde está Bloomers?

—En su cama.

—Pues no hace nada de ruido —dijo Len—. No oigo ni un solo ruido que venga de su cama. Con lo grande que es.

—Eso quiere decir que está dormido.

—Esta habitación está muy oscura, ¿verdad? Está igual de oscura cuando abres los ojos que cuando los cierras. Ponte la mano delante de la cara. Apuesto a que no podrás ver nada. Yo tengo la mano a menos de diez centímetros de la cara y sigo sin verla. ¿Cómo de lejos tienes tú la mano, Gary?

—No lo sé. No la puedo ver.

—Será mejor que durmamos un poco. Este rollo no es para mí. Me acuerdo de la noche de mi graduación del instituto. Nos quedamos despiertos toda la noche. Menuda noche.

—¿Y qué hicisteis?

—Quedarnos despiertos.

Por la mañana fuimos al estadio, nos pusimos el uniforme sin las protecciones ni los cascos e hicimos un poco de ejercicio físico ligero, solamente para distendernos, unos cuantos pases, para despertar nuestros cuerpos a las sensaciones del cuero y la hierba. El estadio parecía bastante nuevo. Tenía forma de herradura y unas veintidós mil localidades. Nos ejercitamos virtualmente en silencio. Hacía una mañana fresca sin un asomo de brisa. Volvimos a entrar y escuchamos un rato a los entrenadores. Luego nos volvieron a llevar a los moteles. A las cuatro en punto hicimos la comida

previa al partido: consumí de ternera, filete y huevos. A las cinco y media regresamos al estadio y despacio, muy despacio, nos pusimos uniformes nuevos. Nadie dijo gran cosa hasta que cogimos la pasarela y salimos al campo para hacer el calentamiento. En la pasarela unos cuantos se pusieron a hacer ruidos para sí mismos, feroces ruidos alienígenas que no tenían nada que ver ni con el habla ni con la comunicación de ninguna clase. Era una especie de respiración frenética con elementos de cántico, donde el ruido de cada hombre era único y sin embargo se acoplaba con el resto de los ruidos, una respiración rítmica masiva que se fue generalizando a medida que emergíamos de la pasarela y repasábamos algunas jugadas básicas. Luego los receptores y los jugadores atrasados hicieron esquemas de pase simples mientras los quarterbacks se turnaban para lanzar. En el lateral, los linieros salían disparados desde sus posiciones de inmóvil, cada uno de ellos haciendo su ruido privado respectivo, ese cántico o respiración urgente de los hombres que se preparan para el peligro ritual. Regresamos al vestuario en silencio y escuchamos cómo nuestros entrenadores respectivos nos impartían sus últimas instrucciones. Luego me puse el casco y fui a buscar a Buddy Shock. Él y el resto de los apoyadores estaban todavía escuchando la charla de Vern Feck. Esperé a que el entrenador terminara y luego agarré a Buddy del hombro, le di la vuelta y le pegué bien fuerte con el antebrazo en el pecho. Él me respondió con tres palmadas en el costado del casco.

—Vale —dije—. Vale, vale, vale.

—Dale. Dale, Gary, tío.

—Vale, vale, vale.

—Dale, *dale*.

—Para arriba y para dentro.

—Venga, venga, venga.

—Dale.

—Dale, daaaale.

Recorrí la sala lentamente, balanceando los brazos por encima de la cabeza. Algunos jugadores estaban sentados o tumbados en el suelo. Vi a Jerry Fallon y me acerqué a él. Estaba de pie contra la pared, con los puños bien cerrados a los costados y el casco en el suelo, entre los pies.

—Dale, Jerry, tío.

—Dale, Gary.

—Vamos a barrerlos.

—Ea, ea, ea.

—Así se habla, Jerry, tiarrón.

—Ea, ea, ea.

—Dale, dale, dale.

—A pegar, a pegar.

—Jerry, tío, tiarrón.

Alguien pidió silencio. Me di la vuelta y vi a Emmett Creed delante de una pizarra al frente de la sala. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y llevaba la gorra de visera en la mano derecha. La sala entera tardó unos segundos en quedar en silencio absoluto. La gorra le colgaba de los dedos.

—Quiero un máximo de esfuerzo —dijo.

A continuación salimos por la pasarela, ahora haciendo ruidos más fuertes, muchos de ellos nuevos, algunos gruñidos y ladridos, cada cual con su ruido privado, ruidos rítmicos, duros y rápidos. Salimos de la boca del túnel y vi las caras que nos miraban desde ambos lados, las caras sinceras, reales y honradas, caras de americanos en sábado por la noche, hasta los más acaudalados tenían pinta de aparceros, con un vestigio de marca de pobreza diluyéndose pero todavía presente en todas las caras, unos adolescentes que parecían niños de antes de la guerra, de 1940, con el pelo corto mal cortado y una pulcritud beligerante. Después de las presentaciones choqué mis protecciones contra las de Bobby Hopper y me puse a dar brincos por la línea de banda mientras ganábamos el lanzamiento de la moneda. Los capitanes regresaron y todos nos reunimos alrededor de Creed, todos haciendo ruidos, algunos rezando, algunos intercambiando palabrotas; hombres saltando y hombres palmeando el casco del compañero. Creed dijo algo en medio de todo aquel ruido y el equipo de saque-devolución salió al campo. Eché un vistazo al equipo del Centrex. Se los veía grandes y felices. Llevaban camisetas rojas con pantalones plateados y cascos plateados. Nosotros llevábamos camisetas blancas con pantalones verdes y cascos verdes y blancos. Yo tenía el vientre agarrotado; me daba la impresión de tenerlo muy cerca del pecho. Me estaba costando respirar y un ruido espantoso me llenaba el casco. Vi a la gente levantarse por todo el estadio, vi saltar a las animadoras y vi a un par de policías del estadio plantados cerca de una de las salidas. Vi tocar a la banda pero no pude oír la música. Bajé la vista hacia mi derecha. Bobby Iselin y Taft Robinson eran los adelantados. Velocidad y supervelocidad. Unas sesenta y ocho yardas más atrás, el pateador del saque levantó el brazo derecho, dio un saltito y empezó a avanzar hacia el balón.

SEGUNDA PARTE

Los equipos especiales colisionaron, melé e impacto de cuerpos intercambiables, pequeñas guerras empezando aquí y allá, exaltación y primera sangre, un casco reluciente rebotando en la hierba espléndida, el impacto sin resuello de dos masas destructivas, precioso de ver.

(Seguro que, llegado este punto, el espectador se está preguntando si debe soportar un partido de fútbol americano en la página impresa, el intento por parte del autor de añadir su prolijo cuarto de muesca al metalizado lleno de cicatrices de la escritura de combate. A fin de cuentas, es un deporte conocido por usar la imaginería de la tecnología de asalto, y numerosos comentaristas han estado dispuestos a arriesgarse a perecer por analogía en sus discusiones públicas por el parecido entre el fútbol americano y la guerra. Pero esta clase de cosas le interesan poco al espectador ejemplar. Como dice más adelante Alan Zapalac: «Rechazo la idea del fútbol americano entendido como guerra. La guerra es la guerra. No necesitamos sustitutos porque ya tenemos el original». El espectador ejemplar es el que entiende que el deporte es una ilusión benigna, la ilusión de que el orden es posible. Es una forma de sociedad libre de ratas y que no daña de ninguna forma al nonato; organizada para que todo el mundo siga exactamente las mismas reglas; electrónicamente controlada, lo cual reduce el margen de error humano y beneficia a la industria; que erradica a los ineficientes y penaliza a los culpables; que siempre tiene tendencia a ir hacia la perfección. El espectador ejemplar tiene sus apetitos personales, pero la guerra no se cuenta prácticamente nunca entre ellos. No, lo que ese espectador necesita son detalles: impresiones, colores, estadísticas, tendencias, misterios, números, tecnicismos y símbolos. El fútbol americano satisface esta necesidad más que ningún otro deporte. Es el único deporte guiado por el lenguaje, por la señal verbal, por el número de saque, el código de color y el nombre de la jugada. El placer del espectador, cuando no se deriva de la acción en sí, deriva de la idea misma de la naturaleza incomparablemente orgánica de este deporte. Aquí no solamente hay orden sino también civilización. Y lo que el espectador necesita en gran medida es ordenar los distintos niveles del material: asignar, comprimir, catalogar. Esta necesidad va pasando de temporada en temporada, devorando gran parte de lo que el espectador tiene de apasionado y sereno. Con el disparo final del último partido, éste intenta no caer víctima del pánico. Sabe que debe retener algo, atesorar algo de comida, igual que las ardillas, para ese largo invierno que es el verano. Siente la peliaguda necesidad de sobrevivir cuando ya no se repitan las jugadas. De manera que quizá lo que venga a continuación sea una forma de sustento, un partido sobre el papel para examinarlo cuando lleguen las tediosas jornadas sin partidos; para colocarlo de pie y contemplarlo, el libro como televisor, en busca de lo que contenga de terminología, tendencia y numeración. Pero quizá no. Es posible que existan razones más profundas para intentar hacer un repaso jugada por jugada. La mejor

estrategia pasa por que el espectador siga adelante, posicionándose a sí mismo en el centro exacto de esa ilusión benigna. El autor, siempre algo corrupto en sus invenciones y vanidades, ha intentado reducir la contienda a unidades básicas de lenguaje y acción. Se da por sentado que cada inicio debe contener un centelleo amenazante de neón, a fin de avisar a las abuelas, los mariquitas, los lepidopteristas y demás de que la nomenclatura que vendrá a continuación será a menudo indescifrable. Esto parece una lástima pero no lo es. Gran parte del atractivo del deporte deriva de su dependencia del galimatías elegante. Y por supuesto, el autor tiene el deber permanente de presentar su léxico ante el mundo: un mecanismo de relojería críptico en busca de una revolución).

Turco azul derecha, ranura doble, cero enganche retrasado.

Yo era el único jugador atrasado. Nadie se ocupaba de su apoyador intermedio. Recibí un balón en la línea de golpeo, la 31, un tiro alto y fuerte que me aposentó el estómago y me libró del ruido que tenía en la cabeza. Hobbs le hizo a Jessup un lanzamiento de media luna que nos hizo ganar doce yardas. Taft se adelantó seis yardas, luego tres y luego cinco. Yo tiré recto hacia delante cinco. Taft recibió un pase en dos tiempos, se escapó por dentro de un buen bloqueo y llegó a la 22 de ellos. Salimos de la piña con una fuerte palmada y fuimos al trote hasta la línea, ansiosos por separarnos del balón, notando una vaga ansiedad al otro lado de la línea.

Piquete rápido izquierda, gancho derecha.

Opción idéntica de ballesta modificada.

Re-T, soltar y correr.

—¡A pegar! —se puso a gritarnos George Dole—. A cascar, a correr, a moverse. A zurrarlos, Jerry, tiarrón. Bloomers, Bloomers, Bloomers. Enseñadles cómo se juega.

Taft, con pasos entrecortados, engañó a un oponente haciéndolo caer al suelo y fue obligado a salir del campo en la 5. Yo me zafé del bloqueo y llegué a la 1. Nuestra línea estaba corriendo de maravilla. Estábamos haciendo un fútbol americano sencillo y enérgico. Estábamos jugando mejor que nunca, en ráfagas controladas, probablemente porque teníamos a un buen equipo delante. Taft se plantó en la zona de anotación. Dos de los receptores corrieron detrás de él para darle palmadas en el casco y acompañarlo de vuelta al campo. Bing Jackmin hizo el lanzamiento del punto extra. Yo me apoyé en una rodilla en la línea de banda, con la correa del casco desabrochada, digno de una foto deportiva de premio. Conmoción por todas partes. Oscar Veech me gritó al oído izquierdo:

—Gary, cuando llegues a la treinta y dos quiero que salgas zumbando. Quiero que vuelas de verdad. Quiero ver cómo vas disparado a la secundaria. Pero asegúrate de proteger el balón.

—Vale.

—Ponte fetal, ponte fetal.

—Fetal —le respondo a voz en grito.

El Centrex devolvió el saque a su línea de 27. Nuestra defensa adoptó un visceral 4-3 con variaciones electivas. Su quarterback, Telcon, los hizo avanzar con juego bajo más allá del medio campo y luego cambió a dos o tres jugadas aéreas. Intentaron un gol de campo desde lejos, muy desviado a la derecha, y recuperamos el balón. Hobbs le dio un pase a Spurgeon Cole de muchas yardas, pero nos trincaron en la recogida. Taft avanzó ocho. Ron Steeples perdió el conocimiento y nos vimos obligados a pedir tiempo muerto para sacarlo del campo. Chuck Deering llegó corriendo a sustituirlo, tropezando y cayendo al llegar a la piña. Yo avancé tres yardas esquivando el bloqueo por el interior. Hobbs le lanzó un balón retrasado a Taft desde el cuadro ofensivo. Solamente consiguió avanzar siete yardas y entró el equipo de despeje. Me senté en el banquillo y me fijé en que Raymond Toon estaba en la otra punta; parecía estar hablando con el puño pegado a la boca. Byrd Whiteside despejó a su 44, que tuvo libertad para recogerla. Telcon los hizo avanzar con juego bajo, principalmente por el interior, hasta llegar a nuestra línea de 19. Dennis Smee le dio una patada a alguien. Aquello puso el balón dentro de la línea de 10. Tres jugadas de carrera. El punto extra supuso el empate.

Cuando hicimos la piña en la línea de 24, Hobbs dijo:

—Eje izquierdo, lado y lado tira y cruza, cambio suave F y banda. Cuando yo diga «ya».

—¿Qué? —dijo Chuck Deering.

—Cuando yo diga «ya».

—No, lo otro. Cambio F no sé qué.

—Cambio suave F y banda —dijo Hobbs.

—¿Y ésa qué jugada es?

—¿Estás de broma?

—Vaya panda de capullos integrales —dijo Kimbrough.

—¿Cuándo enseñaron esa jugada, Hobbsie?

—El martes o el miércoles. ¿Dónde coño estabas tú?

—Debió de ser el miércoles. Estaba en el dentista.

—¿Y nadie te lo dijo?

—Creo que no, Hobbsie.

—Mira, corres diez yardas, le das un poco de juego a tu marcador y terminas cerca de la puñetera línea de banda.

—Soy cocapitán de una panda de capullos integrales.

—Cuando yo diga «ya». Romped.

Tercer intento de avance y once. Ellos mandaron a sus apoyadores. Hobbs salió de la bolsa de contención y yo agarré de la camiseta a Mallon, el psicópata de su apoyador intermedio. Se tropezó y lo solté, colocándome en situación de pase para Hobbs. Él me vio pero lanzó demasiado bajo. Ni me molesté en tirarme a por el balón. Cuando salimos del campo, Creed parecía estar mirándonos sin vernos. Me senté al lado de Chester Randall, liniero reserva. Se había roto la muñeca derecha la

semana anterior y todavía la llevaba escayolada.

—No te equivoques, puedo jugar con esto puesto. Si me necesitan, puedo jugar con o sin brazo. Lo único que me preocupa es la sequedad. Me gustaría poder escupir. Estoy demasiado seco para escupir. Llevo una hora entera intentando reunir saliva. Si pudiera escupir me sentiría mucho mejor.

—¿Por qué no bebes un poco de agua?

—He estado intentando evitarlo. El agua es lo que mató al bebé de mi hermana. Lleva algo.

El Centrex, empezando en el medio campo, ganó seis yardas, ocho, cinco, cuatro y nueve. Lenny Wells abandonó el terreno de juego con dolor en el brazo izquierdo. George Owen le gritó. Terminó el cuarto. Yo pensé en hielo derritiéndose en los márgenes de una serie de arroyos de las montañas. Billy Mast sustituyó a Wells. Telcon se llevó el balón con una carrera hacia la banda y llegó hasta la 1 (bandera al aire) antes de que Buddy Shock lo cazara con el hombro. Falta para ellos, carga a las piernas y eso llevó el balón al otro lado de la línea de 20 desde el punto de la infracción. Telcon intentó enviarle un pase a su flanco en una carrera larga con desvío al medio. Bobby Iselin cazó el balón y regresó a la 19. Yo tardé un momento en encontrar mi casco.

Garland Hobbs:

—Vamos a machacar a esas nenas.

Barrida de monzón, cadena izquierda, listo derecha.

Sacada en brazos, temblor de ensayo-9, reventar puntas.

Opción lado ancho, fluir e irse.

Salí rebotado del campo y volví a entrar. Veech me gritó. Primer y merecido tanto para el poco espectacular Harkness. Taft se quedó sin sitio y volvió a meterse en pleno tráfico. En el campo de ellos, segundo intento y ocho. Hobbs miró en dirección a Creed en busca de guía. Éste permaneció con los brazos cruzados, apisonando el césped con el pie derecho.

Freno y cambio de lado por la vía rápida.

Le puse un ligero bloqueo a su ala y luego giré a la derecha para ver cómo se desarrollaba la jugada. Taft se hizo con el balón unas seis yardas detrás de la línea y siguió al centro y a los dos guardias. Tenían un aspecto impresionante, avanzando poderosamente por la delantera, Onan Moley flanqueado por Rector y Fallon, pero nadie se acordó de ponerles un bloqueo. El esquinero izquierdo se interpuso para realizar una carga a los tobillos justo cuando Taft se estaba preparando para dar la vuelta. Un liniero del Centrex se lesionó, en la rodilla o el tobillo, y tuvieron que pedir tiempo para sacarlo. Nos congregamos cerca de nuestra línea de 45. John Jessup se sacó el casco. Tenía los labios y los dientes llenos de sangre.

—Nadie ha protegido en medio en ese freno y cambio de lado —dijo Hobbs.

—Tú límitate a dar las puñeteras señales —dijo Kimbrough—, que ya bloquearemos nosotros.

—¿Y cuándo tenéis pensado empezar?

—Vete al pedo —dijo Fallon.

—Ese número sesenta y dos panzapollas ha metido el puño —dijo Jessup—. Ese hijoputa marica floripondio.

—Será mejor que salgas.

—Os garantizo que le voy a machacar la micropicha. En serio, colega. Le voy a destrozar el rabito diminuto antes de que esto se acabe.

—Sal de aquí —le dije yo—. Se te está cayendo la boca a cachos. Vas a hacernos vomitar a todos.

—Voy a coger a ese gilipollas de sesenta y dos y le voy a machacar esa cara de capullo.

—¿Intento y distancia? —dijo Cecil Rector.

—Tercero y lejos —dijo Deering.

—¿Hay alguna predicción sobre el resultado? —dijo Bloomberg.

—Ten un poco de seriedad —le dijo Onan.

Sus apoyadores parecían a punto de atacarnos en manada. Hobbs se puso a gritar números y colores para hacerse oír por encima de las señales de la defensa. Me di cuenta de que tenía todos los nudillos de la mano izquierda destrozados. Hobbs no paraba de cambiar las jugadas, según qué hiciera la defensa. Sonó el silbato, se retrasó el juego y volvimos a formar la piña y a salir. Hobbs lanzó el balón a Spurgeon Cole por el medio. Éste recibió un golpe y dejó caer el balón. El Centrex reclamó que lo había soltado, pero el juez no hizo caso. Byrd Whiteside hizo un despeje lamentable. Cuando salió del campo, Tweego le dijo que tenía pinta de acabar de salir a borbotones del culo de un búfalo. Me senté en el banquillo al lado de Bing Jackmin.

—Me pregunto qué estarán echando por la tele —me dijo.

El Centrex mantuvo el juego bajo, principalmente por nuestra banda izquierda, donde teníamos a Lloyd Philpot y Champ Conway. En el primer intento, Telcon fingió una entrega con las manos, se fue para la derecha y pasó a uno de sus atacantes, el número 25, que estaba solo en la zona de anotación. La transformación fue buena y nuestro equipo de saque y devolución abandonó el banquillo. Bobby Iselin regresó a la línea de 17, donde recibió una carga y dejó caer el balón. Lee Roy Tyler lo recuperó para nosotros. Yo entré correteando en el campo.

Toda jugada necesita un nombre. Ponerles nombre a las jugadas es importante. Todos los equipos hacen las mismas jugadas, pero cada equipo usa un sistema completamente distinto para nombrarlas. Los entrenadores se quedan despiertos hasta bien tarde por las noches para ponerles nombres a las jugadas. Calientan el café y lo recalientan en un viejo fogón. No se pone en marcha ninguna jugada hasta que se vocea su nombre.

Criba-W-intermedia, serie-alfa, 2-limón

Taft salió escopeteado por el centro durante quince yardas. En la siguiente jugada

ganó seis. Yo estaba adelantado, bloqueando, y avanzamos los dos en compañía de tres o cuatro jugadores más. Me encontraba tirado boca arriba, con alguien sobre las piernas, cuando me di cuenta de que su bloqueador, el número 77, estaba hablando conmigo, o bien con Taft, o tal vez con todos los que estábamos tirados sobre el césped. Era un engendro inmenso y tremendamente geométrico, el más corpulento de ellos, de unos dos metros y 125 kilos, un monumento alargado a las virtudes de la intimidación. Su mirada turbia y vidriosa asomó lentamente y bizqueando desde las profundidades de su casco, mientras él susurraba sobre la hierba.

—Puto negro judío maricón. Puto judío. Maricón. Puto negro. Puto negro judío maricón.

Hobbs fintó un lanzamiento en dos tiempos a Taft y a continuación me pasó el balón a mí, en una variación del falso pase de Kansas City. Mike Mallon y yo chocamos de cabeza. Yo llegué al suelo un poco antes que él. Hobbs pidió medición, aunque saltaba a la vista que no habíamos llegado, faltaba casi una yarda. Yo todavía estaba jadeando cuando volvimos a hacer la piña. Me parecía que tenía un par de costillas rotas. Taft tiró recto, rebotó en Onan Moley y trató de llevar el balón fuera. Un apoyador lo agarró de la camiseta, otro jugador lo aguantó de pie y el 77 se lanzó contra él. Yo sabía que habíamos perdido yardas y me quité el casco para salir del campo. Oí una refriega detrás de mí. Me volví a poner el casco. Eran Jessup y el número 62, listos para zurrarse. Bloomberg se interpuso entre ambos y ellos empezaron a caminar en círculos en torno a él, insultándose. Por fin alguien apartó al 62 de un empujón y Anatole cogió a Jessup del brazo y se lo llevó del campo. A unas diez yardas de distancia, Taft se estaba poniendo de pie. Tweego tenía a Cecil Rector cogido de las hombreras mientras yo cruzaba la línea de banda.

—Quiero que des caña, muchacho. Quiero que los revientes. No estás machacando. Quiero que castigues a ese tipo. Quiero que lo pongas firme y que lo mandes al infierno. Y no estás haciendo nada de eso.

Vi que Creed daba un paso largo a un lado para que Cecil pudiera oírlo. A continuación se puso a hablar con Cecil sin dejar de mirar al frente, en dirección al campo, como si hasta el simple caos de las unidades defensivas y ofensivas que entraban y salían al terreno de juego fuera infinitamente más digno de su atención que aquel sistema perfectamente equilibrado de armadura y carne.

—Eres demasiado amable, hijo.

—Sí, señor.

—¡No estás dando caña! —le gritó Tweego—. Ese tipo te está violando. Te está moviendo a su antojo. Zúrralo, carajo. Zúrralo. Zúrralo.

—Eres demasiado amable, coño —dijo Creed.

Usando juego de suelo, el Centrex ganó tres yardas, ocho y nueve y por fin perdió cuatro gracias a un buen bloqueo de Dennis Smee, que se zafó girando de un bloqueo y golpeó muy fuerte en el abdomen al oponente que llevaba el balón mientras éste se encontraba vacilando y sacando barriga para lanzar un pase alto. Tercer intento de

avance y cinco. Telcon salió de la melé, se preparó para lanzar, vio a su receptor marcado, esquivó a Dickie Kidd y cambió de campo. Buddy Shock no lo vio de tan atrasado que estaba. Howard Lowry agarró un tobillo y John Billy Small se abalanzó sobre Telcon. Pareció trepar por encima de él. Los dos cayeron sobre Lowry. Formación de despeje. Bobby Hopper pidió que le dejaran cazar el balón. Me pareció que tenía las costillas bien y salí al campo. En la tribuna sonaron tres petardos. El público respondió con un aplauso prolongado.

Taft recogió un pase rápido en punta y me siguió por el interior del ala izquierda de ellos. Luego me vi en el suelo y con alguien corriendo por encima de mí. Oí mucho ruido, entrechocar de protecciones, hombres gruñendo y jadeando. Luego todo se me vino encima. Olí el césped y esperé a que se desamontonaran los cuerpos. Me estaba empezando a doler la caja torácica, a producirme una sensación pegajosa, de pegamento. Me sentía bastante contento. Alguien me puso la mano en el pescuezo y apoyó todo su peso en mí para levantarse.

Contra-quietos, ancha azul-2, cambio interior retrasado.

Salí disparado a la izquierda, llevándome a Mallon conmigo. Taft esperó un par de segundos y se lanzó por el medio. Presionado, Hobbs lanzó demasiado alto. Tercer intento y cuatro. No pude contener a mi oponente. Intenté agarrarlo. A continuación él y otros dos se lanzaron sobre Hobbs. Salí del campo sin mirar atrás. Whiteside despejó a sesenta yardas y muy alto. Jeff Elliot se me acercó en el banquillo.

—No estamos moviendo el balón.

—Ya lo sé —le dije.

—La primera posesión ofensiva ha sido tremenda, Gary. Pero desde entonces...

—Lo más seguro es que nos destrocen. Me espero un resultado final de ochenta y tres a siete.

—A este equipo no. Éste es un equipo de verdad. Tenemos el carácter necesario para recuperarnos. Solamente nos llevan siete puntos de ventaja. Éste es un equipo que sale al campo y juega.

—Solamente lo decía por decir, Jeff. Me estaba dando ánimos.

—Pues vaya manera de darte ánimos. ¿Cómo te sientes? Déjame ver esa mano.

—Me siento feliz —le dije—. Mira esas luces de arco voltaico y mira al público. Escucha esos ruidos. Pum, pum, pum. Bin, bin. Existencia sin ansiedad. Felicidad. Conocer tu cuerpo. Entender las necesidades verdaderas del hombre. Las necesidades verdaderas, Jeffrey.

—Yo te preguntaba por tu mano. La tienes toda llena de cortes.

—El universo nació con violencia. Las estrellas mueren con violencia. Los elementos se crean a partir de la violencia del cosmos.

—Gary, esto es fútbol americano.

—Estoy haciendo coña, Jeff. No hablo en serio.

—Este equipo se puede recuperar. Para eso pusimos tanto esfuerzo y tanto dolor el verano pasado. Para conferirnos el carácter necesario para recuperarnos.

—Es verdad.

—Yo creo en el entrenador —dijo Jeff—. Él nos dirá qué hacer. Espera al medio tiempo. El entrenador hará ajustes.

Telcon pasó el balón a su ala cerrada, cerca de la línea de banda, ganando doce yardas. Champ Conway salió del campo cogiéndose el hombro izquierdo y John Butler lo sustituyó. Telcon completó dos pases, falló uno y acertó otro. Se sacudió de encima a Link Bronwlee y pasó el balón a uno de sus atacantes, que estaba paseándose tranquilamente por la zona de pase de la banda. El tipo se llevó el balón hasta nuestra línea de 17 antes de que Bobby Luke lo agarrara por detrás. Ganaron dos yardas con juego bajo, no muy elegante, y Kidd y Lowry hicieron retroceder unas diez yardas al jugador que llevaba el balón, con el juez persiguiéndolos y haciendo sonar el silbato. Telcon derribó a un hombre en la zona de anotación. Luego le pasó el balón al número 29, que estaba saliendo del cuadro ofensivo. Butler y Billy Mast lo derribaron en la línea de 9. Se pidió tiempo muerto y Telcon miró hacia su banquillo. Su jefe de entrenadores, Jade Kiley, se volvió hacia uno de sus ayudantes y le dijo algo. Yo miré el reloj. Salió el equipo de goles de campo. Hauptfuhrer se puso a gritar a la defensa, a aullarles. Tenía la cara retorcida, convertida en una serie de partes crispadas. Ruido de lamentaciones, que se alejó flotando por la noche despejada, en dirección a todas las criaturas relucientes que había encogidas bajo la luna.

—Cuidado con el engaño. Cuidado con el engaaaaaño. Gaaaaaño. Gaaaaño. Gaaaaaño.

Consiguieron el gol de campo. Bobby Iselin devolvió el saque hasta la línea de 24. Salimos todos a la carrera.

—Cama —dijo Jerry Fallon—. Almohada, sábana, manta, colchón, somier, bastidor, cabecera.

Hobbs le hizo un pase cabalgado a Chuck Deering que nos hizo ganar nueve yardas. Se trabajó la otra línea de banda y Spurgeon Cole fue expulsado después de ganar trece más. Del banquillo venían gritos de ánimo. Hobbs le devolvió un falso pase fluido a Taft, que solamente ganó dos. Nuestro quarterback pidió tiempo y fue a hablar con Creed. Me limpié los tacos de las botas y vi cómo Hobbs se acercaba al trote. Parecía tener la respuesta a todo. Me puse detrás de Deering, que estaba ejecutando una ruta-Q para despejar la zona, a continuación me desplegué hacia la línea de banda y di la vuelta. El balón se veía hermoso. Parecía extremadamente grande y luminoso. Podía verlo con perfecta claridad. Retrocedí medio paso, siguiendo su trayectoria. Por fin lo cacé y me giré campo atrás. Alguien me agarró el tobillo pero me lo quité de encima de una patada y volví a ganar velocidad, asegurándome de permanecer cerca de la línea de banda. Dos de ellos vinieron hacia mí. Tenían mi ángulo cubierto y me salí del campo. Me golpearon, me fui al suelo y me siguieron dando. Me levanté repartiendo golpes. Alguien me tiró de la camiseta y recibí dos o tres patadas en la pierna. Me di cuenta de que estaba en su terreno. Fallon y Jessup me sacaron de allí. La paliza les costó veinte yardas, que dejaron el balón al

otro lado de la línea de 20 de ellos. Hobbs le hizo un pase de cuchara a Cole a la línea de 10 y pedimos tiempo. Se fue otra vez a parlamentar con Creed. Ron Steeples, que había perdido el conocimiento por culpa de un golpe en el primer cuarto, entró corriendo ahora para reemplazar a Chuck Deering. Se alegraba de estar de vuelta. El aroma a césped y tierra me colmaba el olfato. Hobbs regresó e hicimos la piña. Señaló a Jessup como receptor primario por medio de pase retrasado por el centro. Yo me puse en movimiento y se efectuó el saque. Vi cómo Jessup fintaba un bloqueo y se salía de la línea. Hobbs miró a su izquierda, fintó un pase alto, se giró hacia Jessup y disparó. El balón se le escapó a Jessup de la mano y fue a parar directo al profundo libre de ellos, el número 46, que estaba plantado en la línea de meta. Todos nos quedamos mirando, ni sorprendidos ni pensativos, intentando repasar mentalmente lo sucedido. A continuación el 46 decidió despegar, se evadió de Kimbrough y de Rector y me intentó sortear por el interior. Fui tras él a toda velocidad. En la línea de 30 yardas me di cuenta de que tenía algo detrás y un poco a un lado. Algo blanco y verde que se me venía encima. Luego ese algo me adelantó y le vi el número 22, era Taft Robinson, corriendo con pericia y en silencio, tan magníficamente intacto como un mecanismo de relojería, navegando con naturalidad, sin movimientos independientes ni desperdiciados. No podía creerme que un hombre pudiera correr tan deprisa ni tan bien. Aminoré la marcha y me quité el casco. Taft atrapó al 46 nada más cruzar el medio campo, cargándole entre los hombros y luego rodando por el suelo y poniéndose de pie en un solo movimiento. Me quedé allí, mirando. Sonó la pistola y todos nos fuimos para el túnel.

Yo estaba sentado en el suelo, sorbiendo la pulpa dulce de media naranja. Onan Moley se deslizó pared abajo y se acomodó a mi lado. Tenía sangre ajena por toda la cinta del antebrazo.

—Estamos jugando bastante bien —me dijo—. Lo que pasa es que ellos están jugando mejor.

—No están haciendo nada fuera de lo esperado. Pero es que son de esos equipos que no paran de hacerse más y más fuertes. En la segunda mitad nos van a machacar. No van a descansar ni un segundo. Se harán cada vez más y más fuertes. Yo creo que el resultado final será más o menos sesenta y seis a siete.

—¿Tanta paliza? —dijo Onan.

—O más.

—Lo más seguro es que en la segunda mitad tengamos que usar bloqueos de cable casi todo el tiempo.

—Imagínate cómo sería enfrentarnos a una gran potencia —le dije—. Esta gente ya no cede ni un palmo. Pues imagínate cómo sería enfrentarnos a una gran potencia de verdad.

—Sí, piensa cómo debe de ser saltar al campo contra el Tennessee o el Ohio State o el Texas.

—Contra el Notre Dame o el Penn State.

—Los Fighting Irish —dijo Onan— y los Nittany Lions.

—Imagínate lo que debe ser jugar ante cien mil personas en el Coliseum de Los Ángeles.

—Y televisado para todo el país.

—UCLA contra LSU.

—Uno de los partidos entre ligas regionales más esperados de todos los tiempos.

—No lo conseguiremos —le dije—. Ni siquiera vamos a salir vivos de aquí. No van a ceder ni un palmo.

—Ese cincuenta y cinco es el tío más cabrón contra el que espero jugar en la vida.

—Mallon —le dije.

—Me está moliendo a palos. En cada jugada coge impulso y me arrea con el antebrazo. En cuanto hago el puñetero saque ya estoy poniendo caras de dolor porque sé que el puñetero cincuenta y cinco ya viene con el antebrazo listo para arrearme en la cabeza. Yo solamente peso noventa kilos, Gary. Esa cosa llega a los ciento diez fácilmente.

—Y sigue creciendo.

—Te garantizo que no tengo intención de enfadarlo en lo más mínimo. Puedo aguantar sesenta minutos de vapuleo siempre y cuando sepa que no voy a volver a ver nunca a ese tipo. Es una mala persona, o cosa, o lo que sea.

Los entrenadores empezaron a llamar a gritos a sus equipos. Onan fue con el grupo de Tweego y yo fui a la pizarra donde estaban esperando Oscar Veech y Emmett Creed. Éste habló despacio y con serenidad, mirando primero a Hobbs, luego a Taft y por fin a mí, pasando por alto a los demás quarterbacks y corredores que se habían congregado detrás de nosotros. Bobby Hopper hizo una pregunta sobre las asignaciones de bloqueo para la ruta de pase bajo derecha. Creed miró a Oscar Veech. Era bastante extraño. No quería hablar con nadie que no pudiera ayudarlo a ganar.

—El guardia derecho bloquea al frente —dijo Veech—. Harkness se ocupa del ala.

Todavía no era hora de volver a salir. Fui a sentarme con la espalda apoyada en otra pared. Me pasó al lado Mitchell Gorse, profundo suplente. Se lo veía un poco ridículo con su uniforme impoluto.

—Nos recuperaremos, Gary —dijo.

—Y una mierda.

Al otro lado de la sala, Bloomberg estaba sentado en un banco del parque que alguien se las había apañado para meter en el vestuario. Oí la voz de Sam Trammel sin ver dónde estaba.

—Recortar ventaja. Recortar. Recortar.

El casco, meciéndose un poco, bamboleándose, estaba en el suelo entre mis pies. Miré su interior. Tenía sueño y cerré los ojos. Me alejé de allí un rato, descendí un nivel. Todo estaba muy lejos. Pensé en (o soñé con) un jardín verde y soleado que tenía una mesa y dos sillas. En alguna parte había una mujer, o bien allí, o casi allí,

vestida con ropa de otra época. Había música. Ahora la mujer estaba detrás de una silla, escuchando una cantata de Bach. Seguro que era Bach. Cuando perdí a la mujer, la música se marchó. Pero el lugar seguía resultando agradable. El jardín seguía allí y me dio la sensación de que si lo intentaba de verdad podría añadirle o quitarle cosas. Solamente para ver si era capaz de hacerlo, me llevé una silla. Luego intenté traer de vuelta a la mujer pero sin la música. Alguien me dio un golpecito en la cabeza y abrí los ojos. No me podía creer dónde estaba. De pronto me dolía todo el cuerpo. Los demás ya se estaban levantando y preparándose. Yo me quedé mirando la cara machacada de Roy Yellin.

—Me van a poner en lugar de Rector —me dijo.

—¿Qué le pasa a Cecil?

—A Cecil no le pasa nada. Simplemente no está jugando bien. Está molido. Su marcador lo está dominando. Su oponente es el número setenta y siete. Un tipo enorme, Gary. Enorme, fuerte y dinámico. Palabras textuales de Tweego. ¿A ti qué te parece?

—Que sus colmillos se venderían por una fortuna en Zanzíbar.

—Está creando un atasco por el puñetero centro. El entrenador me lo acaba de contar. Me ha mandado que le meta caña y que juegue en serio. Que lo destroce en serio. ¿A ti qué te parece, Gary? ¿Y si no puedo moverlo? Están contando con que yo mueva a ese puto animal de los cojones.

—Te va a matar —le dije.

—¿Tú crees?

—Ha matado a Cecil, ¿verdad? Pues también te matará a ti. Te mandará directamente de vuelta al banquillo. Te humillará, Roy. El entrenador tendrá que poner en el campo a Skink. No le quedará más remedio. Len Skink. El Perrillo. No le quedará otra. Porque el setenta y siete se te va a comer la cara. Será mejor que en la primera posesión de balón que tengamos finjas una lesión. Es tu única esperanza. Te prometo que no se lo contaré a nadie. Si intentas jugar contra ese monstruo enorme y espantoso, te mandará a casa hecho pedazos. Se lo ha hecho a Cecil y te lo va a hacer a ti. Mira, Roy, estoy de broma. Me ayuda a relajarme.

—¿Lo dices en serio?

—Estoy de broma.

—Eso te pregunto.

—Lo vas a hacer bien, Roy. Solamente he dicho esas cosas para socavar mi sentido de la armonía. Es algo muy complejo. Tiene que ver con la ambigüedad de toda esta situación.

Me levanté y di un puñetazo a una taquilla. Ya casi era hora. No esperaba que Creed nos dijera nada más para concluir y vi que estaba en lo cierto cuando George Owen se puso de pie sobre una silla. Recorrió lentamente la sala con la mirada y la volvió a recorrer. Cerró los puños con fuerza y se los pegó a los costados de la cabeza. Lentamente, empezó a doblar las rodillas.

—Cruuunch —dijo en voz baja—. Cruuuuunch. Criiiich. Crunch.

Nosotros nos pusimos a gruñir.

—Ya sabéis qué hacer —dijo él, levantando la voz—. Ya sabéis qué significa esto. Ya sabéis dónde estamos. Ya sabéis a quién atacar.

Todos estábamos gruñendo por lo bajo. Nos estábamos preparando. Nos estábamos intoxicando. El ruido aumentó de volumen.

—¡Fuuurboool! —gritó George Owen—. Esto es fuuurboool americano. Langzasss, atraggpasss y pateasss. Fuuurboool. Fuuurboool. Furboool.

Salimos corriendo por el túnel de vuelta al campo. Billy Mast y yo nos encontramos en la línea de banda. Él levantó las manos por encima de la cabeza y las bajó con fuerza contra mis hombros: un golpe, dos y tres. Yo me puse a dar brincos y cargué con el hombro contra Billy. A continuación la banda se puso en marcha. Los dos estábamos dando brincos, haciendo ejercicios privados y casi teológicos de gimnasia, metiendo a Dios en nuestros cuerpos frenéticos y expulsando el miedo.

—Allá vamos, pequeño Billy.

—Pallá, pallá.

—Van a por nosotros. Nos van a blanquear los cráneos con hidrosulfuro.

—Nos van a arrancar la ropa y se nos van a mear en los pies descalzos.

—Cógelo, cógelo, cógelo.

—Allá vamos, Gary, colega. A saltar, a saltar.

—Nos van a retorcer los dedos.

—Van a matarnos y a comérsenos.

Salió al campo del Centrex. Volvimos a congregarnos en torno a Creed y por fin nos dispersamos con un grito. Salió el equipo de saque. Bing Jackmin pateó hasta la línea de 7 o de 8 y ellos la devolvieron a la 31, donde Andy Chudko cargó con toda su fuerza contra el que llevaba el balón y luego patinó sobre las rodillas por encima del cuerpo del jugador caído. Vi cómo Creed se apostaba en la línea del medio campo. Bing Jackmin salió del campo y se me sentó al lado.

—Bota, bota, mi balón. Bota uno y bota dos. Bota tres mas cuatro no. Bota, bota, mi balón.

—Se están desplegando en formación de doble ala.

—Todo es doble, Gary. Doble conciencia. Una forma antigua superpuesta a la nueva. Es una descomposición de la realidad. Conciencia reflectante primitiva. Electricidad divina. El fútbol americano siente. El fútbol americano sabe. Esto no es una simple cosa que estamos mirando. Esto es muchas cosas.

—Ya sabes lo que dice el entrenador. No es más que un juego pero es el único juego que hay.

—Gary, el mundo es mucho más que los deportes y sus jugadores.

Telcon fintó una entrega con las manos, se echó lentamente hacia atrás (con el balón en la cintura) y le hizo un pase alto a su flanco, que le sacaba cinco pasos a Bobby Luke. El balón le pasó al flanco por las manos, un balón de seis yardas

seguras, y él se quedó en nuestra línea de 45 un poco aturdido, con las manos separadas, un chaval alto de muñecas huesudas, mirando campo adelante hacia el punto espacio-temporal que habría estado ocupando en aquel mismo segundo si hubiera atrapado el balón. Después de aquello se relajaron un poco y tuvieron que despejar. Bobby Hopper gritó que le dejaran cazar el balón pero lo dejó caer. Unos seis jugadores lucharon por la posesión, hurgando, gateando, arañando el suelo. Un jugador del Centrex salió de un salto de la melé, con el puño en alto, y regresó su equipo atacante. Lee Roy Tyler fue cojeando hasta la línea de banda. Vern Feck pisoteó su tablilla sujetapapeles, le dio la espalda al campo y miró más allá de nuestro banquillo, en dirección a la cúspide del estadio. Desde nuestra línea de 32 ellos avanzaron dos, una y cinco yardas con juego bajo. Telcon dirigió la mirada a su jefe de entrenadores. Nos levantamos del banco y nos agolpamos cerca de la línea de banda. El Centrex deshizo la piña y se colocó.

Hauptfuhrer le canturreó a su liniero:

—Contenlos. Contenlos. Contén a esa gente. Transgrede. Transgrédelos. Viola a ese hombre, Link. Viólalo. Viola a ese hombre.

Dennis Smee, en posición de apoyador intermedio, les gritó a los cuatro de delante:

—Tango dos. Reiniciar rojo. Darle al cabolo. Chucho, chucho, chucho.

John Butler rechazó un bloqueo y sujetó al que llevaba el balón sin derribarlo en la línea de 23. Le armamos bulla a la defensa mientras salía. Hobbs abrió con un lanzamiento de llama-7 a Ron Steeples saliendo del falso piquete. Segundo intento de avance y una. Hobbs hizo una falsa carrera y pasó el balón a Spurgeon Cole, entrando con un movimiento de aspa y engañándolo sin querer. Su defensor ajustado fue a atraparla y chocó directamente con Spurgeon. Balón para ellos. Los dos jugadores quedaron en el suelo. El defensor necesitó una camilla. Spurgeon salió del campo por su propio pie y se desplomó fuera. Yo me alejé de él y me puse el casco mientras veía al Centrex ir hacia la línea. Al cabo de un momento miré por encima del hombro. El preparador físico estaba arrodillado sobre Spurgeon, que no tardó en estar de pie y negaba con la cabeza. Me quité el casco. Cuando me pasó al lado le di una palmadita en la pierna. Él me dedicó una sonrisa, con un moretón enorme y sucio de hierba en el pómulo izquierdo.

—Batacazo —me dijo.

—Vas bien.

—Batacaazo.

Telcon hizo dos lanzamientos para su primera oportunidad de avance. Dos castigos por retención los hicieron retroceder. Luego intentaron dos carreras tras falsos pases. A continuación Buddy Shock fintó un giro al interior. Ellos despejaron a nuestra línea de 23. Yo salí, sintiendo que se me extendía el pegamento por las costillas. Hobbs ordenó carrera por la banda hasta la 26 cruzada con Taft Robinson llevando el balón. Hice una carga baja contra su ala izquierdo. Él me hizo caer de

rodillas y yo le agarré el tobillo y tiré. En su caída me clavó la rodilla en la cabeza.

Línea de 23, lanzamiento de cerca a la altura del vientre.

Taft llegó a duras penas a la línea de saque. En una trampa de resorte, eché a correr al frente, me escoré para esquivar al 77 y fui derribado por Mike Mallon. Se me tiró encima, respirándome en la cara y resoplando como un tren. Cerré los ojos. El ruido de la multitud parecía estar a kilómetros de distancia. Yo notaba el césped frío y duro a través de la camiseta. Oí suspirar a alguien. Una alegría profunda y verdadera penetró en mi ser. Abrí los ojos. A mi alrededor había gente levantándose del suelo. Directamente por encima estaban las estrellas, aclaraciones en el tiempo, viejos relojes dando sus campanadas sobre el universo deformado. Lamenté no saber nada de astronomía; habría resultado agradable calcular la esfera celeste. Bloomberg se inclinó para ayudarme a ponerme de pie. Nos unimos a la piña. Apoyado en una rodilla, Garland Hobbs habló dirigiéndose a las entropiernas de quienes lo estaban mirando.

—Pluma marrón derecha, Muelle-T treinta y uno. A la de dos. Dispersaos.

No me lo podía creer. La misma jugada. La misma jugada, pensé. Ha ordenado la misma jugada. Una maniobra bastante común, pero por alguna razón ahora resultaba rapsódica. Qué precioso, pensé. Qué belleza. Qué cosa tan bella estaba haciendo. Hobbs recibió el saque, Roy Yellin tiró y allí estaba yo con el balón, con el cuero, y una vez más lo tuve en el vientre y me vi corriendo hacia la luz del día, hacia la luz de las estrellas, y una vez más cargó contra mí Mallon, el número 55, su apoyador intermedio, el cinco-cinco, que soltó un soplido mientras cargaba contra mí, un momento de lirismo idiota. Caí al suelo, la misma jugada, la hierba y las estrellas. Todo está durando muchísimo, pensé. La galaxia se conoce a sí misma. Los quásares repiten su cómputo del tiempo. Nueve décimas partes del universo han desaparecido. Yo estaba sepultado bajo tipos enormes. Al cabo de poco se levantaron y regresé como pude a la piña. Las cadenas se soltaron. Primer intento de avance. Hobbs erró primero un lanzamiento a Jessup y después otro a Steeples. Taft se desvió para ganar dos yardas. El Centrex devolvió el despeje a su línea de 33.

Ted Joost se me agachó al lado en la línea de banda.

—Todo este deporte se podría jugar por satélite. Podrían mandarnos las señales desde el cielo. Nosotros iríamos equipados con aparatos de escucha electrónica. Transistores incorporados a los cascos. Recibiríamos datos de los satélites y ejecutaríamos nuestras jugadas basándonos en ellos. El quarterback recibiría series de datos. Los linieros recibirían los esquemas de bloqueo. Los receptores las rutas de pase. Etcétera. Lo mismo con la defensa. Etcétera.

—¿Y quién mandaría los datos? —le dije.

—Los satélites.

—¿Y quién proveería a los satélites?

—Un ordenador suministraría la información necesaria. Habría un banco de datos computerizados de formaciones defensivas, de frecuencias. ¿Qué funciona mejor

contra un seis a uno en el segundo intento de avance y cuatro dentro de tu línea de treinta? El ordenador se lo dice al satélite. El satélite se lo transmite al casco. Habría un satélite defensivo y otro ofensivo.

El Centrex mantuvo el juego de suelo. Sus guardias y bloqueadores se alejaron del balón para venir hacia nosotros. Dickie Kidd salió del campo con ayuda y fue sustituido por George Dole. Ellos avanzaron nueve yardas, cuatro, ocho, tres, tres y seis. Formaron la piña y la deshicieron a toda prisa. No descansaban ni un momento. No paraban ni un segundo de lanzar y de moverse. A Billy Mast le quedó la camiseta toda rota en la espalda y tuvo que salir del campo a por otra. Se quitó el casco. Tenía los ojos inflados y una mancha de sangre seca en la comisura de la boca. Telcon esquivó a John Butler y adivinó las maniobras de dos bloqueadores. Bobby Iselin lo cazó por fin en la línea de 16.

Vern Feck a Butler:

—Mariquita. Mariquita. Mariquita. Marica.

Nuestra defensa pidió tiempo muerto para organizarse. Larry Nix sustituyó a Lloyd Philpot. Vi que Lloyd se iba hacia el banquillo. Llevaba la camiseta por fuera de los pantalones. La cinta aislante le colgaba de la muñeca y la mano izquierdas. Se puso en cuclillas en medio de Ted Joost y de mí.

—No he transgredido. Los entrenadores querían un nivel óptimo de transgresión. Pero no he cumplido con mi tarea. No he transgredido.

Dos jugadas de carrera no ganaron prácticamente ni una yarda. Luego Telcon recibió la presión de Howard Lowry y tuvo que deshacerse del balón. Entró su lanzador de goles de campo. El balón golpeó el travesaño y rebotó.

Serie delta-3, ensillado, bisagra de superficie invertida.

Opción desplegada, trampa jumbo.

Recibí el balón después de un buen bloqueo de Jerry Fallon, pero tropecé con la pierna de alguien y solamente gané tres yardas. Luego, en un barrido de columna, Taft dobló la esquina y ganó velocidad justo cuando se le abría un carril y de pronto desapareció en campo abierto y yo, de rodillas, vi cómo se adentraba y viraba y dejaba atrás a un esquinero, con un solo movimiento, acelerando tras la evasión y yendo directo a por el último hombre, el profundo libre, a continuación viró solamente un poco, casi con desprecio, como si no quisiera desperdiciar una buena finta de cadera, todavía movido por aquel primer impulso immaculado, cuesta abajo y sin pedalear. Yo me levanté y me puse a seguirlo. Todos echamos a correr detrás de él, pasamos corriendo frente a nuestro banquillo, cuyos ocupantes estaban todos de pie y gritando, saltando, mirándole la espalda de la camiseta, el número 22 blanco y verde, con el público de pie y gritando: un bramido enorme, prolongado y por alguna razón solitario. Yo aminoré el paso hasta caminar y me quedé mirando cómo Taft entraba deslizándose en la zona de anotación. Ejecutó una curva suave y delicada a la izquierda y dejó caer despreocupadamente el balón. Moody Kimbrough cruzó la línea de meta dando tumbos y lo cogió en brazos. Luego Fallon y Jessup se plantaron allí y

entre todos llevaron a Taft a cuestras de vuelta al campo, cogiéndolo de la cintura y de debajo de los brazos, y Roy Yellin se puso a dar saltos y palmadas a Taft en el casco. Spurgeon Cole se plantó debajo de los palos de la portería, replicándola, con los brazos levantados en forma de postes y travesaño y los puños cerrados. El público seguía de pie, inclinado hacia delante, gritando a pleno pulmón, dirigiéndose a su propia voz. Taft salió del campo. Bing Jackmin lanzó el punto extra. Le di un golpe a Taft en el casco y me senté al lado de Tim Flanders.

—Ahora sí que hay partido —me dijo—. Ahora sí que hay partido. Hay partido.

—Creo que tengo las costillas rotas —le dije.

—Vas bien. Vas bien. Vas bien.

Bing pateó fuera del campo y tuvo que repetir. Ellos regresaron a la línea de 38. Se terminó el cuarto. Fui a darle otro golpe en el casco a Taft. Hauptfuhrer y Vern Feck estaban explicándole a Dennis Smee algo de bloqueos al espacio. Emmett Creed se dedicó a menear el pie sobre la hierba, unas pulgadas a un lado y al otro. Aquél era su poder, negarnos las palabras que necesitábamos. Era el hacedor de jugadas, el nombrador. Nosotros éramos sus garabatos de tiza. O algo así.

El Centrex no intentó rebasar los bloqueos e hizo dos primeros intentos de avance. Luego Telcon se la pasó a su atacante más corpulento, el 35, y yo lo vi avanzar hacia nosotros, hacia el banquillo, retumbando sobre el césped, trotando imponente. Ya se disponía a bajar el hombro cuando notó que Buddy Shock venía directo desde su puesto de apoyador. Se toparon antes de que el corredor pudiera dar media vuelta. Buddy despegó los pies del suelo cuando tomaron contacto, lanzándose con fuerza y proyectándole un antebrazo por debajo del hombro inclinado. Se alejaron unas yardas de nosotros antes de desplomarse. Oímos el ruido duro y sordo del impacto y luego un gruñido de jabalíes cuando dieron contra el suelo y rebotaron un poco, ahogando un grito, respirando desesperadamente, mirando la tierra en busca de conocimiento y poder. Plantados junto a ellos, los contemplamos con solemnidad, los seis o siete que éramos, mientras Buddy le apoyaba la mano en la cabeza al poseedor del balón y la empujaba para incorporarse. Por fin el 35 se puso de pie, lentamente, todavía resollando. John Jessup habló con él, informalmente, casi en susurros.

—Eres un micropene, treinta y cinco. Eres una nenaza. La picha te vino de regalo en un paquete de cereales.

—Apenas tiene picha —dijo Jim Deering.

—Micropene. Micropene.

—Nena, nena, nena.

Mantuvieron el juego bajo y avanzaron hasta nuestra línea de 16. Telcon corrió a la derecha y lanzó a la izquierda. Su ala cerrada, a solas en la línea de 5, entró con el balón en la zona de anotación. A mí me entró un cansancio repentino. Una oleada de tristeza recorrió nuestro banquillo. Después del punto extra lanzaron el saque bien lejos de Taft, un balón bajo y flotante sobre el que Ted Joost se tiró en la línea de 29.

Taft ganó tres yardas en un repunte rápido. Roy Yellin se acercó cojeando.

—Camina hasta que se te pase —le dijo Kimbrough.

—Oh, madre —dijo Yellin—. Oh, Grace Porterfield Yellin. Cómo duele, cómo duele.

—Camina hasta que se te pase, zopenco.

Serie zonal, triple tex, zambullida de reconocimiento fuera de pase.

Yo estaba bloqueando para que Hobbs pasara. El engendro enorme, el 77, se sacó de encima a Yellin y vino hacia mí patosamente. Le hundí el casco en el pecho y levanté la cabeza deprisa, dándole en la barbilla. Él soltó un gruñido y siguió avanzando, siguió vapuleándome. Me hizo retroceder hasta chocar con Hobbs y nos fuimos todos al suelo. Oí gritar a los entrenadores, oí sus voces calentar nuestra piña. Hobbs dejó la bolsa de contención y le pasó el balón a Taft, que estaba perdido entre una multitud de jugadores. Un apoyador la tocó, consiguió controlarla y se hizo con ella. Taft le dio una buena torta y Ron Steeples lo derribó. Mientras salíamos del campo, Oscar Veech nos gritó al pecho.

—¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Qué estáis haciendo, cagones? ¿Cómo cojones se llama ese juego de mierda al que estáis jugando?

El balón fue avistado en nuestra línea de 33. Dennis Smee avanzó por la línea, dando palmadas en los cascos y las hombreras. Jessup se sentó a mi lado en el banquillo. Tenía briznas de hierba pegadas a la sangre seca de la cara. El Centrex pasó a una formación de T cerrada. El corredor ganó cuatro yardas. Telcon siguió seis más. El corredor añadió nueve más. El corredor añadió ocho. El corredor de poder se escapó de un bloqueo para ganar cuatro. El corredor de poder siguió directo y se llevó consigo a George Dole a la zona de anotación. Consiguieron el punto extra.

—Mieeeeerda —dijo Jessup.

—Se ha acabado.

—Mieeerda, colega. El partido está vivo. Todavía me voy a llevar por delante a ese sesenta y dos. Voy a agarrarlo y hacerle una puta cara nueva. Ya lo creo, joder. Voy a coger a ese marica de sesenta y dos y machacarle su cara de negro de mierda contra el suelo.

—Es blanco —le dije yo.

—Ya sé que es blanco. Son todos blancos. Todo el mundo es blanco. Putos negros.

Taft realizó el saque seis yardas adentro y lo hizo llegar a la 44. Len Skink se presentó en lugar de Yellin. Randy King sustituyó a Onan Moley. Terry Madden entró de quarterback. Le mandó un globo aireado a Taft que no ganó ni un palmo. Le hizo un pase en profundidad a Steeples que se quedó corto. Dejó caer el balón del saque y hasta se cayó él encima. Bing Jackmin se reunió conmigo en la línea de banda.

—Nosotros llevamos uniformes blancos y verdes —me dijo—. El campo también es blanco y verde. Hierba y marcas de tiza. Nos fundimos con nuestro entorno. Salimos reflejados en el espejo primitivo.

Caminé hasta la punta misma del banquillo. Raymond Toon estaba completamente solo y hablando con el puño frente a la boca.

—Ahí va el balón, dando vueltas de campana, una espiral elevada. El hombre más avanzado evita o mejor dicho se evade. Y para el suelo, *plaf*. Primer intento y diez en la yarda veintiséis o treinta y uno. Y ahora salen en avalancha para vérselas contra una zona en rotación.

—Toony, eso no es una avalancha.

—Eh, Gary. He estado ensayando.

—Nosotros también.

—Allá vamos. Andy Chudko, que acaba de entrar por Butler, llega lejos, con el número sesenta y uno, suelta y suelta el balón, metro ochenta y cinco de altura y unos cien kilos, se pasa al centro cuando ataca, Chudko, Chudko, se está licenciando en gestión de cantinas de aeropuertos, toca la guitarra para relajarse, no tiene otras aficiones, suelta el balón tras el silbato. Las ligas universitarias de fútbol americano, qué forma tan agradable y colorida de pasar una tarde de otoño. Allá va cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once yardas, el grandullón del treinta y cinco, doce yardas vemos desde nuestra atalaya aquí en el Orange Bowl del soleado Miami, Florida. John Billy Small se combina para abatirlo. John Billy, mientras deshacen la piña, qué historia tiene detrás este chico, qué mensaje de esperanza e inspiración para todos los que sufren problemas parecidos, y ahora miradlo cómo prácticamente se abre paso haciendo pedazos a esos gigantes que llevan el balón. Estadio hasta la bandera. Emmett Creed alias Big Bend. A Mike Mallon lo llaman Perro Loco. Telcon. Hombre de muchos talentos. Un mago con ese balón. Todo el color y la emoción. Lo recibe con una yarda de margen después de un buen bloqueo del cincuenta y tres o el setenta y tres. *Plaf*. El estadio Three Rivers de Pittsburgh o de Cincinnati. Un clima perfecto para el fútbol americano. Tiempo muerto en el terreno de juego. Y ahora, devolvamos la conexión a nuestros estudios para el siguiente mensaje. Son una máquina, Gary. Juegan al fútbol como verdaderas máquinas. Me gustaría entrar ahí y probar yo también. Parece que algunos de los muchachos han recibido una buena zurra.

—No se ha muerto nadie. Aunque, bueno, el partido no ha acabado.

—Telcon se asoma por encima de la defensa. Es bueno, el tío. Carrera, carrera y fuera del campo. Es de los buenos. No faltan los golpes en el campo. Me alegro de estar aquí arriba. El D. C. Stadium en la capital del país. Cielos azules y fríos. Emmett Creed alias Big Bend. Y habrá más espectáculo la semana que viene cuando los Chicago Bears, esos monstruos del interior, se enfrenten a los siempre duros de pelar Green Bay Packers del entrenador fulanito de tal. Gary, ¿qué va a pasar allí a orillas del río Fox, en la pequeña Green Bay, cuando esos osos grandes y malos vengán en tromba desde la ciudad del viento?

—Tranquilízate un poco —le dije—. Intenta no perder de vista la realidad. Te lo digo en serio, Toony. Intenta relajarte un poco. De verdad creo que tendrías que ir con cuidado.

Fui adonde estaba Garland Hobbs y me senté con él. El Centrex estaba haciendo jugadas ofensivas largas. Consiguieron un primer intento en nuestra línea de 38. La gente empezó a marcharse a sus casas. En la grada que quedaba detrás de nosotros, en la parte más alta, había alguien tocando una especie de bocina de aire comprimido. La bocina mandó un grito prehistórico a través de la noche, un mensaje de dolor que bajaba desde las colinas hasta las llanuras del sufrimiento. Llovían objetos de las gradas.

—Mal ambiente —dijo Hobbs—. Es lo único que puedo decir. La única expresión que me viene a la cabeza. Mal ambiente, mal ambiente.

Alguien soltó el balón y Link Brownlee se echó encima. Yo le di un golpe a Hobbs en las hombreras y salí. Terry Madden dejó la bolsa de contención, de lo que quedaba de ella, y se dirigió a la línea de banda, mirando campo adelante en busca de alguien a quien lanzar. Su ala izquierda lo sacó del terreno de juego de un empujón y un apoyador lo derribó encima del banquillo del Centrex. Fui caminando tranquilamente hasta allí. Había jugadores pululando y empujándose un poco.

Jessup al número 63:

—Morritos. Tetitas de nena. Sarasa.

Les cayeron quince yardas por juego duro. Nos fuimos a la punta más cercana de la línea de medio campo e hicimos la piña. A Madden le sangraba la nariz. En el saque adopté mi postura de insecto paralizado, listo para bloquear el pase. Jessup hizo caso omiso de su ruta de pase y se fue directo al apoyador que tenía encima, el 62, le entró con un golpe de antebrazo en la cabeza y siguió con una patada en la pierna. Vi que el 62 enseñaba literalmente los dientes. Pronto todo el mundo estaba en la refriega, arreando con los puños y los cascos, repartiendo patadas, escupiendo, agarrando hombreras, tirando de las camisetas, los banquillos vaciándose y todavía más objetos volando desde las gradas. Yo estaba justo en medio de la masa bamboleante de cuerpos. Allí se estaba relativamente a salvo. Estábamos demasiado apretados como para que nadie pudiera dar puñetazos o patadas fuertes. El verdadero peligro estaba en la periferia, donde había sitio para cargas y ataques individuales, y yo me sentía bastante relajado donde estaba, bamboleado de un lado para otro. De los cascos cercanos a mí asomaban muchas miradas enloquecidas. A lo lejos pude ver espectadores trepando por encima de la cerca de seguridad y echando a correr por el campo. Luego se produjo un repentino cambio de equilibrio y recibí un codazo en el estómago. Me di la vuelta, capté el color del uniforme y me puse a repartir leña. Me acerqué en busca de más, muy consciente del número del tipo, 45, atacante, de mi tamaño o más pequeño. Alguien chocó conmigo desde detrás y me caí al suelo. Fue imposible levantarse. Trepé por encima de los cuerpos y por entre las piernas en movimiento constante. Alcancé una zona abierta y me puse de rodillas. Había alguien plantado junto a mí, un espectador, un hombre con traje de lino blanco, tapándose la boca con la mano, con aspecto de estar escondiendo algo, y parecía que intentaba hablarme, pero en aquellas circunstancias no era posible saber ni lo que estaba

diciendo ni siquiera en qué idioma lo estaba diciendo. Un jugador tropezó conmigo; otro jugador que iba andando hacia atrás terminó sobre mi regazo. Luego quedé completamente sepultado. Para cuando salí de aquello, ya casi se había terminado. Jessup y el 62 estaban en el suelo, inmóviles y en brazos el uno del otro, sin que ninguno quisiera aflojar su presa. Pero ya no había nadie peleando y los jueces se les acercaron. Tardaron medio minuto aproximadamente en convencer a Jessup de que soltara al otro jugador. Yo me sentía bien. De momento no me dolían las costillas. Los expulsaron a ambos por pelearse. Randy King estaba sentado en la hierba, intentando volver a ponerse la bota derecha.

Nivel derecho doble, series encabalgadas, división blanca.

Intento por el espacio, 17, falsa costura.

Especial país de huesos, D-doble a la derecha.

Volaban papeles por el terreno de juego. Hice un bloqueo suave a su ala izquierdo para echarle una mano a Kimbrough. Madden lanzó hacia nadie en particular. Las gradas ya estaban casi vacías. Hice una carrera en curva desgana por el medio del campo, haciendo fintas a todo el mundo que me cruzaba, compañeros de equipo incluidos. Madden lanzó detrás de mí. Yo estiré el brazo izquierdo hacia atrás y cacé el balón de forma bastante milagrosa. Se abrió el campo durante un segundo. Entonces recibí una carga de costado y me fui al suelo. Uno de sus esquineros me ayudó a levantarme. Regresé a la piña. Fuimos a la línea y nos preparamos. El costado izquierdo de nuestra línea estaba en posición adelantada. Volvimos a ponernos. Taft hizo una carrera retrasada descabalgada que ganó cuatro yardas. Sonó el disparo. Abandoné el campo con papeles de periódico azotándome las piernas. Recorrimos en silencio el túnel y entramos en los vestuarios. Empezamos a quitarnos los uniformes. Delante de mí, Garland Hobbs sacó una caja roja y alargada del fondo de su vestidor. La etiqueta decía: EL QUARTERBACK AMERICANO: UN CONCEPTO MOTIVACIONAL DE MENDELSON TOPPING SPORTS. Abrió la caja con cuidado. Colocó veintidós figuritas en una parrilla bien ordenada e hizo girar un dial. Su equipo avanzó elegantemente por el campo. Sam Trammel pasó junto a las filas de cubículos, pidiendo un silencio total. Di por sentado que se avecinaba una oración de equipo. A mi lado, Billy Mast recitó unas palabras en alemán para sí mismo en medio de la quietud absoluta. Cuando le pedí la traducción me dijo que era una simple lista de cosas: casa, puente, fuente, puerta, jarra, olivo, ventana. Me dijo que las palabras alemanas lo reconfortaban, aunque no tanto como cuando no sabía qué significaban.

Hauptfuhrer se plantó frente a nosotros.

—Callaos y rezad —dijo.

TERCERA PARTE

Lenny Wells vino andando por el pasillo hasta la parte de atrás del autocar. Llevaba su sombrero de vaquero de pelo de vaca blanco de Hibbs & Harmon, que le había regalado un tío suyo de Oklahoma. También llevaba el brazo izquierdo escayolado, todo un regalo a juzgar por su cara de orgullo, que traslucía esa autoestima que suelen traer consigo las heridas nobles. Venía parpadeando y frunciendo la cara por culpa de la luz del sol que entraba por la luna trasera, a continuación nos sonrió a Billy Mast y a mí, giró en redondo para sentarse en el asiento de delante del nuestro y se dio la vuelta con la sonrisa en la cara y otra mueca provocada por el sol.

—Me lo han roto —dijo—. Una fractura limpia. Justo por debajo del codo. He visto la radiografía. Limpiamente roto. Y claramente roto. No hay duda posible.

—Odio decirte cuántas yardas nos han ganado a la carrera —dijo Billy—. Muchas de ellas por encima de mi frágil cuerpo.

—Los últimos tres cuartos ni siquiera los he visto —dijo Lenny—. Me estaban mirando esto. Me estaban haciendo la radiografía.

—¿Dónde está Creed? No lo he visto en toda la mañana.

El chófer cerró la puerta y cogió la carretera. Ya no había separación entre ataque y defensa; íbamos mezclados a bordo de los dos autocares. Lenny se giró para mirar al frente y se caló el sombrero hasta taparse los ojos. Ahora el sol entraba por los ventanales laterales. Yo me sentía más o menos intacto físicamente. Después del partido, el entrenador me había mirado las costillas y me las había encontrado bien, magulladas nada más. También tenía magulladas las piernas. Terminado el partido, me preguntaba por qué había sido tan importante. Ahora ya no era nada, el único que lo recordaba era mi cuerpo, y vagamente, en forma de dolores. Todavía quedaban dos partidos por jugar pero a mí ya no me apetecían. Me di cuenta de que ya no me quedaba ninguna ilusión, nada de nada. Confié en que no fuera más que una depresión transitoria pospartido.

—¿Cómo está Conway? —dije.

—Clavícula —dijo Billy Mast—. No sé cómo de grave. Debe de ir en el otro autobús. Yo no lo he visto, pero sé que es la clavícula. Me lo ha dicho Kimbrough a la hora del desayuno. Le han jodido la clavícula.

—¿Cómo está Lee Roy Tyler?

—Rodilla. Le han jodido la rodilla. Se la han dislocado. Pero no es grave. Pronto estará bien.

—¿Y Randy King?

—Rodilla. Rodilla. Lo han pillado sin que él los viera venir. Lo han jodido bien. En la última jugada del partido. Sin que él los viera venir. Le han jodido la rodilla. Se la han doblado para atrás.

—¿Y Yellin? ¿Cómo está Yellin? Estaba dando saltos de dolor.

—Le han jodido el tobillo. Se lo han pateado y se lo han pisado. Lo he visto esta mañana. El tobillo derecho. Lo tiene muy hinchado. De color morado. Se va a pasar unos días cojo.

—¿Dickie Kidd? —pregunté.

—Se le ha salido el hombro. Hematoma profundo en la pantorrilla izquierda. Me han contado que esta última lesión reviste un interés particular. Tiene forma de estrella. Y es multicolor.

—¿Qué se la ha causado?

—Metralla —dijo Billy.

—¿Y qué pasa con Jessup? Jessup corría por ahí medio loco. Con señales de violencia por todas partes.

—Se ha mordido la lengua. El labio inflado. Tiene hinchazón debajo de los ojos. No hay más comentarios por el momento.

—¿Quién más se ha hecho algo?

—Bobby Iselin, esguince de ligamento cruzado anterior. Terry Madden, nariz rota. Ron Steeples, conmoción cerebral leve. Len Skink, lombrices. Todos los demás, contusiones y heridas variadas.

—¿Y qué pasa con Fallon? He visto que lo estaban tratando en la sala de entrenamiento.

—Fallon. Me lo había saltado. Fallon. Le han jodido el dedo corazón.

—¿Qué le han hecho?

—Se lo han roto.

Pasamos un rato en silencio. Jerry Fallon vino y nos enseñó el dedo. También le habían saltado un diente, y nos enseñó el hueco de su dentadura. Yo había dormido diez horas la noche anterior pero me estaba volviendo a coger sueño. Fallon se fue y me tumbé en el asiento. En la parte de delante del autocar, Andy Chudko se puso a rasgar su guitarra plateada. Dennis Smee, el capitán de la defensa, avanzaba despacio por el pasillo, deteniéndose ante cada asiento y diciéndoles algo a sus ocupantes. Mientras se nos acercaba se sacó un chicle del bolsillo de la pechera y se lo metió en la boca. Cada pocos segundos aparecía su lengua, envuelta en menta verde transparente, y él hacía un globo pequeño y perfecto y lo rompía con los incisivos. Ahora estaba inclinado junto a Chudko. Se me coló una frase en la mente. Pronuncié las palabras con entonación monótona.

—Hum, robomat, le habla maxcom.

Billy Mast me miró.

—Robomat, le habla maxcom. ¿Me recibe?

—Uh, le recibo, maxcom —me dijo.

—Se lo ve a usted muy bien, robomat. ¿Es afirmativo?

—Hum, afirmativo, se nos ve muy bien.

—¿Cuál es su control térmico pasivo?

—Vector cinco y acercándonos.

—Hum, ¿cuál es su corrección de impulso de inercia en el cuarto intento y lejos de la meta?

—Los instrumentos indican envío circular y no ajustable.

—Afirmativo, robomat. Le queda de narices ese chisme de despliegue encajado estilo retro. Los instrumentos indican tres uno nueve cinco nueve. Doce segundos para el desprendimiento del circuito adaptador de ventilación.

—Afirmativo, maxcom. Tres uno nueve cinco nueve. Doce segundos para el desprendimiento de la ventilación. Ahí está Dios. Acabamos de ver a Dios. Está en todas partes.

—Uh, comprendido, robomat. Se sugiere quema de frenado y perfil de rastreo en trayectoria. Diseccionado automático en modo transtándem. Azul y a la espera.

Dennis Smee nos alcanzó por fin. Se lo veía muy sincero. El chicle le reventó entre los dientes. Nos habló en voz baja.

—No nos hemos entregado lo suficiente. No hemos puesto toda la carne en el asador. Pero eso ya es agua pasada y nos quedan dos partidos por jugar. La semana que viene averiguaremos de qué estamos hechos. Tenemos que hacerlo muy bien. Muchos de los muchachos están tocados. Casi todo el mundo está tocado. Pero tenemos que echarle aguante y volver. Tenemos que protegernos del desánimo. El desánimo te puede venir con una gran victoria o te puede venir con una gran derrota. Las dos cosas son peligrosas. Kimbrough les está diciendo lo mismo a los del otro autocar. Hemos preparado el discurso durante el desayuno, palabra por palabra. Es nuestra función como cocapitanes. Trabajar por el bien del equipo.

—Función —dijo Billy—. Regla de correspondencia entre dos conjuntos relacionados en valor y naturaleza hasta el punto de que existe un único elemento de uno de los conjuntos que está asignado a cada elemento del conjunto correspondiente, dadas las diferencias de valor respectivas.

Salí del autocar bajo un extraño cielo blanco plateado. Era espantoso estar de vuelta. No quedaba nada, absolutamente nada, por lo que ilusionarse. Me fui en busca de Myna. Llevaba puesto un chaquetón islandés de piel de borrego, una gorra de visera de color caramelo, su pulsera de celuloide de 1930 y calcetines de hockey tricolores.

—Estoy intentando serte sincero —le dije—. No sé si me gustas en serio o no. Tal vez me gustes simplemente porque es extraño. A veces me gusta hacer cosas extrañas.

—Gary, no te pongas tonto. Ya sabes cómo soy.

—Vale, lo siento.

—¿Te han hecho daño, cielo?

—Me han matado —le dije.

Al día siguiente nos enteramos de que el Departamento de deportes, es decir, Creed, había contratado a un director de información deportiva. De inmediato construí una teoría basada en la relación entre la derrota y la necesidad de publicidad, o bien de antipublicidad, y sobre la elevación de las noticias evasivas a la categoría de literatura. El tipo se llamaba Wally Pippich, y venía de la Agencia de Promoción Creativa Wally Pippich y Asociados, con sede en Reno, Nevada. Aquella misma semana me mandó aviso de que quería verme. Tenía su despacho en el sótano del Staley Hall, cerca de la sala de calderas, en un pequeño pasillo donde se guardaban las fregonas y los cubos.

Wally era un hombre pequeño y grueso con el pelo cortado al rape y patillas largas. Me estrechó la mano y me dijo que me sentara. Por todas partes había cajas de cartón y pilas de fotografías. En el suelo, cerca de mi silla, había fotos a color de un equipo de *roller derby*, de un chimpancé en motocicleta pasando por un aro en llamas y de una chica con bikini rodeada de un grupo de paraplégicos con bolas de bolera en el regazo. En otra foto se veía a Wally rodeando con el brazo a un joven que llevaba un mono de lamé dorado y un acordeón en las manos. En la foto, Wally llevaba sombrero de paja. En la banda del sombrero estaba escrita la palabra *zasca*.

—Gary Harkness. Buen nombre. Fácil de promocionar. Me gusta. Hasta me encanta.

—Gracias.

—Relájate y llámame Willy.

—Vale —le dije.

—Salís de una derrota dura. Emmett me ha hecho la crónica. Cronificación. Hace siete, ocho, nueve, diez, once años que conozco a Emmett. Cuando mi chico cumpla vuestra edad, se lo mandaré directo a Emmett. No me importa que Emmett esté haciendo de entrenador en el Círculo Ártico, para allá se lo mando. Emmet Creed es un ser humano tremendo. Absolutamente sensacional. ¿Estoy exagerando, Gary?

—Ni una pizca.

—Volvamos a lo fundamental. Me he pasado los últimos días haciendo averiguaciones. He hablado con los entrenadores. He hablado con Emmett. Hasta he hablado con la señora de Tom. Ésta es la estrategia que he diseñado: Taft Robinson y Gary Harkness. El cuadro ofensivo T y G. Taft y Gary. El toro y la gacela. El trueno y el guepardo.

—Un juegucito de palabras. Con las letras y tal.

—Cogemos las estadísticas básicas. Cogemos fotos de vosotros en acción. Cogemos datos biográficos. El cuadro ofensivo T y G. Y se lo mandamos a los periódicos, a los bares que emiten deportes, a las teles y las radios locales y a las cadenas. Toda la pesca. Taft Robinson y Gary Harkness. Me gusta cómo suenan esos nombres. Hay nombres que me producen instintivamente una reacción negativa en la

mente. Cyd Charisse. Mohandas K. Gandhi. Jerjes. Pero lo de Talf y Gary tiene una musiquilla maja. Sé que me gusta y que hasta me puede encantar.

—O sea, que lo que está haciendo usted, si no lo he entendido mal, es un rollo de relaciones públicas pero aplicado al fútbol americano, usándonos a Taft y a mí como puntas de lanza, por el bien de la universidad, más o menos.

—Gary, yo no podría haber hecho un mejor resumen en dos líneas. ¿Ves esa caja de cartón grande de ahí? Pues ha llegado esta mañana. ¿Y sabes qué hay dentro? Los expedientes de doscientos jugadores de fútbol americano de instituto. Chavales con un valor claro en el mercado. Chavales de aprobado pelado para arriba que tienen un futuro de lo más prometedor en el fútbol americano. Pues vamos a escoger a unos treinta y cinco de ellos y les vamos a dar una beca. Gracias al carisma de magnitud nacional que tiene Emmett, conseguiremos también a unos cuantos chavales de otros estados. Tal vez a otro Taft Robinson o Gary Harkness. Y entonces este pequeño saltamontes de institución tendrá la oportunidad de llegar a ser grande. Dualificación. Gary, te voy a ser completamente sincero. Todo lo que sé de fútbol americano se puede escribir con un lápiz sin punta en el borde de un vaso de chupito.

—¿No eres fan de este deporte, Wally?

—No entiendo ni papa de fútbol americano. Soy más de actividades de interior. Pero sí que conozco todos los intrínquilis del mercado del espectáculo. La gente quiere espectáculo más personalidad. He llevado a colgados del *country rock*. He llevado a enanos que hacían lucha libre. Una vez llevé a una estilista de la canción llamada Mary Boots Weldon a quien le extirparon la puñetera garganta por un cáncer y ella siguió cantando como si nada, usando aquella cajita que le pusieron en su lugar, graznando baladas lacrimógenas y atrayendo a más público que nunca. Mary Boots Weldon. Dios mío, qué espectáculo. He perdido el hilo. ¿Por dónde iba?

—Wally, no entiendo por qué te hago falta yo en todo esto. Soy bastante buen corredor, bloqueador y receptor. Estoy por encima de la media. Pero Taft está a otro nivel.

—Gary, permíteme que te estreche la mano. Manificación. Eres un tipo modesto y en un negocio como el mío es una actitud que me gusta. Pero tú me estás hablando de fútbol americano, que es un tema del que yo no tengo ni idea. Yo te estoy hablando de interés humano. Te estoy hablando de equilibrio dramático. Te estoy hablando de pum-pum, del puñetazo doble. Mira, tú has tenido problemas en el pasado con otras universidades. Estoy al corriente de todo. También estoy al corriente de que has sentado la cabeza y te has vuelto uno de los puntales de aquí. Hablando solamente desde la perspectiva del fútbol, y a juzgar por lo que he averiguado de las diversas fuentes, es bastante obvio que sabes comportarte en todos los aspectos del juego.

—Bueno —dije yo.

—No, lo digo en serio, Gary. Eres bueno en todo.

—Gracias.

—No, va en serio. De verdad que eres bueno en todo.

—Gracias, Wally.

—No, que te lo digo en serio. Eres uno de los líderes del equipo.

—Vale.

—No, es que no te mentaría, Gary. A todo el mundo que pregunto me dice lo mismo de ti. ¿Gary Harkness? Gary Harkness es bueno en todo.

—Creo que sería mejor que nos concentráramos en Taft.

—Me gusta tu actitud, Gary. Me gusta la forma en que te comportas. Esto va a salir muy bien, ya verás. Emmett me apoya al ciento diez por ciento. Así es él. Yo saldría a hablar en defensa de Emmett Creed en cualquier sitio público del país. Y estoy seguro de que tú harías lo mismo. Gary, eres todo lo que me dijeron que eras. Déjame que te estreche la mano, carajo.

Después de nuestro octavo partido, que ganamos con facilidad, terminé de ducharme y fui a mi cubículo a vestirme. Allí me esperaba Lloyd Philpot Jr., vestido con suspensorio y calcetines rojos.

—Tengo que hablar contigo —me dijo.

—Claro.

—Tengo una información que difundir.

—Vale.

—Puede que haya un marica en el equipo.

—¿Un marica? —le dije.

—Me he enterado justo antes de que saliéramos de aquí en el medio tiempo. Me lo ha contado Roy Yellin. Me ha pedido que no dijera nada hasta que decidamos qué se puede hacer.

—Sospecho que a Yellin se lo ha dicho Onan. Creo que se lo oí mencionar a Onan una vez.

—A Yellin se lo ha dicho Rush.

—¿Quién es Rush?

—Mike Rush. Uno de los jugadores marginales. Un tipo bastante al margen. Ha estado con una lesión de ingle.

—Vale —dije yo—. ¿Y quién es el marica?

—No lo sé —dijo Lloyd—. Solamente sé que hay uno.

—Pero ¿Yellin no te ha dicho quién es?

—Yellin tampoco lo sabe. Lo que me ha dicho es que lo único que sabe es que alguien del equipo es marica.

—¿Y Mike Rush sabe quién es?

—¿Si sabe Mike Rush quién es? Eso no lo sé. Yellin no me lo ha dicho.

—¿Y qué pruebas ha presentado Mike Rush de que hay un marica en el equipo?

—¿Qué pruebas presentó Mike Rush? —dijo Lloyd.

—Eso mismo.

—Pues no lo sé. Pero Mike no es la clase de tipo que se inventa historias. Conozco bastante bien a Mike. Su padre es vicepresidente del comité.

—A ver, Lloyd, ¿por qué me estás contando todo esto?

—Para que te pongas a pensar en el tema, Gary. Yellin y yo vamos a reunirnos en esta misma sala más tarde a ver qué podemos hacer. Yo estoy por ir a Kimbrough. Y contárselo todo.

—¿Porque es uno de los capitanes?

—Eso mismo, claro. Pero Yellin quiere ir a Dennis Smee. Yellin no soporta a Kimbrough. Le tiene un odio mortal. De manera que se inclina más por Smee. Tal vez por uno de los entrenadores. Pero yo no creo que en este momento debamos acudir a los entrenadores. Hay que empezar por los escalafones bajos. Así se hace

siempre. Y en cualquier caso, tenemos que decidir qué hacer y decidirlo bien pronto. Ahora mismo hay tipos desnudos por aquí. Podría ser cualquiera de ellos.

Empezó a preocuparme muy en serio el hecho de que se estuviera terminando la temporada. Ya no habría más fútbol americano hasta que en abril comenzaran los entrenamientos de primavera. Y sin fútbol no había nada, absolutamente nada, por lo que ilusionarse.

El mayor Staley dio una clase sobre la capacidad para sobrevivir a una primera oleada de ataques de nuestro arsenal nuclear, desde los silos de misiles Minuteman y Titan, que estaban en tierra, hasta nuestra flota de submarinos nucleares Polaris cargados de misiles, pasando por los más de quinientos bombarderos listos para entrar en combate que tenía el Mando Aéreo Estratégico. En la clase del mayor Staley había unos cuarenta y cinco alumnos cadetes, todos muy aplicados. Y sin embargo, sin intentarlo siquiera, el mejor alumno de la clase con diferencia era yo. Me sabía el manual casi de memoria y me había leído todo lo que había en la biblioteca de la universidad sobre los aspectos de la guerra moderna. Obtenía unos resultados perfectos en todos los exámenes. Después de su clase sobre capacidad de supervivencia, el mayor me pidió que me quedara un momento. Caminé hasta el frente del aula y me planté junto a su mesa. Me dio la impresión de que me miraba los orificios nasales.

—Gary, estás malgastando tu tiempo al venir a este curso solamente de oyente. Te podrías estar sacando dos créditos. Apúntate a la unidad de cadetes. Es una buena unidad. Nos hacen falta mentes como la tuya. Dos créditos. Y un futuro relevante. La Fuerza Aérea es la división del ejército donde uno puede sentirse más realizado. Hazme un favor: piensa en apuntarte a la unidad. Piénsalo nada más. Nada más y nada menos.

—La unidad —le dije—. ¿Quiere que me apunte a la unidad?

—Tienes la mente adecuada. Tienes buen cuerpo y también buena vista.

—Señor, la verdad es que creo que no quiero llegar tan lejos en mi compromiso con este interés que tengo, que parece que tengo, por los asuntos que hemos estado tratando aquí. Hay ciertos aspectos de esto en los que tengo un interés puramente externo. Extraacadémico. No quiero tirarles bombas de hidrógeno a los esquimales ni nada de eso. Pero no soy necesariamente reacio a los aspectos puramente especulativos del tema. A sus zonas hipotéticas.

—Gary, no te estoy pidiendo que tires bombas encima de nadie.

—Mayor, uno se une a una organización como la Fuerza Aérea de Estados Unidos y antes de darse cuenta...

—La pierna me está dando guerra —dijo.

—¿Qué pierna es, señor?

—La derecha. No sé qué le pasa. Voy a tener que ir a que me la vuelvan a mirar. Ya me la miraron una vez. Pero supongo que me la tendrán que volver a mirar.

—¿Y qué le encontraron la primera vez?

—Las pruebas no fueron concluyentes.

—Pues más le vale ir a que se la miren —le dije.

—Gary, tienes la clase de mente inquisitiva que necesitamos en esta división del servicio. En este brazo del servicio. Como lo quieras llamar.

—No lo sé. Creo que no.

—Tienes buena vista. Y eres deportista, que siempre es un plus. Tienes buen cuerpo. Y tienes una mente inquieta.

—Yo he venido a jugar a fútbol americano, mayor.

—No te interferirá mucho con eso. Son dos horas de entrenamiento a la semana. Ya estás haciendo el trabajo de clase que se pide. En la unidad hay nueve jugadores de fútbol americano.

—Señor, lo que a mí me interesa es la parte hipotética. De verdad que no me quiero implicar demasiado. No me quiero poner un uniforme ni nada parecido. No querría desfilar ni visitar bases aéreas. Me interesan ciertos aspectos y zonas del tema y no quiero implicarme más. No quiero implicarme más para nada.

—Tú hazme un favor: piénsatelo. Piensa en ello. Es una unidad que está de narices para una universidad de este tamaño. Hazme ese favor, Gary. Piénsatelo.

—No —le dije.

—No se puede decir que no lo haya intentado. Lo he intentado, ¿verdad?

—Ha sido usted muy convincente, mayor. En serio, por un momento casi me ha convencido.

Cruzamos juntos el campus. Faltaba muy poco para mi clase de exobiología y no quería llegar tarde. Pero aunque iba tan deprisa como podía, me costaba seguir el paso del mayor. Nos despedimos, y cuando se estaba dando la vuelta para regresar al cuartel, de pronto le falló la pierna derecha y a punto estuvo de caerse. Yo me quedé mirando cómo recuperaba el equilibrio y luego intentaba seguir su camino, sin mirarme, cojeando mucho, intentando amoldarse a la carga que le suponía su propio peso. Me giré y vi a Myna Corbett a cincuenta metros de mí. Corrí para alcanzarla, acelerando en los últimos diez metros y deteniéndome en seco para asustarla. Funcionó de maravilla: el cuerpo se le levantó un par de dedos del suelo de puro sobresalto.

Zapalac hablaba dando vueltas en torno a su mesa:

—Sería interesante preguntarnos qué les debe nuestra vida en la Tierra a todos esos cometas que depositaron aquí tantos millones de toneladas de materiales químicos cuando se estrellaron contra nosotros en los años de formación de nuestra Historia, en nuestros años de crecimiento, y seguramente no resulte demasiado poético afirmar que fueron los cielos quienes nos nutrieron, quienes nos echaron una mano durante nuestros primeros dos mil millones de años, o hasta que pudimos apañarnos solos, sintetizar materiales básicos, dar el primer paso para devolver el favor y salir al espacio con menús de restaurante chino recién sacados del congelador. Pero a decir verdad, tampoco me fascina tanto el contenido de carbono de los

meteoritos, ni la discusión de en qué momento exacto aparecieron los primeros organismos vivos en la Tierra. Mi apuesta personal es que fue en el 217 antes de Cristo en Kearney, Nebraska. Pero ¿qué pasará con los últimos organismos vivos, con las esporas y los hidrozooos que queden después de que nuestros ancestros nos lleven bien protegidos a la extinción? Terminaremos todos como astroplancton, nubes de polvo viajando por el espacio. Permittedme que plantee una pregunta: ¿qué es lo más extraño que tiene este país? Pues que cuando me despierte mañana por la mañana, o cualquier mañana, el primer miedo que me asalte no tendrá que ver con los enemigos de nuestro país, ni tampoco con nuestros enemigos tradicionales en la guerra fría o en la guerra que sea. Pero entonces, ¿a quién le tengo miedo? Porque está claro que a alguien se lo tengo. Pues escuchadme y os lo diré. Tengo miedo de mi propio país. Tengo miedo a los Estados Unidos de América. Es ridículo, ¿verdad? Pero mirad. Mirad por ejemplo el Pentágono. Si alguien nos mata a gran escala, será el Pentágono. A pequeña escala, tened cuidado con vuestra policía local. Fijaos en cómo me estáis mirando algunos. Pregunta: ¿acaso se van a poner a llamar a mi puerta a las tres de la madrugada dos corteses y amigables agentes del lavado de cerebro? Los dos con estudios superiores, claro... Ya veis mi encantadora y contagiosa sonrisa y os dais cuenta de que no es algo que me preocupe. Esto es América. Podemos decir lo que queramos. Me puedo pasar el día hablando, citando capítulo y versículo. Pero cuando llegue la prueba verdadera, lo más seguro es que me meta corriendo en una peluquería, si es que se puede encontrar una en este páramo, y me tiña el pelo de rubio para que todo el mundo crea que soy uno de esos chicos rubitos con la mirada perdida que tanto éxito tenían en la Himmelplatz hace tres o cuatro décadas. Se supone que en la sesión de hoy tendríamos que estar hablando del potencial biótico aplicado a los organismos de entornos muy remotos, situados mucho más allá de las carreteras y vericuetos de nuestro sistema solar. El potencial biótico del hombre se reduce a medida que aumenta todo lo demás. Esta formulita tan simple puede granjearme una beca de investigación para estudiar las modalidades de supervivencia al otro lado de la atmósfera. La primera beca en órbita. Tengo un pensamiento profundo para vosotros. La ciencia ficción no es más que empezar a entender el Antiguo Testamento. Mirad cómo los nitratos artificiales se vierten en los ríos y los océanos. Mirad cómo el dióxido de carbono derrite los casquetes polares. Mirad cómo escasean las reservas minerales del mundo. Mirad la guerra, el hambre y las plagas. Mirad cómo las hordas bárbaras profanan el templo de las vírgenes. Mirad cómo los caballos salvajes montan a los perros de las praderas. He dicho la ciencia ficción pero creo que quería decir la ciencia. En cualquier caso, aquí se está cerrando alguna clase de círculo mítico y/o histórico. Pero yo no dejo de sonreír. No dejo de decirme a mí mismo que no hay razón para preocuparme, siempre y cuando la juventud de América sepa qué es lo que está pasando. Cerebros, músculos, buenas dentaduras y buena estatura. Miro vuestras caras y se me tiene que escapar una sonrisita controvertida. Algunos de vosotros, con vuestros uniformes azules tan

chulos, estáis aquí para aprender cómo es el espacio exterior y cómo convertirlos en su policía. Uniformes, banderas e himnos de batalla. Yo os ofrezco el único comentario digno de citarse que he hecho en todo el primer semestre: las naciones nunca son más ridículas que en sus manifestaciones patrióticas. ¿Por qué iba yo a tenerle miedo a mi propio Gobierno? Aquí hay algo que falla. Pero no estoy preocupado. Por suerte se me da bien agachar la cabeza. Sé ponerme a cubierto y correr en zigzag como pocos. Cuesta mucho parar a un hombre bajito. Abramos el libro por la página setenta y ocho. La panspermia y sus reconfortantes implicaciones.

Después de clase, Myna invitó a Zapalac a nuestro pícnic de aquella tarde. Yo pasé a recoger mi correo y me fui a mi cuarto. Bloomberg estaba durmiendo en silencio, encogido sobre su almohada y soñando. Había una carta escrita con la letra de mi padre. Hablaba de mi viaje a casa por Navidad, para el que todavía faltaba un mes.

Volar es fácil si te mantienes alerta y sabes lo que estás haciendo. Cuando llegues al aeropuerto de Midland-Odessa, ve directo al mostrador de la línea aérea en que vuelas. Si el aeropuerto es demasiado pequeño para tener mostradores individuales, entonces vas al mostrador único. Vale, pues ya estás frente al mostrador. Le das a la persona el billete y pones la maleta en la báscula. (Lleva el billete en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta. Es el mejor sitio porque eres diestro y así lo podrás encontrar con facilidad. Ahí también estará a salvo de la gente que tenga malas ideas. Principalmente, lo que buscan robar son tarjetas de crédito. Tú todavía no tienes ninguna). El empleado de la línea aérea te escribirá algo en el billete y le pondrá varios sellos para uso puramente interno de la línea aérea y luego te devolverá el billete y te dirá a qué puerta de embarque tienes que ir. Ve a la puerta de inmediato. Si te pones a perder el tiempo, a explorar el aeropuerto o a irte paseando a otro sitio, como haces siempre, entonces perderás el avión. De manera que ve inmediatamente a la puerta de embarque y así te ahorras dolores de cabeza más adelante. Si tienes problemas para encontrar la puerta, le preguntas a alguien que tenga autoridad. Que suele equivaler a personal uniformado. Cuando encuentres la puerta, le das el billete al tipo que esté de guardia y él te hará subir al avión. (Tu equipaje ya está a bordo). Intenta coger un asiento de ventanilla para poder mirar afuera. No vayas al baño hasta que el avión ya haya despegado. Sigue un procedimiento idéntico al ya detallado en los aeropuertos de Dallas y Nueva York. Nosotros estaremos en el aeropuerto de Saranac Lake para esperarte cuando llegues. En caso de que alguien la cague, yo le habré dicho a tu tía Helen dónde vamos a estar. De manera que si no nos ves, llama a tu tía Helen y ella sabrá dónde estamos. Se va a quedar en casa ese día solamente para eso. No te olvides de preguntarle por sus muelas del juicio. Y asegúrate de llevar

identificación encima por si hay un accidente aéreo.

Por alguna razón, la carta la firmaba mi madre («Te quiere, tu madre»). La guardé y saqué el diccionario. Era hora de añadir una palabra nueva a mi vocabulario. Mi palabra del día era *apoteosis*. Miré por la ventana y me repetí a mí mismo la palabra y su significado. La usé en tres frases distintas. Era una palabra que me gustaba. Resultaba particularmente maravilloso memorizarla mientras uno escrutaba aquella llanura como de franela en llamas hasta encontrar la blanda juntura de la tierra y el cielo. Era una palabra repleta de luz de sol, de las canciones joviales de los dioses, del poder dorado del sol. Cogí una manta y salí a encontrarme con Myna.

Nos pusimos a comer fruta y a hablar de México. Parecía que ella decía en serio lo de irnos. Quería vivir en una casa que se asomara a la cúspide de un peñasco bien alto y que tuviera jardines dentro y fuera. Cultivaríamos nuestra propia comida, nos colocaríamos siempre que pudiéramos y nos leeríamos las vidas de los santos durante las noches de terror. En aquel momento llegó Zapalac, armando mucho jaleo y dejándose caer sobre la manta como si esperara una ráfaga repentina de disparos de pistolas. Su cara compuso una cálida sonrisa de dientes uniformes y cremosos, con un filamento de saliva centelleando entre las piezas de arriba y las de abajo.

—Me alegro de estar aquí —dijo—. Siempre estoy metido en una carrera interminable para ir de un sitio sin nada relevante a otro sitio donde uno estaba mucho mejor antes de llegar. Pero esto es distinto. Un pícnic de verdad, real.

—Pues lo hacemos mucho —dijo Myna—. Es agradable irse de excursión, aunque solamente sea unos metros.

—Todo este sitio, no exagero, me resulta casi increíble. El mismo día en que llegué ya sospeché que en cualquier momento alguien iba a dar la voz y todo el mundo se iba a despertar por la mañana, salir de la cama y ponerse un uniforme, un uniforme militar de verdad, porque la voz habría llegado a todo el mundo, a todo el mundo menos a mí, y entonces me verían paseándome con mi traje ajado de dos botones que llevo desde el instituto, con las polillas volando desde entonces a mi alrededor como si fueran buitres, y me harían ponerme contra la pared más cercana en el sitio que les fuera mejor y me darían una buena. Vale, estoy un poco paranoico. Pero tengo buen olfato para el terror. Lo noto. Oigo las revoluciones de su motor. Aun así, me gusta más esto que el sitio del interior donde di clases el año pasado y donde no me encontré nada que no fueran republicanos demencialmente pulcros, acicalados y puntuales. A punto estuvo de matarme la imagen de todos aquellos tipos, porque si hay algo que me estimule son las confusiones y el potencial para la desorganización de las cosas y de la gente. Pero mi mujer es del interior, mi futura mujer, si es que alguna vez conseguimos volver a vernos para poder casarnos, lo cual quiere decir que quién sabe cuándo se van a poner los uniformes y van a echar mi cuerpo a los dingos del desierto o como se llamen, y ella es igual que todos ellos, o sea, que creo que en su vida se va a introducir cierta cantidad de impredecibilidad que

ella no sabía que estaba acechando en la escalera de atrás. Esa gente sabe estar en su sitio. Son maestros de las categorías de las cosas. Los han criado para que se crean todo lo que les dicen sus mayores. Hacen las cosas en orden alfabético. Saben estar en su sitio. Lo han sabido desde que eran niños pequeños. Se lo han machacado unos padres respetables. La misma gente que está destrozando las selvas con sus motores y sus máquinas de fabricar dinero. Pero imaginaos: el hecho de respetar a los mayores de uno. Llama la atención, ¿verdad?

—Yo nunca me olvido de que son el enemigo —dijo Myna.

—Gary Harkness... ¿Así te llamas?

—Sí.

—Y juegas al fútbol americano.

—Eso mismo.

—Fantástico —dijo Zapalac—. Qué no daría yo por ser el quarterback estrella de los Broncos de Denver. Me encantan los deportes. Y me encanta el fútbol americano. Rechazo la noción del fútbol americano entendido como guerra. La guerra es la guerra. No nos hacen falta sustitutos porque ya tenemos el original. El fútbol es disciplina. Es amor de equipo. Es razón más pasión. El público es fantástico. Siempre saltando y gritando. Y el hockey, me encanta el hockey. En el baloncesto hay partes del cuerpo que se les ve que sudan demasiado. Es un deporte de sudar, un deporte de sobacos. Pero el fútbol, es que me encanta. Me vuelve loco. Me regodeo en él.

—Las necesidades verdaderas del hombre —dije.

—Fantástico.

—Coge una naranja —dijo Myna.

—Eso que estabas diciendo antes de lo que te da miedo... De dónde está el peligro verdadero... Algo de las manifestaciones patrióticas.

—Dejadme que mencione solamente lo de agitar banderas y esa ritualización demencialmente repetitiva que tiene lugar cada vez que se iza una bandera o bien aparece un puñado de veteranos de Gettysburg renqueando con sus medallas, sus galones, sus condecoraciones, sus banderas, sus gorros, sus pancartas, sus adhesivos de coche, o bien tú estás en un simple acontecimiento deportivo y de golpe levantas la vista y te encuentras a dieciséis mil Shriners y masones con sus cómicos gorros turcos, y te das cuenta de que han cubierto hasta el último centímetro del terreno de juego con trescientas ochenta y cinco alumnas de instituto, allí en medio de todos ellos, todas vestidas de rojo, blanco y azul y postradas sobre la fría tierra para formar una bandera americana arrastrada sobre bosta de yak por estudiantes extranjeros con sífilis, y a un lado hay alguna figura televisiva lisiada con silla de ruedas y poleas que canta el himno nacional mientras el niño con fibrosis quística del mes posa desnudo para la cubierta de *Life*. A mí esos espectáculos me suelen preocupar.

—En mi pueblo di un paseo una mañana y empecé a encontrarme la misma palabra en todos los sitios adonde iba. En los escaparates. En folletos en las calles. En los espacios para publicidad de las paredes. Me pasé dos semanas viéndola en todas

partes. MILITARÍZATE. Estaba en todas partes: impresa, manuscrita, garabateada y escrita a tiza en las paredes. No me enteré de a qué venía.

—Si fuera tú, yo me habría escondido —dijo Zapalac—. Con esa clase de palabra, yo habría cogido comida y agua y me habría ido a las montañas.

—Yo me habría ido a México —dijo Myna—. Ten, cómete esta naranja, Zap.

—Cuando aparece esa clase de palabra, yo nunca me quedo a averiguar qué quiere decir. Soy un tipo bajito. Tengo un poco de pinta de oriental. Tengo un poco de pinta de mexicano. Me han tomado por iraquí alguna vez y también por judío. No confío en los sitios donde aparecen esa clase de palabras terminadas en «ízate». Las palabras que acaban en «ízate» me ponen nervioso. Me hacen desaparecer del mapa. Irme a las montañas.

—Yo me iría corriendo a Canadá o a México —dijo Myna—. Me compraría una casa bien grande y dejaría que se quedara en ella todo el mundo que estuviera escapando de la gente del «ízate». Comeríamos chile y nectarinas. Y cuidaríamos los unos de los otros.

—Pero si queréis saber la verdad —dijo Zapalac—, mi tamaño no me importa, salvo en la medida en que afecta a mi incapacidad para convertirme en quarterback estrella de los Broncos de Denver. Me muero por ese puesto. Pienso mucho en el tema.

—El tamaño es un factor muy importante —afirmé.

—Por desgracia.

—Hay demanda de quarterbacks altos porque pueden asomarse por encima de la curvatura de la Tierra para avistar a sus receptores.

—Fantástico —dijo él—. A partir de ahora eres mi guardaespaldas personal. Cuando los magnates del petróleo y los *sheriffs* monten su inevitable partida de búsqueda y captura y vengan cabalgando a por mí con su retronar de cascos de caballos, quiero que estés ahí con tu uniforme de combate al completo. Gracias por la naranja y tratad de no tener miedo.

Myna comió judías germinadas y se bebió una lata de Afro-Cola. Yo me ceñí a la fruta. Llevaba su vestido naranja con el hongo atómico blanco cosido. Un escarabajo se paseó por el borde de la manta y yo me levanté y me aparté a un lado hasta que se hubo ido. Myna me miró.

—Odio los movimientos repentinos —le dije—. Me ha sobresaltado durante un segundo nada más. No sabía lo que era.

—Mi hermano se los comía —dijo ella.

—Oh, Dios mío.

—Siéntate y relájate, Gary. Escucha esta idea que he tenido. Se le ha ocurrido la mitad a Vera, más o menos, y el resto a mí. Es para tu último partido. Es un experimento científico. Un rollo sensorial-audiovisual.

—¿Qué es?

—Fumar hierba antes del partido.

—Me matarían.

—Dile a como-se-llame que no te pase el balón. Ese capullo enorme. El que decide las jugadas.

—Hobbs.

—Dile que no te pase el balón. Te puedes quedar a un lado y observar qué aspecto tiene todo. Apuesto a que se ve brutal, Gary. Todas las carreras y todos los colores. ¿La cosa se aceleraría o se ralentizaría? ¿Tus partes sensoriales funcionarían en términos de fútbol americano o de droga? No tendrías que llevar el balón encima.

—Con o sin balón, me matarían. No tendría coordinación. Me limitaría a quedarme allí plantado mientras me pegan. Me matarían. Me harían pedazos.

—Supongo que tienes razón. Es mejor no correr riesgos. Pero habría sido tremendo observar toda la acción desde tan cerca y colocado.

—En nuestra relación no hay tensión alguna —le dije.

—¿Y eso a qué viene? ¿Qué quieres decir? No me hables así, Gary. Ya sabes cómo soy en lo tocante a nosotros. Soy demasiado emocional para quedarme aquí sentada sin más y hablar de nuestra relación. Que, en todo caso, es una palabra horrible.

—Estaba tonteando nada más. Hurgando en busca de un poco de nitidez. ¿Cómo va ese libro?

—Pues es un libro increíble. No sé qué más decir. ¿Quieres oír de qué trata?

—Creo que no.

—Es la última parte de una trilogía escrita por Tudev Nemkhu, aquel mongol del que te hablé una vez. Es una experiencia total y completa, Gary. Solamente te comentaré un par de cosillas de ella.

—¿Cómo de pequeñas?

—Hay unas criaturas medio moluscos llamadas nautiloides que viven en un planeta diminuto de una galaxia situada no muy lejos de aquí. El planeta no tiene más que un océano, un círculo enorme de líquidos y gases. Pues ahí es donde viven los nautiloides. El resto del planeta es yermo salvo por una montañita. La superficie carece por completo de formas de vida. Lo único que hay son los nautiloides en el océano. Los nautiloides, que doblan el tamaño de un ser humano, se comunican entre ellos por medio de un intrincado sistema numérico extrasensorial que el autor se pasa casi dos capítulos explicando y que a mí me supera por completo, pero que aun así me parece una lectura tremenda aunque solamente sea porque no me entra en la cabeza cómo alguien puede inventarse algo así. Ah, me he olvidado de decírtelo, Gary: hay una espuma gruesa y dura que envuelve el planeta, a unos ochenta kilómetros por encima de la superficie. Pero en fin, un día, sin aviso previo, se produce una alteración en el sistema de comunicación de los nautiloides. Se les embrolla todo el lenguaje numérico. Ya no pueden comunicarse como es debido y se desorientan y les entra el pánico. Algunos de ellos empiezan a salir del océano. Y luego salen todavía más. Se arrastran por la tierra. Todos son presa del pánico. Luego

uno de ellos sufre un espasmo fabuloso, rompe su caparazón y sale. Y en el mismo segundo en que esto sucede, también se rompe la gruesa espuma que recubre el planeta. Luego se hace el silencio en todas partes. Ah, me he olvidado de decírtelo: la montaña nunca ha sufrido erosión. Tiene forma triangular. Y debido a su extraña configuración, si le dieras una vuelta completa, siempre verías la misma faceta plana en forma de triángulo. De manera que los nautiloides regresan al océano. Todos salvo el que ha salido de su caparazón. Ése se queda en tierra hasta que por fin algo se filtra por la grieta de la corteza exterior del planeta. Se trata de una luz negra y polvorienta. Una forma de radiación electromagnética que es seminegra y tiene una textura extraña. El autor se pasa docenas de páginas explicando esta parte. Y sucede que la luz en cuestión se infunde de alguna manera en el complejo aparato cerebral del nautiloide. Y la criatura empieza a cambiar de forma. La luz negra sigue bañando a la criatura durante lo que nosotros llamaríamos muchos siglos, aunque en términos cósmicos no es más que un parpadeo. El cuerpo de la criatura se vuelve increíble. Tudev Nemkhu casi no quiere ni describirlo. Y sin embargo lo hace, aunque únicamente en forma de fórmulas químicas, ecuaciones matemáticas y sentencias de lógica formal que creo que se supone que no son inventadas, sino todas verdaderas y bien documentadas. De manera que tenemos una criatura que se ha formado a partir del paisaje mismo y gracias al poder de la luz negra. Se trata de un ser casi abstracto. Carece de rasgos o de clase alguna de elementos distintivos. Supongo que a la gente que tenemos brazos y piernas nos cuesta mucho imaginarnos una criatura así. Se trata de una cosa visible pero no descriptible, salvo en términos científicos. Pero no es un simple amasijo ni un montón de protones. Es una masa de ecuaciones y fórmulas que ha conseguido asumir forma tangible. La forma de la cosa cambia un millón de veces cada millonésima de segundo. Eso te da una idea. Y su cerebro está evolucionando lentamente hacia distintas fases de luz y no-luz.

—¿Eso qué significa?

—Pues no lo sé —me dijo ella—. Pero para entonces todo empieza a duplicarse. Dentro del mecanismo cerebral de la criatura hay ahora dos paisajes percibidos por dos mecanismos distintos. La criatura se ve a sí misma viendo lo que hay fuera de ella siendo vista por ella misma. Tal como explica Tudev Nemkhu, esta duplicación genera la creación de palabras. Cada semejanza no es tanto una cosa como una palabra. Cuando la palabra se imprime sobre el mecanismo original de la cosa, desaparece al instante esa semejanza que era la imagen de la palabra. El cerebro de la criatura no para de producir semejanzas y luego entregar palabras a su propia circularidad. La criatura lo percibe todo en sí mismo. Duplica las percepciones y luego reduplica los resultados. Por fin el autor le pone nombre a la criatura. La criatura se convierte en monadanom: la criatura que lo es todo. Que no para de generar semejanzas para crear palabras. Las palabras no tienen significado alguno. No son más que fragmentos de lenguaje cósmico. De manera que todo existe dentro de un complejo aparato cerebral que antes se basaba en un sistema numérico pero que

ahora se guía por fases de luz y no-luz, o algo básicamente parecido. Y esta duplicación sigue y sigue durante lo que nosotros llamaríamos milenios, hasta que de pronto, y sin previo aviso, una de las palabras se borra a ella misma. El cerebro no lo ha ordenado y no lo comprende. La palabra se acaba de borrar a ella misma. Ya no existe. No existe registro de ella.

—¿Y qué pasa con la montaña triangular?

—De momento no he leído más. Supongo que la montaña vuelve a aparecer al final. Me he olvidado de contarte otra cosa: la gruesa espuma que rodea el planeta es una cosa orgánica que se cura a ella misma. Y la grieta se va cerrando sola otra vez.

—Monadonom —le dije.

—Eso mismo.

—Y el autor es mongol.

—Pues sí, Gary, pero no escribe en mongol sino en alemán. La traducción deja mucho que desear. Eso me recuerda algo. Vera quiere una muestra de tu caligrafía.

—¿Para qué?

—Vera está muy metida en el análisis psicografológico y de carácter. Todo está relacionado con las formas antiguas de astrología que tenían los mayas. Y el rollo que le va ahora a Esther es el agua embotellada.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —le dije.

—¿Qué, Gary?

—Esa palabra que yo no paraba de ver por todo el pueblo. Representó una especie de apoteosis. Estoy bastante seguro de que eso es lo que fue. Alguna clase de apoteosis. El aire iba cargado de ella.

Metí la cabeza debajo del anorak negro que colgaba dentro de mi cubículo del vestuario. Di dos caladas más al porro, silbando del revés, inhalando profundamente, plenamente alerta y lleno de codicia. Di otras dos caladas. Tenía la garganta muy seca y me escocía un poco. Me aparté un paso del cubículo, confiando en que el humo descarriado se pegara a las prendas que colgaban allí dentro. Me pregunté si acaso mis compañeros de equipo o los entrenadores podrían oler algo o bien detectar visualmente algún rastro de la modesta niebla tóxica. En el vestuario ya apenas quedaba nadie. Estábamos casi listos para saltar al campo. Yo ya llevaba puesto todo el equipo menos el casco. Me guardé el porro en la palma de la mano y me metí a toda prisa en el cuarto de baño. En uno de los retretes había alguien intentando vomitar. Era un ruido conmovedor, monumentalmente ronco, apasionado y extrañamente carente de urgencia. Una manada de focas. Entré en el retrete más alejado y probé a dar otra calada. El resplandor de la brasa ya se había apagado, pero yo llevaba un librito de cerillas escondido dentro de una de mis botas. Volví a encender el porro y le di una calada larga, tragando papel y hebras sueltas junto con el humo. Lo inhalé todo, lleno de prisas, notando que el humo me pellizcaba la garganta sensible y palpitante, mirando cómo el papel que quedaba chisporroteaba un poco y se ponía marrón, a continuación di otra calada y me puse a boquear como una planta selvática maligna para hacerme con el humo que se escapaba y sorberlo en las partes más profundas de mis pulmones y mi cerebro. Emergió el jugador enfermo. Me asomé para echarle un vistazo a través de una estrecha rendija mientras él se lavaba y hacía gárgaras con agua fría. Era el 47, Bobby Hopper. Di una última calada, eché la colilla y las cerillas al retrete y tiré de la cadena. Más tarde ya no habría forma segura de usarlas. Bobby y yo salimos juntos del cuarto de baño. Mitchell Gorse se cruzó con nosotros de camino a vomitar.

Bebí un poco de agua de la fuente, a continuación me llené otra vez la boca y escupí el agua en el suelo de cemento. Me gustaba escupir agua por todo el suelo. Era algo que por lo general no se podía hacer a menos que estuvieras al aire libre. Al cabo de unos minutos ya estábamos en el campo. Estaba teniendo lugar alguna clase de ceremonia. Me senté en el banquillo a esperar a que empezara el partido. Hacía una tarde fresca y luminosa. La hierba se veía extremadamente verde. Buddy Shock se acercó, puso un pie sobre el banquillo y se inclinó hacia mí.

—Gary, no nos hemos pegado. No hemos intercambiado golpes. No me has dado con el antebrazo en el pecho. Te he estado buscando por todas partes.

—Hoy no, Buddy.

—Es una tradición. Tenemos que hacerlo. Si no lo hacemos nos traerá mala suerte. Venga, levanta. Te quiero hacer tres abolladuras en la cabeza.

—Todavía no tengo planeado ningún movimiento rápido. Me estoy reservando. Es una metodología nueva.

—Lo hemos hecho ocho veces seguidas, Gary.

—Cuando los hombres vomitan juntos, se sienten unidos en cuerpo y en espíritu. Las mujeres no tienen esa suerte.

—Odio ver destruida una buena tradición —dijo Buddy.

Al cabo de poco se terminó la ceremonia. Yo sentía la cabeza cargada; empezaba a costarme respirar. Bing Jackmin hizo el saque inicial. El contrario aguantó una incursión durante las tres posesiones iniciales, unas ocho jugadas, antes de perder la posesión en un balón suelto. Cuando salí al campo, me sentía increíblemente pesado. Mi cabeza estaba hecha de piedra azteca. Miré cómo mis pies subían y bajaban lentamente sobre aquella hierba prodigiosa. Mis compañeros ya habían llegado y me estaban esperando. Garland Hobbs se erguía sobre el pelotón, por encima de las cabezas gachas, esperando a que yo llegara. Seguí cruzando el césped, estirando los brazos agarrotados, mirando cómo los cordones largos y blancos batían suavemente sobre mis botas negras. Llegué al pelotón. Me di cuenta de que no quería estar con toda aquella gente. Todos me estaban mirando a través de sus barrotes. Hobbs ordenó una jugada de pase. Nos separamos y nos desplegamos. Alguien vino a por mí, un individuo enorme vestido de color plateado y azul. Me desplomé a sus pies y le agarré una bota. Me puse a desatarle el cordón. Él me apartó de una patada y fue detrás de Hobbs. Me levanté y me marché del campo. Tenía demasiada hambre.

Al día siguiente, Terry Madden y yo estábamos jugando al *gin rummy* en el salón. Link Brownlee acercó una silla y se sentó con nosotros.

—¿Os habéis enterado? —nos dijo.

—¿De qué? —dije yo.

—Taft Robinson. ¿Lo habéis visto? ¿No os habéis enterado?

—No, ¿qué ha pasado?

—Que se ha afeitado la cabeza. Ahora es calvo.

—¿Cómo de calvo? —preguntó Terry.

—Completa y absolutamente calvo. Se ha afeitado la cabeza. Debió de hacerlo anoche.

—¿Qué crees que quiere decir? —dijo Terry.

—Pues no lo sé —dije yo—. No sé qué quiere decir. ¿Cómo voy a saber qué quiere decir?

—Algo quiere decir —dijo él.

—Con lo sencillas que eran antes las cosas.

Wally Pippich estaba sentado detrás de su mesa, con una lámpara de bronceado frente a la cara y los ojos cubiertos con una tira de papel de aluminio. El olor de los mochos sumergidos en agua sucia había penetrado en su despacho.

—Gary, te he hecho venir para que me informes de lo que ya se conoce como tu «incidente de abandonar el partido». Yo estaba en el sur del estado, ocupándome de los preparativos de un rodeo femenino, de manera que tengo que basarme en los testimonios presenciales. Por lo que me han contado, textualmente, te marchaste del campo nada más salir tu equipo de la refriega para hacer la primera jugada. Todo el mundo pensó que te habías lesionado.

—Tenía hambre —dije.

—Ésa es tu versión, según tengo entendido. La versión que le contaste a Oscar Veech. Eso es lo que tú alegas. Retortijones de hambre.

—Fui completamente incapaz de quedarme. Me moría de ganas de comer algo. Los retortijones de hambre se pueden considerar una forma de lesión. Tuve que marcharme a buscar algo de comer.

Me gustaba la idea de hablar con alguien que no podía verme. Me dediqué a mirarle la boca mientras él hablaba. Era extremadamente activa, casi un dibujo animado, una verdadera guía visual del proceso de emitir sonidos. Parecía que aquella boca inventara las palabras además de decir las; hasta parecía que lo hubieran criado entre lectores de labios. Wally tenía la lengua inflada y azulada. Su mano derecha, que le colgaba entre los muslos, acompañaba sus palabras con movimientos vagamente masturbatorios.

—El partido acababa de empezar —dijo—. Oscar Veech dice que te vio caer al suelo y agarrarle el pie a alguien. Pensó que estabas enfermo o sufriendo alguna clase de ataque.

—Tenía hambre. De verdad, no hay más.

—Gary, te voy a ser franco. No me creo ni una palabra de lo que dices. Nadie se marcha de un acontecimiento deportivo interuniversitario movido únicamente por el apetito.

—Pues ¿por qué, Wally? ¿Por qué, si no? ¿Por qué me iba a largar de esa manera?

—Una cosa sí que sé, Gary. Que me has picado mi curiosidad innata. Esta clase de situación es justamente a lo que yo me dedico. Forma parte del sueño mismo de la publicidad y las relaciones públicas. Quiero llevar esta situación. Me gustaría ver qué puedo hacer con ella. La estrella temperamental. El ataque de psicosis. La pérdida de memoria. Dame algo con qué trabajar. Armaré una historia de interés humano, en un abrir y cerrar de ojos, sin pulir para nada, y se lo mandaré a las agencias de noticias para que la publiquen de inmediato. La temporada se ha acabado. Tenemos que ponernos a ello ya.

—¿Qué me van a hacer? —le dije.

—No te pueden suspender porque ya no quedan partidos. Y no sé qué piensa Emmett porque no se encuentra bien. Lo tienen aislado en su habitación. Supongo que van a tener que esperar a ver qué pasa con Emmett.

—Ganamos el partido —dije—. Yo sabía que no iba a haber ningún problema. Si hubiera creído que podíamos tener problemas para ganar no me habría marchado.

—Gary, te he dicho todo lo que sé. Yo pondré el cuello en la picota por ti, si la situación exige poner cuellos en picotas. A cambio te pido solamente una cosa. Cuéntame lo que pasó. Cuéntame por qué te fuiste del campo.

—Tenía que hacer pipí.

—Pipificación.

—Eso mismo.

—Gary, a mí me gusta el estilo. Me gusta el atractivo extraño. Me gusta cualquier clase de carisma. Cuando trabajaba de coordinador de acceso para la compañía telefónica, monté en mi tiempo libre un espectáculo especializado. Dos tragasables en una cama elástica. A la gente hay que deslumbrarla. No hay que dejarla que respire. Gary, yo te voy a defender a muerte. La temporada que viene vamos a ser grandes. El cuadro ofensivo T y G. Me encanta cómo suena. Mola más que cagar.

—Wally, ¿no te vas a hacer daño en los ojos tapándotelos solamente con ese papel de aluminio?

—Este papel está templado al horno —dijo.

Di un paseo largo por el campus. El viento barría los llanos, a rachas, llenándolo todo de polvo gris, los edificios, los árboles, los bancos, de tal forma que al cabo de un rato también nosotros parecimos desnudos, el campus y su gente, igual de descarnados que la tierra que nos rodeaba, con la mano del viento alcanzándolo todo. Volví andando al Staley Hall. Me pasé una hora o más sin hacer nada, en mi cuarto. Luego me fui a visitar a Billy Mast. Me lo encontré sentado en su cama, cosiéndole un botón a un vestido azul. Conmigo entró Ted Joost. Él y yo estuvimos hablando del curso sobre lo increíble que hacía Billy. Éste se limitó a escucharnos. Al cabo de unos minutos entraron Chester Randall y Jeff Elliott. Chester llevaba un albornoz viejo y zapatillas de baloncesto.

—No está pasando nada —dijo—. Llevo toda la tarde paseando por la residencia. Intentando averiguar qué podría estar pasando. Pero se ha acabado la temporada. No está pasando nada.

—Yo he intentado entrar a visitar al entrenador —dijo Jeff—. Pero todavía no puede ver a nadie.

—¿De quién es ese vestido? —preguntó Chester.

Entró Chuck Deering. Hizo un paso de baile y fue a sentarse en la repisa de la ventana.

—¿De quién es ese vestido? —preguntó—. ¿Es de Alia Joy Burney? Déjame meter la cabeza en él. Quiero enterrar la cabeza en ese material erótico.

—Podemos turnarnos —dijo Chester—. No hay razón para no hacerlo, ahora que

se ha acabado la temporada. No va a pasar nada hasta los entrenamientos de la primavera.

—Yo me gradúo —dijo Deering—. Hablando de que no pasa nada, graduarse es la nada más grande que hay. Es la nada suprema. Me gradúo en primavera.

—Se acabó el fútbol americano —dijo Mast.

—Habré acabado la universidad. Me gradúo. Habré acabado del todo.

—Se acabó el fútbol americano. Se acabó el pegar. Se acabaron el sudor y el dolor. Se acabó el miedo.

—No me lo puedo creer.

—Se acabó el que te griten y te insulten esos entrenadores dementes. Se acabó el correr en pleno calor. Se acabaron las dos vueltas a los postes de la meta. Se acabó el que te den patadas y codazos y te escupan.

—Es espantoso. No lo puedo aceptar. Es una mierda.

—Que te escupan literalmente —dijo Billy—. Se acabó. Del todo. Para siempre. Ya no te volverá a pasar en lo que te quede de vida.

—Necesito el vestido. Dame el vestido. Tengo que meter la cabeza debajo de ese vestido.

Entraron Bobby Iselin y Bobby Hopper. Iselin seguía cojeando por su lesión del partido contra el Centrex.

—¿Os habéis enterado? —dijo Hopper—. La señora de Tom ha tenido un accidente de aviación. Estaba yendo en avioneta a una conferencia. Y se ha salido de la pista. Se encuentra en estado crítico.

—Cuéntanos los detalles —dijo Jeff.

—Los detalles son éstos. Casi me mojo los pantalones cuando me entero.

—A ver si lo he entendido. Estado crítico. Se ha salido de la pista. En avioneta.

—Estaba yendo a una conferencia.

—Mira ese vestido —dijo Bobby Iselin—. ¿De quién es? Apuesto a que es de Alia Joy Burney.

—No me deja meter la cabeza debajo —protestó Deering.

—Es el único ejercicio al que podemos aspirar —dijo Chester—. Llevo toda la tarde paseando por la residencia. Con una sola idea en la mente. Entrenamientos de primavera. Pegar y que nos peguen. Eliminar el exceso de peso sudando. Sudando de verdad. Qué bieeen. Pegar. Tirarnos encima de otros. Ser pegados.

—Menos Deering —dijo Jeff.

—Menos yo. Yo ya he acabado para siempre. Me gradúo. Me voy para siempre. La nada suprema. Mi única esperanza es que Billy me dé cierta libertad de acción con ese puñetero vestido.

Entró George Dole.

—Tienen al entrenador encerrado a cal y canto —dijo—. Lo tienen aislado por alguna razón.

—¿Te has enterado de lo del accidente de avioneta? —dijo Jeff—. Se encuentra

en estado crítico. Se ha salido de la pista. Estaba yendo en avioneta a una conferencia. Bobby conoce los detalles.

—¿Quién se encuentra en estado crítico?

—La señora de Tom —dijo Hopper—. Se ha salido de la pista. Se encuentra en estado crítico. En adelante prefiero que me llaméis Bob. El año que viene haré el último curso. Ya me he hartado de ser Bobby.

—Pues es una putada. No, no me había enterado. No sabía ni una palabra. Ahora me entero.

Entró Howard Lowry, el compañero de habitación de Billy, se sentó sobre la mesa y se dirigió a Billy.

—La gente no para de sacar el tema del curso ese que estás haciendo. El curso de lo indecible. No paro de oír cosas de ese curso. Nadie habla de él pero yo no paro de oír cosas.

—Igual que yo —dijo Ted Joost.

—No hay gran cosa que decir —dijo Billy.

—Puedes contarnos qué es lo que hacéis.

—Ahondamos en lo indecible.

—¿Cuánto ahondáis? —preguntó Bobby Iselin.

—Cuesta de saber. No creo que nadie sepa cómo de hondo es lo indecible. Hemos ahondado hasta cierto punto. Y tenemos planeado ahondar más. Es lo único que te puedo decir.

—Pero ¿de qué habláis? —dijo Howard—. Sois diez en la clase y tenéis a un instructor o profesor. Os debéis de decir cosas los unos a los otros.

—Nos gritamos mucho en alemán. Hay distintos ejercicios de idiomas y nos turnamos para hacerlos. La semana que viene es posible que salgamos de excursión. Pero no sé adónde.

—Pero si tú no sabes alemán. Me consta que no, joder. Soy tu puñetero compañero de habitación. Sé cosas de ti.

—Por desgracia he aprendido unas cuantas palabras. Supongo que es uno de los peligros que presenta un curso como éste. Que aprendes cosas que te convendría no saber. Es un curso bastante experimental. Lo imparte un tipo que tal vez haya pasado tres años y medio en uno de los campos nazis pero tal vez no. Él no cree que vaya a haber examen final.

—¿Y por qué hacéis cosas en alemán? —preguntó Ted Joost.

—Creo que la teoría es que si existen palabras más allá del habla, lo más seguro es que sean palabras alemanas, o al menos se les parezcan bastante.

—¿Qué le digo yo a la gente que no para de sacar el tema de lo indecible? —dijo Howard.

—Es un curso de tres créditos. Es un curso muy duro, da igual lo listo que seas. Y al parecer hay excursiones. No sé de qué otra manera se las puede llamar.

—Mira cómo trabaja en ese vestido —dijo Deering—. Por lo menos déjame

lamer el botón antes de que lo termines de coser. Es lo único que te pido. Si no me dejas meter la cabeza por debajo del vestido, por lo menos déjame lamer el botón.

—De verdad que no tenía ni idea de lo del accidente de avioneta —dijo George—. Se ha salido de la pista. ¿Es eso lo que ha pasado?

—Han tenido que llevarla al hospital a toda velocidad —dijo Hopper.

—¿Ha recuperado el conocimiento?

—No sé si lo ha llegado a perder. Solamente sé que han tenido que llevarla al hospital a toda velocidad. Se encuentra en estado crítico.

Entraron Tim Flanders y John Butler. Butler llevaba una bolsa de ropa para lavar y tres pares de zapatillas deportivas.

—¿Os habéis enterado del accidente de avioneta? —preguntó George.

—Nos acabamos de enterar —contestó Butler.

—Estaba yendo en avioneta a una conferencia. Se ha salido de la pista. Se encuentra en estado crítico.

—Se ha salido de la pista. Es lo que nos han dicho.

—Han tenido que llevarla al hospital a toda velocidad.

—Me pregunto si estaría lloviendo —dijo Flanders—. Normalmente, cuando se salen de la pista, es por el mal tiempo.

—Sobre eso todavía no tenemos información —dijo Hopper—. Tampoco sabemos si perdió el conocimiento ni si lo ha recuperado. Casi me mojo los pantalones al enterarme.

—Muchas veces se mueren sin llegar a recuperar el conocimiento —dijo Chester.

—Me pregunto si las quemaduras la han desfigurado por completo —dijo Flanders—. Suele pasar en esa clase de accidentes.

Apareció John Jessup en la puerta.

—¿Qué clase de noticias nos traes? —preguntó Jeff.

—Noticias de mierda.

—¿Nos puedes dar detalles?

—Los detalles los sabe Chudko. Él es quien tiene todos los datos. Yo solamente sé que son noticias de mierda. Quien quiera detalles, que busque a Chudko.

—¿De quién es ese vestido? —dijo Butler—. Debe de ser de Alia Joy Burney. Eh, aparta de ahí, Bobby. Tienes sitio de sobras.

—Yo me he pedido el vestido primero —dijo Deering—. Hay cola para el vestido. Yo meto la cabeza debajo primero.

—No entiendo cómo la gente puede mascar un solo chicle —dijo George Dole—. Yo mastico los cinco del paquete juntos.

Billy Mast volvió a enhebrar la aguja, de forma un poco teatral. Entraron Spurgeon Cole, Jerry Fallon y Dickie Kidd. Fuera estaba oscureciendo. Oí que el viento recorría frenéticamente el edificio, doblando las esquinas y haciendo un ruido tan salvaje que parecía que iba a desmontar las piedras. Por alguna razón, John Butler y Bobby Hopper empezaron a pelearse. Se arrearon varios puñetazos bien dados.

Luego entró Randy King, bamboleándose sobre un par de muletas. Llevaba puesta su camiseta del equipo con el número 51.

A oscuras, escuché cómo Bloomberg se dedicaba a dar golpecitos en la pared contigua a su cama. Me giré hacia el otro lado, hacia mi pared, y traté de quedarme dormido. Repasé mentalmente el día entero. Repasé mentalmente la semana que acababa de terminar. Intenté recordar el significado exacto de cierta expresión: bombardeo de reconocimiento de intervalo. Nada me ayudó. Seguí completamente despierto. A dos metros y pico de distancia, los golpecitos continuaron, el clic-clic suave y continuo de las uñas, de las cucharillas penitenciarias. Al cabo de un rato pasó a los nudillos.

—Anatole.

—¿Qué pasa?

—No estamos en la isla del Diablo. Si quieres comunicarte con los de al lado, puedes salir tranquilamente y visitarlos.

—¿Qué quieres decir?

—Estabas dando golpecitos.

—¿Estaba dando golpecitos? ¿En la pared? Lo siento, Gary. No era consciente.

—No pasa nada.

—¿No te estaba dejando dormir? Lo siento mucho. No era consciente de estar haciéndolo.

—No pasa nada, Anatole. En serio. Simplemente se me ha ocurrido mencionártelo. De hecho, si quieres seguir dando golpecitos, si te ayuda a dormirte o aunque sea a reducir la tensión, adelante. No me molesta demasiado.

—¿Con qué estaba dando los golpecitos? —dijo él.

—Con la mano.

—¿Con qué parte?

—Creo que uñas primero y nudillos después.

—Eso invierte la tendencia —dijo él—. De niño daba golpecitos todo el tiempo. Pero siempre empezaba con los nudillos. Esto invierte la tendencia.

Aunque estaba demasiado oscuro para ver nada, me di la vuelta a fin de mirarlo mientras hablaba.

—¿Y por qué dabas golpecitos de niño, Anatole?

—Los niños hacen esas cosas. Lo exploran todo en busca de magia. Siempre tienes la esperanza de que alguien te conteste.

—¿Y alguien te contestó alguna vez?

—Al otro lado de la pared había un almacén. Nadie me contestó nunca. Pero una noche, mientras me estaba metiendo en la cama, oí un ruido que venía de la pared. Y me puse a dar golpecitos. Me pasé por lo menos media hora dando golpecitos. Intenté improvisar códigos. Intenté transmitir urgencia usando las dos manos para golpear. Pero no hubo respuesta. Lo más seguro es que fuera una rata.

—¿Y tú crees que aquello tuvo algún efecto en ti?

—No tuvo ningún efecto. ¿Qué clase de efecto iba a tener? Tuvo un efecto ridículo. Que estuve dando golpecitos para las ratas. Ése fue el único efecto.

—Pero ¿por qué crees que golpeabas con tanta urgencia?

—Quería estar seguro de que el ruido sabía que yo estaba allí. Yo no sabía qué clase de audición poseía el ruido. Se me ocurrió la posibilidad de que el ruido poseyera un aparato auditivo muy primitivo. Quería dejarle bien claro que había alguien al otro lado de la pared. Puede que el ruido no fuera nada. Me pareció que no era momento para ser sutil. Quería estar seguro de que el ruido me oía.

—Y hace unos minutos, ¿por qué estabas dando golpecitos? —le dije—. ¿Habías oído un ruido?

—No era consciente de estar dando golpecitos. Me tengo que fiar de tu palabra. Supongo que ha sido una especie de regresión de la memoria locomotriz. Como sabes, también me meo en la cama.

—Pero ya no tanto como antes.

—La misma cantidad pero no tan a menudo —dijo él—. La mejora, obviamente, obedece a mis esfuerzos recientes por forjar una conciencia nueva.

—Ya —le dije—. Una cosa en plan hombre nuevo. El hombre nuevo. El hombre superracional y no ético. Esa clase de cosa, ¿no?

—Viene a ser eso, sí, Gary.

—Cada día te expresas con más precisión. Me he estado fijando.

—Intento hablar con frases completas por lo menos un noventa y cinco por ciento del tiempo. Sujeto, predicado y objeto. Es una vía de escape del pasado apesadoso e indisciplinado, con todas sus costumbres ridículas y su locura: los siglos enteros de ansiedad y culpa centroeuropea. Quiero pensar con claridad. Me entreno para eso con todas y cada una de las fibras de mi cuerpo.

—Anatole, perdóname, pero me parece un poco simplista. Eso de que si hablas claro, pensarás con claridad.

—Las dos cosas están relacionadas. Créeme.

—¿Dónde creciste? —le dije—. Siempre he sido reacio a preguntártelo.

—No me gusta hablar del tema. Ya no tiene ninguna relevancia. Es un simple lastre. Y me pienso deshacer de él. Ahora duérmete, Gary, y trata de no roncar.

—¿Tienes planeado acabar cambiándote de nombre?

—No me hace falta. Ya he alcanzado el punto en que mi nombre no tiene más connotación para mí de la que tiene la designación EK-17. No siento la necesidad de estar a la altura de mi nombre, de defenderlo, de que me guste ni de deletrearlo. Antes consideraba a Anatole Bloomberg la esencia de la condición judía europea. Pensaba que tenía que estar a la altura de mi nombre. Pensaba que tenía que convertirme en Anatole Bloomberg, importador-exportador de Róterdam de nariz ganchuda y pies planos, o bien mercader de diamantes de Amberes con solideo, o bien académico talmúdico jorobado con chaqueta negra de lana y zapatos sin cordones. Y éstas no son más que tres de las proyecciones autobiográficas con las que me las tuve que ver. Era

mi nombre el que me causaba todos los problemas, la naturaleza europea de mi nombre. Su europeidad. Y también había otra cosa: hay nombres que tienen olor. Y a mí no me gustaba cómo olía el mío. Olía a pasillo de casa de vecinos superpoblada por búlgaros. Pero todo eso ya se acabó. Por fin soy libre. Soy EK-17.

—Es un nombre fabuloso. Me refiero al original. Me alegro de que lo conserves.

—Es un medio de identificación. Carece de significado más allá de eso.

—Buenas noches, Anatole.

—Cuando llegué aquí el año pasado —me dijo—, todavía estaba sumido en la confusión y el pánico interior. Pero el estar tan lejos de todo me vino bien. El desierto era un lugar ideal para iniciar el proceso de quitarme de judío. En el desierto me dedicaba a hablar en voz alta conmigo mismo, iba corrigiendo mi gramática, me deshacía de la vieja jerga y de las viejas cadencias del habla. Caminaba en línea recta. Intentaba alinearme en paralelo con el horizonte y luego caminar en una línea perfectamente recta. Intenté volverme una persona decidida y firme, concentrar mi mente en un único pensamiento o problema hasta resolverlo. Hacía mucho calor y me sentía solo. Llevaba mucha ropa para impedir que el sol me quemara y me despellejara. A veces leía en voz alta un libro para enseñar a leer a los niños. Quería empezar desde cero con frases enunciativas simples. Sujeto, predicado y objeto. Dick abrió la puerta. Jane dio de comer al perro. Aquello me ayudó muchísimo. Empecé a pensar con más claridad, a concentrarme, a dejar atrás las viejas palabras, aromas y culpas. Luego me avisaron de que tenía una llamada telefónica. Un lunático había matado a tiros a mi madre. Todo volvió a mí: quién era yo, qué era y por dónde el pasado se cruzaba con el presente y saltaba de un ser a otro. Otra víctima inocente. No viajé a casa para observar su cuerpecillo muerto. Habría sido un regreso excesivo del pasado. Estaba seguro de que jamás podría recuperarme del dolor y del judaísmo incalificables de su funeral. De manera que no fui. Lo que hice fue irme al desierto con un pincel y una lata de pintura negra. Entre todas las piedras encontré una sola piedra redonda. La pinté de negro. Es el indicador de la tumba de mi madre.

Primero llovió y después nevó. Me pasaba las tardes borrosas escribiendo cartas, preguntas embrionarias sobre la naturaleza del silencio y del tiempo, más bien notas, lacónicas y esperanzadas, listas para ser metidas en botellas. A continuación me dediqué a mandárselas a amigos y antiguos profesores, a gente de mi pueblo, a jovencitas dueñas de sí mismas que estudiaban en universidades prósperas. Ya no había pícnicos con Myna. Las jornadas parecían todavía más largas que los días incandescentes del verano. La señora de Tom murió por fin después de pasar varias semanas en coma.

Di un paseo por la residencia y me dejé caer por el cuarto de Taft. Lo encontré sentado en su cama, con las piernas dobladas y la espalda muy recta, leyendo un libro gris y enorme. Me senté junto a su mesa. Al otro lado de la ventana estaba aquel otro mundo, ininterrumpido, lleno de nieve revuelta por el viento, una nieve que hacía remolinos, se concentraba en el seno del día blanco y sin luz y caía hacia el cielo. La manta era gris. Las paredes estaban desnudas salvo por un par de dedos de cinta adhesiva transparente que ahora se ondulaba sobre sí misma, manchada de huellas de pulgares, ya solamente pegada por una esquina. Una pequeña huella de color claro en la pared indicaba (a cualquiera que estuviera interesado) el lugar exacto en el que la cinta adhesiva había estado posicionada originalmente, qué ángulo había formado con el techo, qué ángulo aproximado había formado con la intersección de aquella pared con todas las paredes adyacentes y qué ángulo había formado con todas las demás líneas fijas de la sala. La desnudez completa y absoluta de las paredes (las que no tenían cinta adhesiva) hacía que aquel trozo medio despegado pareciera algo histórico. Aquella habitación no existía un año atrás. Tanto la habitación como el edificio eran nuevos. La cinta tenía (con toda probabilidad) la misma antigüedad que la habitación en sí, a juzgar por su color deslucido y su aspecto marchito en general. La cinta adhesiva (aplicada), por consiguiente, tenía la misma antigüedad que el ocupante de la habitación en términos de antigüedad de la habitación o del factor de ocupación por tiempo transcurrido. La cinta adhesiva y el hombre tenían una relación especial. (Igual que la habitación y el hombre y la cinta adhesiva y la habitación). Eran coetáneos, en la cronología de la habitación, y existían como suma de una serie de ángulos variables. Bostecé y me froté los ojos, aburrido de mí mismo. Llevaba desatados los cordones de ambos zapatos. Taft siguió leyendo, con la cabeza un poco gacha. Yo estudié la topografía de su cráneo, en busca de cordilleras y ríos, en busca de señales de civilizaciones antiguas bajo la arena blanca como la sal. Sin pelo, pensé, todavía correrás más deprisa. La visión de un portador de antorcha negro bajo el amanecer alto de un país montañoso. (Spurgeon Cole estaba entre los postes de la meta, replicándolos, con los brazos levantados en forma de travesaño y postes y los puños cerrados. El público seguía en pie, estirando el cuello, gritando a pleno pulmón, dirigiéndose a su propio ruido. Esto era, por tanto, la leyenda, la belleza, el

misterio de la velocidad negra. Unos veinte mil espectadores, entusiasmados de verlo por fin, de participar en la ceremonia de la velocidad, en el rezo estadístico, en aquel esfuerzo humano que dejaba un rastro de huellas parpadeantes. Su privilegio consistía en presenciar lo que estaba pasando en tiempo real, sin ayuda de la electrónica, en aquel recóndito punto cardinal de América, todos de pie ahora, los jóvenes con semblante de campamento de entrenamiento de reclutas, las chicas de pelo claro y brazos pecosos, los hombres con barrigas de *sheriff*, las mujeres de mediana edad con gafas y el cuello largo —aves no comestibles, siniestras y astutas—, los viejos con un hombro más alto que el otro, con sombreros de fieltro mellados y dientes manchados. No era solamente la carrera lo que los había hecho ponerse de pie; era la idea misma de la carrera, su naturaleza histórica. La velocidad de Taft tenía una vida y una historia propias, independientes de él. Asombrarse de su pasado. Entender la velocidad, el hecho de que les resultaba desconocida y también incognoscible. Anchura de caderas. Longitud de piernas. Tendón y tibia. Hiperextensibilidad. Y no solamente eso: brujería extraída de pozos con cubos negros. Había muchos factores que no se podían medir con simples centímetros. Era extraño que se pudiera destilar aquella velocidad diabólica a partir de la miseria de unas tierras vetustas. Pero por lo menos ahora la habían visto. Los halcones en su cielo solitario. Había sido una imagen capaz de satisfacer la codicia de todas las almas deportivas. Tal vez lo habían amado en aquellos escasos segundos de crudeza. Lo habían amado realmente en el arte oscuro de su velocidad. Aquél fue todo el alcance del momento: el difícil amor de aquellas gentes por la magia). Taft llevaba camisa blanca y pantalones grises. Sus calcetines eran negros. Me pregunté si acaso habría planeado poner un póster en la pared y luego habría cambiado de opinión y lo habría arrancado todo menos un trozo de cinta adhesiva. ¿Qué clase de póster?, pensé. ¿De qué o de quién? Pero eso habría revelado algo. Yo sabía que era por eso por lo que no lo había colgado. Y ahora envolvía su presencia en sombras neutrales. (Un sombrero color crema cubría las paredes y el techo). En su austeridad, Taft se fundía con la habitación carente de sombras, leyendo su crónica gris, soñando con datos. En todas partes era posible percibir variedades del silencio, pequeñas pausas en las esquinas, planos rectangulares de quietud, los interiores de las mesas y los armarios (donde el polvo deformaba los zapatos), los espacios entre las cosas, el silencio interminable de las superficies, el tiempo tragado por unos relojes metódicamente silenciosos, el susurro del aire y la mudez de los seres conscientes, todos aquellos códigos rotos contenidos en la calma circundante, en la enormidad del otro lado de la ventana, en el resplandor del sol, un choque de metales que no hacía más ruido que el calor sobre la carne. La nieve había dejado de caer. Me levanté y me volví a mi cuarto.

Jim Deering trajo un balón a la plaza de armas y nos pasamos varias horas allí jugando al fútbol americano sobre la nieve recién caída. Todo empezó como un simple partido de toques, con cinco jugadores por equipo, sin más contacto que los bloqueos suaves y tocar al que llevaba el balón. La nieve nos llegaba a los tobillos. Dejamos que los hombres corpulentos hicieran todos los lanzamientos. Algunos nos saltamos clases para poder seguir jugando. Al principio hacía mucho frío pero al cabo de un rato ya no lo notamos tanto. A nadie le importaba cuántos pases acabaran en el suelo o estuvieran mal lanzados, ni lo despacio que corriéramos, ni si nos caíamos al intentar atajar o pararnos en seco. La idea era seguir jugando, seguir moviéndonos, poner la cosa en marcha otra vez. Algunos alumnos y profesores que iban o venían de las clases se detenían para mirarnos unos minutos y luego se marchaban. Entraron dos jugadores más en el partido, con lo cual ya éramos seis por bando. Dejaron sus libros encima del montón de gruesos abrigos que había en la nieve. La mayoría llevábamos zapatos normales y nada más grueso que un jersey. George Dole, en su primera oportunidad de jugar de quarterback, llevaba una camisa de vaquero de cuadros muy remangada. Nadie llevaba guantes porque John Jessup había dicho que los guantes estaban prohibidos. Al cabo de una hora de juego se levantó viento. El viento nos arrojaba nieve fina contra la cara y hacía que nos costara bastante seguir con la vista el vuelo del balón. Entre jugada y jugada yo me cruzaba de brazos para meterme las manos en los sobacos y darles calor. Ahora bloqueábamos con un poco más de aplomo, en parte para mantenernos calientes, para movernos más y también para compensar el viento y las malas condiciones de juego; pegar más fuerte nos ayudaba a olvidar la punzada de la nieve fría que nos azotaba la cara. Cada equipo disponía de un solo jugador atrasado para hacer todos los lanzamientos y las carreras; había tres linieros bloqueando y dos receptores. La mayor parte del tiempo la defensa era un 3-3. Cada vez costaba más completar un pase o cambiar de trayectoria en plena carrera. Me di cuenta de que a Buddy Shock le sangraba la nariz. Se puso a nevar, al principio poco, después más, y al cabo de un rato ya no se veía nada más allá de la plaza de armas. Resultaba encantador verse encajonado de aquella manera, en un sitio donde todo era blanco salvo la ropa que llevábamos y el montón de abrigos y de libros que teníamos cerca, sobre la nieve. Formábamos parte del clima, estábamos en su mismo seno, aislados de los objetos que había en la tierra, de los objetos de la tierra y de la perspectiva misma. Ya no había espectadores; estábamos completamente solos. Yo estaba empezando a disfrutar de resbalarme y caerme. Ni siquiera intentaba recuperar el equilibrio cuando notaba que estaba resbalando. Decidimos dejar ciertos reflejos embotados; parecía adecuado dejar que fueran las condiciones las que determinaran cómo se comportaban nuestros cuerpos. Estábamos a la deriva en aquel momento y aquel lugar y lo que yo estaba experimentando, hablando solamente en mi nombre, fue una variedad del éxtasis ambiental. Jessup

proscribió el acto de meterse las manos en los sobacos entre jugada y jugada. Yo le vi mérito a aquella norma; hasta la calidez más insignificante ponía en peligro nuestra inmersión en los elementos. Luego proscribió las piñas y construir las jugadas de la forma habitual. Cada jugada, decretó, la anunciaría en voz alta el equipo que tuviera el balón. No habría sorpresa posible, ni tampoco engaños de ninguna clase; la defensa sabría exactamente lo que se avecinaba. Nuevamente me resultó fácil mostrarme de acuerdo. Nos estábamos poniendo extremadamente básicos, trasladándonos a reinos elementales, buscando la armonía con el clima y la Tierra. Ahora nevaba mucho y la visibilidad se había reducido a unos quince metros. De pronto aparecieron junto a los abrigos Tim Flanders y Larry Nix. Alguien les había contado lo del partido y habían venido con la esperanza de jugar. Con ellos ya teníamos siete jugadores por equipo, cuatro bloqueadores, una línea desequilibrada, defensa de 4-3. Ahora yo jugaba de central, muy encorvado, con el cuerpo todo retorcido y a punto de desmoronarse, las manos colocadas sobre el balón frío y mojado y la vista sobre el enorme George Dole, que esperaba el saque a cuatro yardas por detrás de mí y cabeza abajo, dictando la jugada y el número, con la cara de un niño navajo grotescamente grande, de color rojo barro apagado, con los pies perdidos en la nieve, sorbiéndose los mocos mientras voceaba la cadencia, con el pelo blanco bajo el viento cortante, abominable y acechante. Los bloqueos se volvieron más briosos, y como no llevábamos protecciones fue inevitable que los ánimos se encendieran. Randall y Nix se embistieron unas cuantas veces, aunque no hubo puñetazos por el frío tremendo que hacía. Luego Jessup prohibió las jugadas de pase. La cosa se volvió estrictamente juego de tierra. Al cabo de un par de jugadas se decidió, por consenso unánime, sustituir los toques por placajes. Como es natural, el nivel de golpeo aumentó. Alguien me desgarró el jersey y me dejó enterrado en nieve. Me levanté y me reincorporé. Tras prohibir los pases, el juego cambió por completo. Su alcance se redujo a un área muy pequeña y disminuyó el grado de especialización. No había ni receptores ni defensores que dispersaran la acción. Todos bloqueábamos y todos atajábamos. El que llevaba el balón era el único que podía intentar usar la evasión y la astucia para evitar el impacto primario. Después de un doble pase cruzado ejecutado con torpeza, me quedé solo mirando cómo Ron Steeples, que estaba en el límite mismo de mi campo visual, giraba en redondo levantando un remolino enorme de nieve y trataba de darle un puñetazo a Jim Deering, que estaba de espaldas. Steeples perdió el equilibrio al asestar el puñetazo; el golpe ni siquiera se acercó a su objetivo, pero él se cayó. Deering, sin ser consciente de nada de todo esto, se fue trotando a su lado de la línea. Steeples se levantó y caminó lentamente hacia la defensa, secándose las manos en los pantalones mojados y tirantes. Llegado aquel punto, Jessup prohibió toda clase de pases cruzados. El balón solamente lo podía llevar un hombre y nada más que uno. Incluso los falsos pases cruzados quedaron prohibidos. Ningún atacante podía pasar por delante ni por detrás del que llevaba el balón mientras éste permaneciera por detrás de la línea de mitad de campo. Jessup

gritó aquellas reglas al viento. Le pregunté por los pases laterales. Absolutamente prohibidos, dijo Jessup. Yo tenía las manos entumecidas. Me las miré. Estaban de color morado. La nieve que tenía en las pestañas lo desdibujaba todo. Acortaba la profundidad de visión. Los zapatos me lastraban. Seguimos jugando, seguimos golpeando y nos reconfortó el ruido y el fragor de nuestros cuerpos en contacto, la simple calidez física generada por la acción violenta, por la visión de los demás con la ropa rota, llenos de moretones y arañazos, por el salvajismo de los catorce, entumecidos, morados, tosiendo, con las cabezas blancas y solemnes bajo aquella nevada curativa. Jessup prohibió sortear a la línea defensiva. La cosa se convirtió en un juego puramente de frente, de placaje contra placaje. Luchamos con las manos y nos embestimos. Los linieros salían disparados y el que llevaba el balón se limitaba a agachar la cabeza y embestir aquella masa tensa y rítmica. Los bloqueos no se terminaban necesariamente cuando el que llevaba el balón caía. Las batallas privadas continuaban hasta que alguien cedía terreno o bien quedaba sepultado en la nieve. Aquellas contiendas individuales estallaban en cada jugada, con todos los jugadores gruñendo y jadeando, intentando no perder pie, intentando desplazar al contrario, derribarlo a golpes, vencer su resistencia. Randall me agarró de los hombros y trató de arrojarme a un lado. Yo me escabullí de sus manos, recibí un codazo por accidente en la nuca y luego le hundí un hombro en el vientre y seguí avanzando, seguí adelante, obligándolo a ceder terreno; pero él se tensó, se endureció de forma considerable, demasiado fuerte para mí, y contraatacó con un bofetón en la oreja izquierda que me hizo dar media vuelta, y por fin me embistió con todo, cabeza, hombros y manos, hasta enterrarme. A continuación me desenterró y me dio una palmada en el trasero. En la siguiente jugada hice un bloqueo cruzado y me puse a perseguir a Deering, que era más de mi tamaño, atajándolo con un par de golpes de hombro en el pecho, pero fui arrollado por detrás y caí junto con tres o cuatro jugadores. Ahora el frío era doloroso; dolía más que los bloqueos y los placajes. Me levanté con un solo zapato. Vi el otro a unos metros de distancia. Fui a recogerlo. Me pareció que era un animal muerto. Me lo calcé a la fuerza. Los cordones estaban rígidos y yo tenía las manos demasiado heladas para hacer un nudo. Levanté la vista. Oscar Veech estaba plantado delante de mí, con una chaqueta de esquí acolchada y un par de gafas protectoras para la nieve.

—El entrenador quiere verte —me dijo.

Todo el mundo se había parado a mirar. Fui en busca de mi abrigo. Me lo puse por encima de la cabeza y seguí a Veech en dirección a la penumbra y el silencio. Fuimos al Staley Hall. Veech no dijo palabra. Bajamos las escaleras y él se limitó a señalar con la cabeza la puerta cerrada que había al final de la sala de isométricos. Yo dejé mi abrigo hecho una bola encima de una báscula. Luego me soné la nariz, caminé hasta la puerta y llamé. La habitación era pequeña y apenas tenía muebles, solamente un camastro del ejército, una mesilla plegable y dos sillas también plegables. No había ventanas. En la pared había una página arrancada de un libro, una

lámina en blanco y negro que mostraba a una chica rezando en una celda medieval, con una de las esquinas superiores de la lámina despegada que proyectaba una sombra flácida. Cerca de la puerta, junto a mi hombro, un silbato colgaba de un cordel enrollado en torno a un clavo torcido. Emmett Creed estaba en una silla de ruedas. Tenía las piernas cubiertas por una gruesa manta, gris y blanca, que no eran exactamente los colores de la universidad. Había diez o doce carpetas de hojas sueltas pulcramente amontonadas en el suelo.

—Siéntate, Gary.

—Sí, señor.

—Me cuentan que prácticamente hay tormenta de nieve.

—Estábamos dándole —le dije—. Estábamos jugando. Sin hacer caso del tiempo y dándole.

—Eso me han contado.

—¿Cómo se encuentra, entrenador? Muchos de los muchachos han intentado venir a verlo. Estoy seguro de que agradecerán que les lleve un mensaje.

—Todo avanza tal como se preveía.

—Sí, señor. Muy bien. Estoy seguro de que estarán contentos de saberlo.

—Prácticamente hay tormenta de nieve, me cuentan.

—Está nevando cantidad —le dije—. Cae mucha nieve y sin parar. Ya no debe de haber ni un palmo de visibilidad.

—Tal vez es la clase de tiempo que nos hacía falta contra el Centrex.

—Ninguno de nosotros puede olvidar ese partido, entrenador.

—Aprendimos mucha humildad en aquel campo.

—Fue difícil de aceptar. Habíamos trabajado demasiado como para perder, ya desde el verano, haciendo refriegas en medio de aquel calor. Habíamos trabajado demasiado. Cuesta creer que alguien hubiera trabajado más que nosotros. Nos habíamos sacrificado. Nos habíamos obligado a atravesar una serie de pruebas durísimas. Y luego salir a aquel campo y ser barridos de aquella manera...

—Para ganar hace falta carácter —dijo—. No es una simple cuestión de cuántas millas hagas. Los insultos al cuerpo. La humillación y el miedo. Hace falta dedicación, carácter, orgullo. Y nos falta mucho para desarrollar estas cualidades como equipo.

—Sí, señor.

—Nunca he visto a un buen jugador de fútbol americano que no conozca el valor del sacrificio personal.

—Sí, señor.

—Nunca he visto a un buen jugador de fútbol americano que quiera aprender un idioma extranjero.

—Sí.

—He estado casado tres veces pero Dios nunca me ha dado hijos. Un hijo varón. De manera que tal vez no sé tanto de los jóvenes como creo. Sin embargo, me las he

apañado para obtener buenos resultados a lo largo de los años. He intentado extraer un máximo de esfuerzo de todos los muchachos a quienes he entrenado. O por lo menos el máximo posible. El fútbol americano es un complejo de sistemas. No se parece a ningún otro deporte. Cuando se juega como es debido, es el entrelazamiento de una serie de sistemas. El individuo. El pequeño grupúsculo del que forma parte. La unidad mayor, el grupo de once. La gente hace énfasis en la violencia. Pero ése es el menor de sus componentes. El fútbol americano solamente es brutal visto de lejos. En el centro hay calma, hay tranquilidad. Los jugadores aceptan el dolor. Hay una sensación de orden incluso al final de una jugada de carrera de esas que dejan el campo lleno de cuerpos tirados. Cuando los sistemas se entrelazan, el juego produce una satisfacción que no se puede imitar. Se genera armonía.

—Totalmente cierto —le dije.

—Pero no era mi intención entrar en ese tema. Todo eso ya lo sabes. A un chaval con tu inteligencia no le hace falta que le cuenten de qué trata este deporte.

—Gracias.

—Ningún chaval de los míos ha roto nunca dos veces la misma regla.

—No, señor.

—En todos los años que llevo de entrenador, ningún chaval ha puesto su bienestar personal por encima del bienestar de la unidad compuesta.

—No, señor.

—Nuestra vida interior se está desplomando. Estamos perdiendo el control de las cosas. Nos hace falta más sacrificio, más disciplina. Nuestra vida interior se está resquebrajando. Necesitamos renunciar a todo lo que nos aparte del conocimiento de nosotros mismos. Nos estamos alejando demasiado de nuestros inicios. Nos estamos dispersando demasiado. Necesitamos fortalecernos mental y espiritualmente. Haz eso y el cuerpo ya se ocupará de sí mismo. Es algo que aprendí de niño. Yo era un niño muy pero que muy enfermizo. Tenía todas las enfermedades. Estaba desnutrido. Tenía las piernas tan flacas como las patas de esa silla. Pero me fortalecí a base de determinación y sacrificio personal. Primero venía la mente y después el cuerpo. Fue una vida muy solitaria para un niño. No tenía amigos. Vivía en un mundo interior de determinación y silencio. Firmeza mental. Aquello me hizo fuerte; me preparó. Las cosas regresan a sus inicios. Y para volver han de trazar un largo círculo. Pero todas las lecciones resultan ser ciertas. La vida interior requiere tanta disciplina como las manos o los ojos. La soledad es fuerza. Los sioux se purificaban a sí mismos por medio del ayuno y la soledad. Cuatro días sin comida en una cabaña de sudación. Antes de salir a lamentarte por tu nación, tienes que purificarte. Ayuno y soledad. Si puedes sobrevivir a la soledad, entonces tienes una fuerza interior que te puede llevar a cualquier parte. Cuatro días. Vistiendo solamente una túnica de bisonte. No creo que nada tenga más sentido que la negación de uno mismo. Es la única forma de alcanzar la perfección moral. Yo he deambulado de un lado a otro. He cometido tal y cual equivocación. Pero por fin he vuelto y es un regreso definitivo. Una nación

valiente necesita disciplina. Purificar la voluntad. Aprender humildad. Restringir la vida de los sentidos. El dolor forma parte de la armonía del sistema nervioso.

No dije nada.

—La razón de que te haya hecho venir —dijo Creed.

—¿Sí, señor?

—¿Conoces la razón?

—¿De por qué estoy aquí? Supongo que es porque abandoné el terreno de juego.

—Yo ya me esperaba esa reacción —dijo—. Tenía que llegar de una forma u otra. Era una simple cuestión de tiempo. Estaba enterado de lo que hiciste en la Penn State y en la Syracuse. Tarde o temprano tenías que hacer algún gesto. Hacer algo. Armar revuelo. Ponerte a prueba a ti mismo, no tanto a mí como a ti mismo. Lo estaba esperando. En todos los equipos que he entrenado había por lo menos un chico que tenía que hacer el gesto. Llevo toda la temporada esperando. Lo hiciste en las otras universidades, de una forma u otra, y yo sabía que también lo harías aquí. Ahora ya te lo has quitado de encima. Ya puedes relajarte. Y la razón de que te haya hecho venir es que Kimbrough se gradúa en primavera. Y tú serás capitán del equipo de ataque.

—No me esperaba nada parecido —le dije—. No soy de último año. ¿El puesto no es para alumnos de último año?

—Olvídate de eso.

—Con franqueza, pensaba que estaba aquí para recibir un castigo.

—Tal vez haya medidas disciplinarias. Te exigiré un extra. Estaré encima de ti día y noche. En calidad de capitán, tendrás que servir de ejemplo para el resto. Tendrás que dar todo lo que tienes y algo más.

—Estaré listo —le dije.

—Ya sé que sí, hijo. Encontrarás a Oscar Veech en la sala de entrenamientos. Mándamelo.

—Hay una cosa que le quiero preguntar desde que he entrado. ¿Qué es esa foto que tiene pegada a la pared? ¿Quién es la chica? ¿Es alguien en particular?

—Es una foto que me mandaron hace muchos años. Parece que está sacada de una especie de libro religioso para niños. La gente siempre me manda cosas. Amuletos de la suerte, oraciones o consejos de todas clases. Ahora ya no tanto. Últimamente no se comunican demasiado. Pero esa chica es una santa católica. Hace muchos años que la tengo. Es Teresa de Ávila. Era una mujer notable. Una santa de la Iglesia. ¿Sabes qué hacía para recordarse a sí misma el final de las cosas?

—Algo relacionado con un cráneo, creo.

—Comía usando de cuenco un cráneo humano.

—Voy a buscar a Veech —le dije.

Más tarde, en mi cuarto, me deprimí. Ningún americano acepta la insignia del ayudante sin recelos; las centurias de anarquía heroica nos han cautivado el espíritu. Me sentía responsable de haber traicionado vagamente algún código o sabiduría local. Me acababa de integrar en el aparato de gobierno. Ya no me limitaba a ir en

círculos y vigilar, satisfecho de mantenerme en la periferia y planear con astucia alguna que otra incursión de poca monta. Ahora era la chapita reluciente de la ley. Mete barriga, pensé.

Entró Jimmy Fife y se sentó en la cama de Anatole. Fife era un jugador atrasado de la defensa que llevaba todo el año sin jugar por culpa de una rotura de bazo. La primavera anterior alguien le había dado una patada por accidente durante una sesión de entrenamiento. Había estado a punto de morir. Muchos jugadores le seguían haciendo bromas sobre aquello.

—Anoche Nix se volvió loco y se puso a tirar cubos de basura por las ventanas. Yo creo que de ésta lo echan.

—El entrenador me ha nombrado capitán —le dije—. Estás hablando con el capitán del ataque.

—Felicidades —dijo Fife.

—No sé si es bueno o malo. Estoy un poco agobiado. Supongo que tengo que acostumbrarme. ¿O sea que Nix ha perdido la chaveta?

—Completamente enajenado —dijo—. Yo vi el final. Hicieron falta seis personas para reducirlo. Fue una verdadera lucha a puñetazos. Ni me acerqué. Llegado este punto es una tontería exponer el bazo.

—Pero Nix estaba con nosotros en la nieve hace un rato. Acabo de caer en la cuenta. Estoy seguro de que Nix estaba. En el partido que hemos jugado bajo la nieve.

—No lo dudo —dijo Fife—. Es un animal. Es un animal entre animales. Los mismos animales lo votarían animal total. Después de lo que hizo anoche, cualquier otro se pasaría una semana en la cama. Dejando de lado la animalidad, te diré lo que es en realidad. Es un nihilista. Lo dice él mismo. He tenido conversaciones con él. Le echa la culpa a su nombre. Nix quiere decir «no», «no, gracias», «nada».

—Yo es que nunca he hablado con él —dije.

—Pues yo he tenido con él conversaciones enteras. Es un tío bastante interesante, si bien un poco estéreo.

—¿Estéreo? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir psicótico. ¿He dicho estéreo? Qué expresión tan extraña.

—Has dicho «si bien un poco estéreo».

—¿He dicho «si bien»? Increíble, Gary, yo nunca usaría una expresión así. Esa clase de expresiones no son mi estilo para nada.

—Pero la has usado, Jimmy. Estoy seguro.

—Debo de estar poseído —dijo Fife.

Dio unos cuantos botes en la cama, con la boca muy abierta, y tuve la impresión de que estaba intentando expulsar a algún pequeño diablillo verbal travieso.

—En todo caso —dije yo—, es probable que de ésta echen a Nix.

—Seguro, lo echarán por lo de las ventanas. Yo creo que ése ya no vuelve.

—Capitán del ataque —dije—. Eso quiere decir que participo en el lanzamiento

de la moneda. Si al entrenador no le parece mal, creo que iré a los lanzamientos de moneda con la cabeza descubierta. En vez de ponerme el casco, lo llevaré en la mano. Creo que queda mejor. Humaniza un poco la ceremonia. Me lo puedo poner después, mientras me alejo corriendo.

—¿Y quién es el nuevo capitán de la defensa? —dijo Fife.

—No lo sé. El entrenador no me lo ha dicho y yo tampoco se lo he preguntado.

—¿Cómo está? Me han dicho que está igual.

—Va en silla de ruedas —le dije.

—¿En silla de ruedas?

—No me preguntes por qué. Debe de tener algo en las piernas, supongo. Por lo menos eso es lo que parecía estar dando a entender. O tal vez no.

—¿Dónde está Bloomers?

—No lo sé.

—John Butler me ha dicho que ha estado oyendo ruidos raros por las noches. Unos ruidos que vienen del otro lado de su pared. Y al otro lado de la pared de Butler estáis vosotros. Y el ruido dura horas. Butler me ha contado que hace toc, toc, toc, toc.

—No sé nada del tema.

—Conway —me dijo—. Empecé a contarte lo de los insectos de Conway. Tiene un surtido tremendo de insectos en su habitación. Hace unos días salió al desierto, los desenterró en plena hibernación y se los llevó a su habitación. Todo el mundo ha estado visitándolo para verlos. Creo que los quiere poner en una especie de jaula o cuenco gigante. Replicar el entorno natural de los bichos. Con tierra, plantitas, piedras... Y a ver qué pasa.

—Suenan espantoso.

—Pues yo creo que puede ser interesante, Gary. Ya tendremos oportunidad de ver qué pasa.

—¿Qué puede pasar?

—Pues que se reproduzcan. Que se peleen entre ellos. No lo sé. Pero puede ser interesante. Conway lo sabe todo de los insectos. Son su especialidad. Nos ha estado hablando de ellos. Es un tema bastante interesante desde varios puntos de vista.

—¿Y ya ha construido esa cosa que quiere construir?

—Los trabajos de construcción empiezan mañana. De momento los guarda en unos cuantos frascos.

—¿Cuántos son unos cuantos? ¿Cuántos insectos tiene?

—Puede que unos cuarenta en total. De todas las clases. Escarabajos, arañas, escorpiones..., sobre todo escarabajos. Las arañas, dicho sea de paso, no son insectos. Las arañas son arácnidos. Vamos a echarles un vistazo.

—Creo que prefiero quedarme aquí, Jimmy.

—Un vistazo rápido —dijo él.

—¿Cómo de rápido?

—Entrar y salir, Gary.

—Tengo cosas que hacer. Va a tener que ser un vistazo rapidísimo.

—Solamente asomaremos la cabeza por la puerta. Paf. Dentro y fuera.

Nos alejamos por el pasillo. Vi salir a dos personas de la habitación de Conway. Dentro nos encontramos con cuatro más. Conway nos enseñó la habitación. Había diez u once frascos grandes. La mayoría de los insectos parecían dormidos.

—Cuéntale a Gary lo del escarabajo tigre —dijo Fife.

—El escarabajo tigre es una criatura muy interesante. Caza de noche. Se mueve rápidamente por el suelo o bien trepa a los árboles. Principalmente caza orugas.

—¿Y eso qué tiene de interesante? —dije yo.

—Cuéntale lo de la radiactividad.

—Los insectos tienen una resistencia muy alta a la radiactividad —dijo Conway—. En caso de que haya un lo que sea a escala global, lo más seguro es que ellos se adueñen del planeta. La lluvia radiactiva matará a todas las aves. Pero los insectos resisten la lluvia radiactiva. Y a los escarabajos ya no se los comerán las aves, de manera que se reproducirán libremente.

—Eso ya lo sabe la mayoría de la gente.

—Pero te cuento un error que comete casi todo el mundo. Tiene que ver con las arañas. Las arañas no son insectos. Son arácnidos.

—Ya lo sé. Lo sabe casi todo el mundo.

—Pero no sabe lo de la araña lobo —dijo Fife—. Cuéntale lo de la araña lobo y sus crías. Lo de que se le suben al lomo.

—La araña lobo tiene ocho ojos. No teje telarañas. Cuando se abren los huevos de la hembra, las crías de araña se pasan una semana montadas en su espalda.

—El escarabajo carroñero —dijo Fife—. Cuéntale lo del carroñero. Me gusta dónde pone los huevos.

—El escarabajo carroñero está equipado con unas zarpas para cavar. Puede enterrar un ratón muerto o un pájaro muerto en un par de horas o tres. A veces, animales que multiplican muchas veces su tamaño. Luego el escarabajo pone los huevos en el cadáver. Los huevos se abren muy deprisa y las larvas salen y empiezan a comerse la carne del pájaro muerto. El escarabajo pelotero es del tipo carroñero. Se alimenta de excrementos. El escarabajo pelotero ha sido símbolo de inmortalidad desde el Antiguo Egipto.

Entró Dennis Smee.

—Me han dicho que te pregunte por lo de la radiactividad.

—Los insectos tienen una resistencia muy alta a la radiactividad —dijo Conway—. El ser humano muere si se lo expone a seiscientas unidades. El señor Insecto, en cambio, puede sobrevivir a más de cien mil unidades. Y ya no habrá aves que se los coman, se podrán reproducir con libertad. Desaparecerá cualquier clase de equilibrio conocido.

—Equilibrio —dijo Fife—. La igualdad de valores efectivos con respecto al

número aplicado de cantidades simbólicas reducidas de cada lado de la ecuación, excluyendo la combinación de las derivadas.

Terry Madden entró y me felicitó por mi cocapitanía. Todo el mundo me estrechó la mano y me deseó lo mejor. Luego entraron Lee Roy Tyler y Ron Steeples para ver los insectos. Steeples llevaba un guante de golf rojo en la mano derecha.

—¿Adónde vas, Gary? —me dijo.

—Tengo cosas que hacer.

Fui a mi cuarto y escribí una carta larga e histérica sobre la cuestión del espacio-tiempo. Aunque no sabía nada del espacio-tiempo, no me costó escribirla en absoluto. Prácticamente se escribió sola. Al terminarla intenté decidir a quién se la había escrito. Aquella cuestión parecía ser el aspecto más importante de la carta. ¿A quién iba destinada? ¿De quién era el nombre que iba a viajar, insospechadamente, a bordo de aquel largo texto? (Fuera el nombre que fuera, le faltaría la palabra *Querido* e iría seguido por unos adustos dos puntos; tal vez excesivamente formales pero más sinceros que la falsamente informal coma). Se me ocurrió una docena de destinatarios, pero llegué a la conclusión de que ninguno era digno. Dejé los seis papeles encima de la vieja manta para monturas que Anatole tenía encima de la cama. Bing Jackmin entró y cogió una silla.

—¿Te has enterado? —dijo.

—¿De qué?

—Ya vuelve a llevar esas gafas de sol. La cabeza afeitada y gafas oscuras. ¿Qué demonios quiere decir?

—No lo sé —dije—. Lo más seguro es que no quiera decir nada. Es un individuo distante. Las gafas oscuras lo esconden. O bien esconden lo que lo rodea. No lo sé.

—¿Qué me dices de la cabeza, Gary?

—No sé por qué se la afeita. No tengo ni idea.

—¿No quieres aventurar algo?

—Eso se lo dejo al consejo de los jefes. Yo no soy más que un simple cocapitán.

—Me he enterado, Gary. Está muy bien. Aunque lo más seguro es que te arrepientas en cuanto el entrenador empiece a echarte broncazos. Se los reserva todos para el quarterback y los dos capitanes.

—Ya lo sé. Me ha dicho que me espere problemas.

—Auténticos rapapolvos. Humillaciones públicas.

—Ya lo sé, Bing.

—La primera vez que pase desearás no haber visto nunca un balón de fútbol americano. Experimentarás una desestructuración total de la personalidad.

—Estamos desperdiciando espacio-tiempo —le dije—. Tengo muchas cosas que hacer.

—Te diré por qué he venido. Quiero dejarme barba. Quiero pelo. Es una cuestión de aumentar mi realidad personal. Te lo digo en serio, Gary.

—¿Barba de qué color?

—Gary, te estoy hablando en serio.

—Porque si la quieres del mismo color que el pelo que tienes en la cabeza, te va a costar mucho menos dejártela.

—Me gustaría que hablaras con el entrenador. Ahora eres uno de los capitanes. Tienes cierto poder. No me ha llegado ningún comentario sobre el exceso de pelo. Quiero que averigües la política al respecto.

—Es muy curioso —dije yo—. Todas estas yuxtaposiciones de pelo y falta de pelo. Casi me espero que entre Anatole en cualquier momento con una melena blanca hasta los hombros.

—Habla con el entrenador. Habla con él. No son más que treinta gramos de pelo pero para mí significarían mucho. Estoy asumiendo una orientación demasiado psicomítica. Necesito un incremento de realidad. Averigua qué se dice por ahí.

—No me hará caso, Bing. Se limitará a poner cara de asco y mirar para otro lado.

—Insístele. Acósalo al muy cabrón. Quiero exceso de pelo. Te lo estoy diciendo en serio. Dile que estoy dispuesto a afeitármelo cuando empiecen los entrenamientos de primavera. Intenta explicarle lo que es la realidad personalizada.

—Ésos son asuntos subglaciales —le dije—. No puedo chasquear los dedos y tomar una decisión así como así. Además, yo no tengo poder real. Él se limitará a poner cara de asco y mirar para otro lado. Lo único que puedo hacer de momento es pensármelo. Me lo pensaré.

—Piénsatelo —dijo Bing—. Estaré en la habitación de Conway mirando los insectos.

Me fui a dar un paseo. Había dejado de nevar. Las farolas que flanqueaban los caminos blancos y rectos ya estaban encendidas. Era la hora de la cena y todo el mundo estaba dentro. Respiré hondo y sentí cómo el aire me entraba y mordía. Me dolía el hombro derecho por culpa del partido en la nieve. Giré lentamente el brazo. Luego vi a Alan Zapalac bajando las escaleras de la biblioteca, con una bufanda amarilla y enorme que le daba dos o tres vueltas al cuello y le colgaba hasta la rótula. Lo vi bajar con cuidado, usando el tacón del zapato derecho para tantear a cada paso si había hielo debajo de la nieve amontonada. Lo esperé al pie de las escaleras. Llevaba un brazalete que tenía impresa la palabra *árboles* en letras verdes sobre fondo azul claro.

—Acompáñame al edificio de administración —me dijo—. Como me caiga y me rompa una pierna, me va a hacer falta alguien que le diga a la gente que no me mueva. Si no estuvieras tú y pasara, me refiero a romperme la pierna, seguro que alguien vendría y me movería, da igual que tuviera el hueso roto. Si tú te cayeras, que es algo que dudo que suceda teniendo en cuenta tu destreza para los deportes y tus tremendas ventajas genéticas, asegúrate de no agarrarte a mí. Sé que es un instinto natural que tiene todo el mundo, pero yo quiero que combatas ese impulso, porque como me arrastres a mí, con lo delicada que tengo la estructura ósea, ya estoy listo. Y lo más seguro es que me usaran para uno de esos experimentos que hacen con cerdos

o pollos. Ninguno de mis órganos estaría a salvo. Mañana tú te meterías por detrás de ese edificio blanco que tiene pinta de que alguien le ha echado encima una bata de cirujano y se la ha sujetado con alfileres, y en ese corral que tienen en la parte de atrás para guardar los animales inoculados verías a un cerdo caminar con mis riñones dentro, orinando los últimos posos de mi vida sobre la alfalfa.

—De todas maneras voy hacia allá —le dije.

—Bien, bien, bien. ¿Cómo está tu amiguita?

—¿Myna? —le pregunté—. Que yo sepa, Myna está bien.

—No se me dan bien los nombres. Mis alumnos se están dando cuenta. En una de mis clases se perpetra una broma generalizada, supuestamente a mi costa. Se han inventado a un alumno. Se llama Robert Reynolds. Después de clase siempre se acerca alguien a mi mesa a preguntarme algo. Y sea quien sea, siempre se asegura de identificarse por su nombre. Cada día es un chico distinto, pero siempre dice llamarse Robert Reynolds. Hasta me entregan exámenes firmados por Robert Reynolds. Ayer en mi montón había una hoja de asistencia nueva, de aspecto muy auténtico, llena de agujeros de la IBM. Pues era la hoja de Robert Reynolds. De manera que cuando pasé lista dije su nombre. Y naturalmente, alguien me contestó. Todos los demás dijeron «yo». Pero el tal Robert Reynolds dijo «presente». Se notaban las risas contenidas, risas por la grandeza de su misión, por el hecho de haberse coaligado para perpetrar aquello a mi costa, el profesor, la supuesta fuente de sabiduría. De momento me estoy haciendo el tonto. Les estoy dejando que se salgan con la suya. Se creen que no sé lo que pasa. Pero hay estrategias y también contraestrategias. Volviendo un segundo al tema de tu amiguita. ¿Por qué está tan gorda?

—Las responsabilidades de la belleza —le dije—. Cree que serían demasiado para ella. Que la harían cambiar. Creo que en general estoy de acuerdo.

—Mi futura esposa es un baluarte de la América blanca y protestante. Una forma corporal muy unidimensional. Es dura como la piedra, la clásica cabrona del interior. Cuando discutimos me estruja la carne del dorso de la mano. Se le pone una cara muy protestante, ya me entiendes. Dentro de ella vive un teólogo de Zúrich.

—No entiendo por qué te quieres casar con alguien así. Si alguien así me pellizcara a mí la carne, tengo que ser sincero contigo: creo que le pegaría. Odiaría que me estrujaran la carne y me la pellizcaran de forma recurrente.

—Yo nunca le he dado un puñetazo ni una bofetada a una mujer —dijo él—. Lo que me gusta es apartarlas de un empujón, como en el hockey. Las estampo contra la valla. Eso las sorprende. El empujón de hockey es algo que no pueden interpretar por medio de su habitual conocimiento asombroso de cómo vengarse, de qué réplica exacta dar, eso que solamente saben hacer las mujeres, devolviendo las cosas multiplicadas por diez pero con una genialidad que hace que parezcan justas.

—Pero ¿por qué te quieres casar con alguien así?

—Porque me ama. Soy la única persona a la que ella ha amado. A veces pienso que soy la única persona del mundo entero que ella es capaz de amar. Cada dos días

me pone una conferencia de larga distancia. Y cada vez que suena el teléfono doy un salto de alegría. Me saca ocho centímetros, pero por qué quejarse de unos centímetros cuando uno está involucrado en asuntos de importancia eterna. Y hablando de cosas largas y cortas, fíjate en lo larga que es mi bufanda. A los hombres bajitos nos gusta llevar bufandas largas. La razón se pierde en las neblinas del tiempo. Pero regresando al amor. El amor es una vía de salvación. Nos hace menos imperfectos y nos acerca a la inmortalidad. Quiero despertar el éxtasis en mi alma. Quiero ascender al mundo de las formas. El amor es básicamente la suspensión de la gravedad. La existencia misma de su amor me llevará al éxtasis profundo. Empezaré a trepar. Fíjate en el componente egoísta que tiene mi plan.

—Has mencionado la salvación —dije yo—. ¿Qué clase de salvación?

—Creo en la remisión de los pecados —dijo Zapalac—. La del mundo, la de la nación, la de los pecados individuales. Haz penitencia y te serán perdonados. La salvación consiste en la remisión de los pecados. Cualquier penitencia que se te ocurra servirá. Cualquier denegación u ofrenda.

—¿Lo dices en serio?

—Los pecados de la nación —dijo.

—Ése era el edificio de la administración.

—Voy a entrar por detrás. Es parte de mi estrategia general. Me gusta aparecer detrás de la espalda de la gente. De pronto aparezco ahí, detrás de su hombro, dispuesto a hacerme amigo de los enemigos de la injusticia.

Regresé al Staley Hall. En el comedor vi a Bloomberg sentado con Spurgeon Cole. Puse unos copos de maíz en una bandeja y me fui con ellos.

—¿Cómo está el entrenador? —dijo Spurgeon.

—Avanza tal como se preveía.

—Tengo la sensación —dijo Bloomberg— de que ya está listo para irse volando de este valle de lágrimas, como dicen en el mundo del espectáculo.

—¿Qué se siente al ser capitán?

—Puedo asistir al lanzamiento de moneda. Es algo en lo que siempre he querido participar. Es tremendamente ceremonioso sin ser pomposo.

—Vuelve a llevar esas gafas de sol —dijo Spurgeon—. Llevaba meses sin ponérselas. Y ahora las lleva.

—Estoy al corriente. No tengo comentarios.

—Tiene que significar algo, Gary. Llevar gafas de sol bajo techo en pleno invierno.

—No significa nada. Mira a Steeples. Steeples va a todas partes con un guante de golf en la mano. ¿Qué demonios significa eso?

—Steeple tiene alguna clase de infección. Por lo visto es asquerosa. Se vio expuesto a algo. Es una especie de quemadura más una especie de infección. Simplemente quiere que no se vea.

—¿Eso es lo único que vas a comer? —me dijo Bloomberg.

—Contienen vitamina B, hierro y niacina.

—Yo estoy ya en ciento treinta y nueve kilos —dijo—. La nueva mente se expande junto con el viejo cuerpo. Cada día me siento más alerta. Y más revitalizado.

Vino Bing Jackmin y se sentó. En su bandeja llevaba jamón asado, puré de patatas y tarta de bizcocho. Me estaba mirando con intensidad.

—¿Ya has hablado con el entrenador?

—Dame tiempo —le dije yo.

—No hay tiempo.

—¿No puedes empezar a dejártela y luego continuar o bien quitártela cuando yo averigüe qué política impera?

—¿Quitarse el qué? —dijo Spurgeon.

—Su exceso de pelo. Quiere dejarse barba. ¿Alguien sabe cuál es la posición predominante sobre el exceso de pelo?

—El exceso de pelo es aceptable siempre y cuando no exceda unos criterios aceptados —dijo Spurgeon.

—Ahí tienes tu respuesta, Bing.

—Me interesan ciertos aspectos de la violencia global —dijo Bloomberg.

—Pásame la sal —dijo Bing.

—Esta carne... —dijo Spurgeon—. A esta carne le pasa algo.

Bloomberg carraspeó.

—Soy un físico angustiado. Doy largos paseos por el campo. De vez en cuando me replanteo mis ideas sobre la bomba de supermegaaerosol insecticida capaz de matar todo lo que se mueve sobre la Tierra en una fracción de microsegundo y que he inventado y comercializado yo. Mientras camino por los plácidos senderos rurales del Instituto para la Especulación Abstracta y los Ataques Sigilosos, situado en un lugar del nordeste del Pacífico del que no hay constancia, un equipo de televisión se dedica a firmar cada paso que doy. El director me pide que me asome por encima de las copas de los árboles y mire el sol vespertino con los ojos un poco entornados. En esos momentos pienso en mi bomba insecticida y me invade una sensación de profunda humildad y también una sensación de poder fantástico y vampírico. Me vienen a la cabeza las palabras reconfortantes de la famosa canción celestial de los hindúes. ¿Qué es este crimen que estoy planeando, oh, Krishna? De manera que ya lo veis, amigos, no me falta sentido de la Historia, ni tampoco de la responsabilidad personal. Tengo mi lado humano y amo a los clásicos. Mientras fumo en pipa y juego en silencio al ajedrez con mi encantadora esposa, madre de tres encantadores niños de un matrimonio anterior, me gusta meditar sobre la naturaleza del hombre. ¿Qué nos ha traído aquí desde el limo primordial? ¿Adónde nos encaminamos? ¿Cuál es el gran plan? Y mientras me planteo estas preguntas enormes con acompañamiento de queso y Oporto, me doy cuenta de que una bomba terminal más o menos apenas cambia nada en este universo en expansión en que vivimos.

—¿Alguien me puede pasar la sal? —dijo Bing.

—Me interesan el hombre violento y el asceta. Estoy a punto de llegar a la conclusión de que la capacidad que tienen los individuos para la violencia guarda una relación estrecha con sus tendencias ascéticas. Estamos a punto de redescubrir que la austeridad es nuestro modo verdadero. Puede que nuestras meditaciones futuras nos lleven a buscar la muerte del diablo. Puede que con nuestro silencio y nuestro terror dirijamos nuestra tecnología a lo metafísico, hacia la creación de un arma inimaginable y capaz de atravesar barreras espirituales, de mutilar o matar esa presencia oscura que envuelve el mundo. Me diréis que esto parece un asunto sin demasiados visos de atraer los talentos del hombre superracional. Pero es precisamente esa clase de hombre la que siempre ha estado afrontando lo irreal, lo paradójico, lo irónico y lo satánico. Al fin y al cabo, la genialidad suprema de las armas modernas, desde un punto de vista puramente teórico, consiste en destruir con mucha más eficacia lo que no ha nacido que lo que ya está vivo. De aquí podríamos pasar a enmarcar todos los comentarios provocativos que se quisiera, pero resistiremos la tentación. Todos sabemos que la vida, la felicidad y la satisfacción salen en tromba de ciertas formas particulares de destructividad. La violencia orientada a un uso positivo enriquece el sistema moral. Pero a medida que crece en el mundo la capacidad para la violencia, los efectos regenerativos de ciertos episodios violentos concretos se vuelven menos significativos. La capacidad lo abrumba todo. El mero potencial de una sola forma de violencia eclipsa la realidad de todas las demás formas. Me interesan esas cosas. También me interesa el abandono de las contracciones. Las letras de en medio son igual de válidas que cualquier otra. Ya he empezado a revisar mis giros verbales en ese sentido.

Todos nos estábamos riendo, sin saber exactamente de qué. Tal vez pensábamos que Bloomberg estaba loco. O tal vez nos reíamos porque era la única reacción de la que podíamos fiarnos, la única que podía mantenernos a una distancia segura. A modo de réplica a las risas, Anatole se puso a dar golpecitos con la cuchara contra la bandeja de plástico que tenía a la derecha. Me terminé los copos de maíz y puse rumbo a la biblioteca, que era donde había quedado.

Myna estaba sentada sola en una de las salas de abajo. Tenía su mesa cubierta de libros, todos abandonados allí, muchos sin cerrar siquiera (una violación de su solemnidad), tomos enormes con líneas de texto diminutas. Al otro lado de la mesa había estanterías largas y altas, que olían un poco a sudor (presumiblemente humano), la serie del 900, la Historia en sus caparazones más apestosos, y en cada pasillo oscuro había un taburete metálico o dos dejados a modo de trampa. Resultaba bastante agradable estar allí, la biblioteca como útero, aquel refugio fluorescente donde resguardarse del caos o de la lluvia. Myna estaba leyendo un Zap Comix. Me senté junto a ella, estiré el brazo hasta el otro lado de la mesa y tiré de un libro hacia mí. Era un diccionario, abierto por sendas páginas enfrentadas que empezaban con *Kaaba* y terminaban con *kef*. A Myna se la veía cambiada. Llevaba una semana más o menos sin verla y tardé un par de segundos en darme cuenta de que tenía la cara

mucho más despejada, casi sin manchas. Ella se inclinó sobre el diccionario. Nos pasamos un rato leyéndonos el uno al otro las definiciones. Algunas eran tremendamente graciosas. Luego elegimos ciertas palabras para leerlas en voz alta. Las leímos despacio, sílaba a sílaba, turnándonos, poniendo a veces acentos extranjeros o regionales y luego repitiendo los sonidos, a veces hacia atrás, a veces empezando por una sílaba del medio, y por fin leyéndolas como palabras completas, pronunciando de forma un poco excesiva, con las narices pegadas a la página como si estuviéramos buscando un rastro protomórfico. Algunas de las palabras hicieron que Myna entrara en un estado de delirio leve; le parecía que casi eran demasiado bellas. Seguimos leyendo una media hora. Las palabras eran formas táctiles y nos dieron ganas de hablar con las manos. Fuimos a una esquina recóndita de la zona de altas estanterías. Allí me puse a quitarle el vestido. Los enormes pechos con forma de cúmulos salieron rodando del terciopelo victoriano, azul y con cuentas cosidas a mano. Nos reímos muy fuerte y a continuación intentamos silenciarnos mutuamente dándonos puñetazos suaves en el brazo. Un botón se cayó al suelo y se fue rodando de forma temblorosa hasta un rincón lejano. Hice ruidos borboteantes, me froté la cara contra sus pechos y me rasqué un picor que tenía debajo del ojo con su pezón izquierdo. Los dos juntos bajamos su vestido por las caderas, pegándonos suavemente el uno al otro para impedir las risas, y al cabo de un poco le llegó a los pies. Yo hice extraños ruidos expectantes (gua, gua) que provocaron que ella me pegara con las dos manos, aunque sin fuerza por culpa de la risa que la agitaba por dentro. Oímos un ruido procedente de la entrada y nos pusimos a hacernos muecas, caras de terror exageradas, a continuación yo miré detrás de ella y por entre las hileras ligeramente ladeadas de libros, inclinaciones y contrainclinaciones, ángulos que comentaban otros ángulos, siglos enteros mal colocados por manos soñolientas, toda aquella masa que se contradecía a ella misma y acechaba cómicamente por encima de los épicos pechos de mi amada. En la entrada no había nadie. Tañí un par de acordes con el tenso elástico de sus bragas iridiscentes. Marca de diminutos riscos rosados, ondulados, en su boyante cintura. Nos besamos y nos mordimos. Ella me hizo cosquillas en ciertas zonas vulnerables que yo tenía por debajo de las costillas. Nos tocamos, nos dimos palmadas y nos lamimos. No sé si podría explicar por qué me parecía tan importante desnudarla del todo. Nuestras manos le bajaron las bragas por las caderas y los muslos. Para señalar el acontecimiento, traje sonidos nuevos a la sala, sonidos predominantemente vocálicos. Myna dejó atrás la ropa, consciente de la dinámica del momento, posicionándose a sí misma como la palabra concedora, el suspiro y la sílaba hechos carne. Era hermosa, ancha como una bañista cubista provista de muchas secciones, conceptualmente nueva, con los pechos como nubes, suprema. Ser amado eternamente de formas indignas. En cuestión de segundos estaríamos unidos, una masa de cabellos y miembros, ininterrumpidamente concentrados, cazándonos el uno al otro en aquella caverna que se derretía. Algo o alguien en el borde de la entrada. No: más cerca. Una mujer acechando entre los estantes. Yo la veía, a cuatro

hileras de distancia, veía entre los estantes la parte que iba de los hombros a la nariz. Le señalé a Myna la proximidad del peligro. Luego intenté ayudarla a ponerse la ropa, pero la golpeé accidentalmente con la rodilla haciendo que se cayera de bruces por encima de un taburete. Nos miramos el uno al otro, sin saber si aquellos pasos que se acercaban tenían que alarmarnos, divertirnos o dejarnos indiferentes. La llevé hasta un pequeño nicho de la pared en el que habían colocado el busto de algún personaje inmortal sin nombre. A continuación abrí un libro y me puse a leer en voz baja una serie de reflexiones sobre una guerra de la Antigüedad de la que no había oído hablar hasta aquel momento. La mujer era la señora Berry Trout, que ocupaba no sé qué cargo administrativo. Me dedicó una mirada de pocos amigos.

—¿Cómo se llama usted, joven?

—Robert Reynolds —le dije, cambiando a mi acento sureño.

Una noche el mayor y yo jugamos a una modalidad bastante tosca de juego bélico en su habitación del motel. Él estaba sentado de cara a mí, a un metro y pico de distancia, con una mesilla entre ambos. Sobre la mesilla había lápices, cuadernos, mapas y un diagrama que me estaba costando bastante intentar leer del revés. El mayor dijo que uno de los grandes problemas de los juegos bélicos, daba igual que se jugaran en el Pentágono, en el NORAD o en Fort Belvoir, en una universidad o en un gabinete estratégico, era el hecho obvio de que todos sus participantes eran conscientes de que el juego no era la realidad. (Lo que estábamos jugando, añadió, no era más que una simulación; no teníamos ordenador, informes de inteligencia ni pantallas de proyección, y solamente un puñado de estimaciones numéricas de unidades armadas, inventarios de misiles y capacidades de producción). El entorno de juego, tal como él lo llamaba, nunca podría provocar las emociones que se generaban en los momentos de estrés verdadero; por consiguiente, probablemente el juego no fuera más que una guía más bien pobre (y esperábamos que no demasiado desencaminada) de lo que podíamos esperar de los gobiernos cuando los ejércitos se colocaran en sus sitios y los misiles ligeros estuvieran elevándose desde sus silos. Allí sentado, escuchándolo, me pregunté por qué habríamos quedado en un motel. Yo calculaba que a aquellas alturas la casa del mayor ya tendría que estar lista para ser ocupada, y que su familia tendría que haberse venido a vivir con él. Sin embargo, parecía poco apropiado hacer algún comentario al respecto.

Él examinó el material que tenía delante y recorrió la sala con la vista antes de divisar lo que buscaba, un atlas del mundo. Estaba en la cama, a unos dos metros y medio. Me pidió que fuera a buscárselo.

—Esta situación se basa en futuros posibles —dijo—. La situación básica que hemos establecido pertenece claramente al ámbito de lo que conocemos como proyecciones de situaciones críticas. Cosas que podrían pasar. Tensiones. Accidentes posibles. Hostilidades sin relación entre sí. O tal vez con cierta relación. Precedentes: un acto de agresión que tiende a legitimar a otro. Por fin llega un enfrentamiento entre dos grandes potencias. Ésa es la situación básica, el punto de partida o premisa que te voy a conceptualizar dentro de un momento. Lo que pase después dependerá de nosotros. Ahora, antes de que me olvide, las dos grandes potencias en cuestión son las que tú te imaginas, lo que pasa es que les he cambiado un poco el nombre para que nos resulten algo menos atractivas o más desagradables emocionalmente, que puede ser el caso. Una se llama COMRUS y otra se llama AMAC. No va a llamar a engaño a nadie y te permite ver lo que podríamos hacer en el futuro en relación con nuestras situaciones reales, libre de entidades y de prejuicios existentes. De manera que se trata únicamente de neutralizar un poco nuestras emociones. De hecho no me he molestado en cambiar gran cosa más, solamente alguna designación de vez en

cuando, porque todavía estoy en periodo de pruebas. De manera que esta primera vez seremos un poco desorganizados e incoherentes y seguramente nos tocará improvisar sobre la marcha. Pero volviendo al tema, lo que pase después de que yo introduzca esto dependerá de nosotros. Podemos saltarnos toda verosimilitud o bien podemos recorrer todo el juego de la crisis de escalada en escalada siguiendo una lógica militar absolutamente tradicional; si es que eso existe, que no estoy seguro. Puede que ni siquiera lleguemos al punto de usar armas nucleares. O puede que empecemos lanzándolas desde el principio.

El mayor hizo un resumen de la crisis.

Empezaba en el mar de Japón. Un destructor de la Séptima Flota de AMAC, en plenas maniobras, era bombardeado por dos cazas MiG de NORKOR. Los daños eran poco importantes; no había víctimas mortales. Dos días después, se informaba de la desaparición de un submarino Polaris que estaba en el mar de Siberia Oriental. En Alemania, tres agentes de alto rango desertaban al Oeste; una serie de aviones sin identificar dejaba caer pasquines sobre Berlín Este, Praga y Budapest. Tenía lugar una docena de explosiones de origen sospechoso en bases militares situadas por toda España y Turquía. Un avión sin tripular de la inteligencia de AMAC era derribado por misiles de COMCHIN en el estrecho de Formosa. Se producían incendios durante días sucesivos en el laboratorio de energía atómica de Los Álamos y en el centro de mando de la defensa civil situado en Cheyenne Mountain. El oficial al mando de un convoy de camiones de AMAC, siguiendo órdenes, no se detenía en un control de carretera de una Autobahn de Alemania del Este; se producía un intercambio de disparos y el camión se saltaba el control. Un buque factoría de construcción holandesa, que estaba siendo entregado en NORKOR, era alcanzado por torpedos y hundido en la costa de Chongjin. COMRUS protestaba enérgicamente. Varias explosiones dañaban instalaciones de misiles Nike Hercules situadas en Okinawa. Los negociadores de COMCHIN suspendían las conversaciones que estaban manteniendo con los japoneses sobre la propiedad de las islas Senkaku, en el mar de China Oriental. En un lapso de diez horas se producía más de una docena de pequeños enfrentamientos entre manifestantes y tropas, a ambos lados del Muro de Berlín. Se intercambiaban mensajes. Llegaba la información de que las tropas egipcias habían reconquistado El Arish. COMRUS exigía la retirada de todos los observadores que AMAC tenía en Indochina. La OTAN informaba de movimientos de tropas a gran escala al este de Leipzig, al este de Lübeck y cerca de Klatovy. COMRUS afirmaba tener un factor 3 de sobrecapacidad de exterminación respecto a Europa Occidental. Una docena de bombarderos ligeros de las fuerzas aéreas del Pacto de Varsovia eran avistados sobrevolando Bonn. Un avión de reconocimiento de la RAF era derribado por cazas MiG-23 después de violar el espacio aéreo de Alemania del Este. Más ultimátums. Tropas del Pacto de Varsovia, usando armamento convencional, se enfrentaban con tropas de la OTAN en tres puntos distintos de la

frontera de Alemania Occidental. El Mando Estratégico Aéreo era puesto en alerta. Doce divisiones de infantería de COMRUS —es decir, unos ciento veinte mil hombres— se trasladaban a Europa Occidental procedentes del lago Baikal, al norte de Mongolia. Un grupo de aviones de la Marina de AMAC procedentes del portaaviones *Kitty Hawk* entraba en combate con aviones de COMRUS a trescientos kilómetros al sur de Vladivostok. COMCHIN detonaba un artefacto de 30 megatonnes en su zona de pruebas nucleares del norte del Tíbet. El uso de armas nucleares tácticas por parte de una Unidad de Tierra de AMAC en Alemania Occidental primero era negado y después calificado de accidental. Breve cese de las hostilidades. Acusaciones y contraacusaciones. COMRUS (Staley) y AMAC (Harkness) se acercaban al estado de guerra.

El mayor me contó aquel guion muy despacio. Consultó sus mapas por lo menos diez veces, enseñándome las localizaciones exactas de ciertos países, ciudades y bases militares. A menudo hacía pausas durante aquellas lecturas de los mapas, como esperando a que yo le hiciera algún comentario, quizá sobre los sutiles patrones geográficos que él había diseñado para los diversos conflictos. A mí me costaba encontrar ningún patrón, aunque enseguida me di cuenta de que el mayor había invertido mucho tiempo y trabajo en aquel proyecto. Me resultó casi triste. Yo no era un enemigo competente ni mucho menos. No tenía experiencia con aquellas cosas. Me habían acosado visiones gozosas del apocalipsis, sí, pero no estaba nada familiarizado con las manipulaciones profesionales, tanto diplomáticas como militares, que suelen preceder a cualquier clase de destrucción a gran escala. Lo único que podía hacer era intentar reaccionar con inteligencia, si es que se puede usar esa palabra, a lo que fuera que el mayor hacía con sus divisiones, su fuerza aérea, sus buques de guerra y sus misiles. Yo no me sentía muy involucrado. De hecho, la situación me parecía un poco aburrida, a pesar de todo el frenesí y la tensión. Llegado aquel punto, el mayor estableció las normas para la segunda y última parte del juego, la parte en la que yo participaba, y también me invitó a compartir un elaborado diagrama que había preparado, usando información sacada de un estudio que había llevado a cabo un instituto de investigación militar. Antes de que empezáramos, me dijo que estaba trabajando en una situación mundial totalmente simulada: siete grandes naciones inventadas por él, diecisiete grandes ciudades, un número no especificado (secreto) de instalaciones militares, y características demográficas, económicas, sociales, religiosas, raciales y meteorológicas bastante completas para cada país.

Por fin empezamos. Solamente nos hicieron falta doce pasos o maniobras principales para terminar la partida, y sin embargo nos pasamos más de tres horas para llevarlos a cabo. Fue la cosa más extraña en la que yo había participado nunca. Había pensamientos, maniobras y pequeñas revelaciones que saboreábamos juntos. Los silencios entre maniobras eran extremadamente graves. Se hablaba poco y siempre yendo al grano. Las pequeñas victorias personales (tácticas y de

imaginación) resultaban genuinamente satisfactorias. Yo tenía la mente plagada de imágenes míticas.

1) Los submarinos nucleares de COMRUS entraban en el golfo de México. Un portaaviones de la Sexta Flota de AMAC quedaba muy dañado por la aviación enemiga en el Mediterráneo.

2) Siete pesqueros de COMRUS eran hundidos frente a la costa de Oregón. Dos cazas MiG-21 eran destruidos cerca de Mannheim por baterías de misiles Vulcan tierra-aire.

3) Las tropas de COMRUS invadían Europa Occidental. Corría el rumor de que el enclave de pruebas nucleares de Amchitka, en las Aleutianas, había sido barrido del mapa.

4) Los bombarderos del Mando Aéreo Estratégico se colocaban en posición de ataque máximo. El presidente abandonaba la sala estratégica de la Casa Blanca y subía a bordo del Air Force One.

5) COMRUS detonaba un artefacto nuclear de un megatón en un espacio aéreo situado al oeste de Bruselas, sin causar prácticamente daños materiales.

6) Los bombarderos del Mando Aéreo Estratégico atacaban a un número limitado de objetivos militares de COMRUS, usando bombas de pocos kilotones para reducir los daños colaterales.

7) Evacuación parcial de las principales ciudades de COMRUS. Misiles balísticos intercontinentales alcanzaban objetivos estratégicos de toda Europa. Bombarderos de alcance medio de COMRUS atacaban bases aéreas de AMAC en Inglaterra. La base aérea de Grand Forks, Dakota del Norte, era alcanzada por misiles de largo alcance.

8) Misiles balísticos de largo alcance, junto con bombarderos B-52 y B-58, atacaban bases aéreas, presas, puentes, vías férreas y silos de misiles en el interior del territorio de COMRUS. El sistema de misiles defensivos Tallin era alcanzado y parcialmente destruido. Los complejos antimisiles de la periferia occidental de Moscú quedaban gravemente dañados. AMAC ordenaba una evacuación casi total de sus grandes ciudades.

9) COMRUS ordenaba la evacuación casi total de todas sus grandes ciudades. Tres submarinos Polaris eran destruidos en el Atlántico Norte. Varias instalaciones de radar de Alaska y Groenlandia eran barridas del mapa. Unas instalaciones de misiles Titan situadas en las inmediaciones de Tucson, Arizona, eran alcanzadas por misiles SS-9 de COMRUS provistos de cabezas nucleares que sumaban un total aproximado de cien megatones. La lluvia radiactiva hacía inhabitable Tucson.

10) Empezaba la destrucción de ciudades. Varios centros de población elegidos en territorio de COMRUS eran atacados por misiles balísticos intercontinentales Minuteman 3 provistos de cabezas nucleares de objetivos múltiples. Una serie de submarinos Polaris situados en el mar del Norte y el Báltico disparaban misiles a enclaves selectos. El Mando Aéreo Estratégico bombardeaba varias ciudades desde

Múrmansk hasta Vladivostok.

11) Washington D. C. era alcanzada por un artefacto de 25 megatones. Nueva York y Los Ángeles eran alcanzadas por misiles ss-11.

12) El sistema de respuesta automatizada dictaba revancha nuclear.

Sonó el teléfono. El mayor Staley se giró de golpe en su silla, aterrado durante un segundo largo, y luego se limitó a quedarse mirando cómo aquel instrumento negro común y corriente seguía sonando.

Myna regresó de las vacaciones de Navidad pesando bastantes kilos menos. Cuando la vi, no supe cómo reaccionar. Ella estaba tomando café con las hermanas Chalk en la sala de recreo de estudiantes y yo me quedé un momento en la puerta, intentando preparar un par de comentarios adecuados. Myna llevaba una blusa blanca de algodón y el pelo peinado hacia atrás y sujeto con una cinta en la nuca. Vera Chalk me vio y me saludó con la mano, haciéndome gestos apremiantes y anunciando con la cara la noticia de un prodigio colosal. Nada más sentarme, las hermanas se pusieron a manosearme los brazos y el pecho y casi a arañarme de tanto regocijo que les producía encontrar un objeto al que dirigir sus efusiones.

—Pero mírala, Gary.

—La estoy mirando. Hola. Estoy literalmente sin habla.

—Hola —dijo Myna.

—Y no es más que el principio —dijo Esther—. Todavía le queda bajar diez kilos más. Ha perdido diez y va a perder otros diez. En otras palabras, está a medio camino.

—Pero mírala —dijo Vera—. Parece una persona nueva. Se la ve increíble. Me alegro muchísimo por ella. No me puedo creer el cambio a mejor que ha hecho. Gary, ¿a ti qué te parece?

—Me parece increíble.

—Estoy extasiada por ella. En serio.

—No uses esa palabra —dijo Esther.

—Extasiada.

—Sabes lo mucho que odio esa palabra, cacho de puta rencorosa.

—Ex-ta-sia-da.

—Que pares, Vera.

—Se supone que no me has de llamar así. Gary, ella ya sabe cuánto odio y desprecio mi nombre.

—Vera.

—Extasiada. Más extasiada. Superextasiada.

—Vera puñetera. Vera puñetera, que camina por la acera.

—Éxtasis extasiado.

—Parad —les dije.

—Yo paro si ella para —dijo Esther—. Además, deberíamos estar hablando de Myna. Gary, ¿no te parece increíble?

—Es increíble. De verdad.

—¿Lo dices por decir algo? ¿O lo crees de verdad?

—Lo digo por decir algo. No sé qué pensar. Todavía es demasiado pronto. Necesito tiempo para reflexionar.

—No seas picajoso, joder —dijo Vera.

—Tenía que hacerlo, Gary. Se había convertido en un asunto de definición personal. Estaba deambulando como un alma en pena, como si no fuera una persona real. Antes me ilusionaba con cosas que llevaban a la nada. Nunca hacía frente a mi realidad. Lo único que me satisfacía era consumir todo lo que me llegaba a las manos. Pero solamente he perdido diez kilos y las cosas ya empiezan a cambiar un poco. Estoy empezando a captar mi propio reflejo allá donde voy. Me estoy viendo obligada a hacerme frente a mí misma como persona y ya no como alguien que se limita a deambular como alma en pena y a consumir todo lo que le ponen delante. Gary, he perdido demasiado tiempo en cosas que llevaban a la nada. Antes solía pensar con tres comidas de antelación. Me satisfacía el mero hecho de pensar qué vestido me iba a poner para que hiciera juego con los puñeteros zapatos. Me pasaba horas enteras dándoles vueltas a estas cosas. Pensar en las combinaciones de ropa me hacía feliz de verdad. Estos zapatos con este vestido y aquella pulsera. El jersey que tiene la estrella púrpura y las ridículas botas azules. El collar que tiene el símbolo de la paz labrado en hojalata y el colgante de cuero, y la túnica de tela de trapo de color turquesa con cordones en el cuello y mangas largas. Para mí esas cosas eran como las galletas que se les da de premio a los perros. Yo hacía bien mi truco y recibía una galletita. Todo el proceso me alejó todavía más de mí misma e hizo que mi vida entera no fuera más que un enorme proceso de consumo, consumir y consumir. Jerséis con la estrella púrpura, colgantes antiguos, gargantillas de cuentas, frutos secos ecológicos, horóscopos, películas de ciencia ficción, jabón transparente de cuatro dólares, coches ingleses grandes, mansiones en México, ecología, papel de liar de color rosa, pasteles de chocolate, algas con chuletas de cerdo, fideos de soja, poliéster Dacron, rayón, orlón acrílico, poliéster Fortrel, espándex de lycra, cuero, vinilo, ante, terciopelo, velvetón y lona. Todo me lo zampaba, pero lo único que estaba haciendo era sepultar mi propia realidad y mi independencia. Todo lo de irnos a México a no hacer nada más que fumar maría era parte del rollo de la gordura. Gary, sé que yo te gustaba gorda, pero por lo menos ahora, con las responsabilidades de la belleza, tendré la oportunidad de aprender exactamente, o por lo menos de forma bastante exacta, lo que puedo ser, sin más excusas prefabricadas ni escurrir el bulto ni nada parecido. No estoy aquí para consolarte. No puedes esperar acudir a mí sin más en busca de consuelo. Ahora quiero otras cosas. Estoy dispuesta a averiguar si existo de verdad o si soy algo que ha sido ideado únicamente como propaganda comercial.

—Todo es muy existencial.

—No uses palabras —dijo Esther—. O bien Myna te gusta así o bien no. Pero no te puedes escapar con palabras.

—Me tengo que acostumbrar a la nueva situación. Necesito tiempo para acostumbrarme.

—¿Estás seguro de que es solamente eso? —preguntó Myna.

—Eso es todo.

—¿Estás seguro de que no estás claramente en contra? Porque si lo estás, sería mejor que lo dijeras ahora.

—Me tengo que acostumbrar. Tiempo. No hay más. Necesito tiempo.

—¿Estás seguro del todo, Gary?

—Myna, hace muchos meses que nos conocemos. Hemos tenido una relación muy estrecha. Hemos compartido momentos inolvidables. ¿Acaso te mentiría?

—No, creo que no, Gary. Ni por asomo.

—Define *asomo*.

—Está volviendo a ponerse picajoso —dijo Esther—. Si no puede ver lo que tiene delante de las narices, es que le hace falta algo más que tiempo. Creo que está teniendo una reacción de lo más atontada.

—Yo también —dijo Vera.

—Está siendo increíblemente ridículo.

—Por una vez tengo que estar de acuerdo contigo. Es agradable pensar las dos lo mismo para variar. De hecho, esta situación me tiene extasiada.

—Pero qué zorra. Menuda zorra asquerosa.

—Extasiadísima.

—Y es a ti a quien le molan los Evangelios. A quien le molan el amor y la caridad y lo de ama a tu prójimo. La que siempre me está comiendo la oreja con el poder de los milagros.

—Sin fe en los milagros, somos como cañas agitadas por el viento —dijo Vera.

—Está supermetida en los milagros.

—Soy una colgada de los milagros, Gary.

Volví andando al Staley Hall. Era una tarde vacía, pálida y sin viento, no demasiado fría, con el sol oculto y una débil neblina que tapaba el paisaje reduplicado de más allá del campus. Fui a mi cuarto. Bloomberg estaba en cama, bien envuelto en mantas, leyendo uno de mis manuales de entrenamiento de oficiales en la reserva.

—Usan frases enunciativas simples —me dijo.

Guardé mi abrigo y miré un rato por la ventana. A continuación me miré el pulgar derecho. Me parecía importante crear cada segundo con un cuidado infinito, como cuando uno está al principio o al final de una prueba dura y trascendental. Invertí diez minutos en aprender una palabra nueva. Por fin, en pantalones de pana gris y camisa gris, me fui por el pasillo rumbo a la habitación de Taft Robinson.

Me detuve en su puerta y de repente me di cuenta de que pasaba mucho tiempo en las puertas, que siempre había pasado mucho tiempo en las puertas, que había pasado así una buena parte de mi vida. Siempre me sorprendía a mí mismo plantado en una puerta, o bien de pie frente a una ventana, mirando el interior o el exterior de las habitaciones, esperando a que me diera unos golpecitos en el hombro un caballero impecablemente vestido a quien le había crecido carne que le tapaba la boca.

Taft estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la cama, de espaldas a la pared, con un periódico flácido desplegado de rodilla a rodilla. Cogí una silla que había

junto a la puerta. La habitación parecía un poco más desnuda que en mi última visita. Tal vez ahora hubiera una silla menos o hubiera desaparecido algo del suelo, una papelerera o un revistero.

Taft llevaba puestas las gafas de sol. Nos pasamos un rato en silencio. Él miraba el periódico. Yo no experimenté ninguna sensación particular de tensión en el cuarto. Tarde o temprano uno de los dos diría o haría algo. Y entonces uno de nosotros, o bien los dos, estaríamos en posición de decidir con exactitud lo que se acababa de decir o hacer. Se me ocurrió ir a ponerme junto a la ventana a fin de evaluar con mayor claridad y desde una altitud mayor cuáles eran las palabras o acciones relevantes. Me di cuenta de que el acto mismo de ir a ponerse de pie junto a la ventana podría constituir la acción en sí, la mismísima acción sujeta a interpretación. Taft siguió mirando el periódico. A mí me importunó la dirección de mis pensamientos. Intenté fijar la mirada en el centro geométrico preciso de la sala: el punto exacto equidistante de las cuatro esquinas y a medio camino entre el techo y el suelo. Luego a Taft le tembló un poco el hombro izquierdo, un estremecimiento involuntario, un sismo de poca intensidad en algún resplandeciente nervio ártico. Aquella leve ruptura de la estructura básica bastó para alterar todos los niveles del ambiente. Apenas conseguí impedir que mis labios formaran lentamente una leve sonrisa.

—Bienvenido seas cien mil veces —me dijo.

—Se me ha ocurrido venir de visita.

—Entra, pues. Coge una silla y ponte cómodo. Veo que ya tienes silla. Si no me equivoco, ya estás dentro de la habitación y ya te has sentado.

—Correcto. Estoy aquí y sentado. Lo que ves, de hecho, es exactamente lo que crees ver.

—Pues entonces será mejor que empecemos.

—¿Que empecemos qué? —dije.

—El diálogo. El intercambio de palabras. Las expresiones y frases.

—La verdad es que no tengo nada que decir, Taft. Solamente he pasado a hacerte una visita. Me gusta esta habitación. Es agradable. Me atrae. Me gusta de verdad. No hace falta que hablemos, a menos que tú quieras.

—No me importa hablar. Pero ¿de qué podemos hablar?

—Yo estaba pensando lo mismo mientras venía por el pasillo. Es por eso por lo que digo que no hace falta que hablemos, a menos que tú quieras. O a menos que yo quiera. Que quiera uno de los dos, vamos.

—No estoy muy hablador, Gary. Me paso días enteros sin decir palabra. Aunque hay veces en que me coge ansia de farfullar. Sobre nada en particular. Farfullar, sin más. Hablar de lo que sea con tal de hablar. Pero no me parece que éste sea uno de mis momentos de farfullar. De manera que tal vez tengamos que trabajármolo. O sea, ¿de qué hablamos? Si podemos ponernos de acuerdo en de qué hablamos, estoy dispuesto a hablar.

—Pues yo también —le dije.

—¿Pensamos por separado en distintos temas de conversación y luego se los presentamos al otro? ¿O qué? Estoy abierto a sugerencias.

—Siempre están los puntos en común. El fútbol americano, por ejemplo. Estoy seguro de que hay algo en el gigantesco espectro del fútbol americano que podemos discutir durante unos minutos para nuestro beneficio mutuo. Por ejemplo, yo puedo señalar que el tiempo pasa volando. Dentro de tres meses, ¿sabes qué? Paf, paf, paf. Ya llevaremos las protecciones. Ya estaremos pegando. Tres meses y unos cuantos días.

—Los entrenamientos de primavera —dijo.

—Fiu, fiu, fiu. Paf, paf.

—No tengo gran cosa que decir sobre el tema de los entrenamientos de primavera, Gary.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a estar. Dejo el fútbol americano. Ya no quiero seguir jugando.

—Eso es imposible. No puedes decirlo en serio. ¿Y qué quieres hacer si dejas el fútbol americano?

—Quiero concentrarme en mis estudios.

—¿Tus estudios? ¿Concentrarte en qué estudios?

—En esta habitación hay libros —me dijo—. Todos los días voy a clase. Pienso en cosas. Estudio. Leo y formulo. Hay mucho en lo que concentrarse. Me estoy instruyendo en determinadas disciplinas.

—Taft, siempre puedes hacerle sitio. O sea, estamos hablando de fútbol americano. Nadie se pasa el día entero leyendo y estudiando. No te cuesta nada encontrar tiempo para el fútbol americano. O sea, no estamos hablando ni de natación ni de atletismo ni de ningún otro rollo extraacadémico. Hablamos de fútbol americano. De *fútbol americano*, Taft.

—Es un juego grandioso —me dijo—. Y yo busco cosas pequeñas. Cosas minúsculas. Menos padres blancos mirándome correr. Prefiero estar sentado.

Y entonces hizo algo curioso: se desató los cordones. Yo me tomé un momento para examinar las paredes en busca de restos de cinta adhesiva. Un póster de Wittgenstein, pensé. Tal vez fuera eso lo que había tenido ahí colgado. Un póster de dólar con noventa y ocho del filósofo rodeado por el Círculo de Viena. Su obra tenía dos partes. La escrita y la no escrita. El propio autor prefería la segunda. Y tal vez fuera también la que estudiaba Taft.

—Tienes que admitir que el fútbol americano representa una oportunidad tremenda —le dije—. Al final de todo esto hay dinero. Y cosas que el dinero no puede comprar.

—Te refieres al público.

—A todo —le dije—. A la sensación de tener una vida interior enfrentada a la vida exterior o tangible. De vivir contenido en tu propia piel. Ya me entiendes. Todo.

El patrón. La moralidad.

—Tal vez anhelo el sueño lánguido y neblinoso —me dijo él, despacio y en voz baja, burlándose de sí mismo sin que apenas se notara—. Eso también es vivir cerca de uno. Tú hablas de acercar el interior al exterior. Yo te hablo de coger todo ese exterior enorme y traérmelo a rastras para adentro. ¿Cómo llaman en el norte de África a esa cosa que fuman? No estoy planeando ninguna clase de misticismo de la hierba sagrada ni nada de eso. Soy demasiado bronco para eso. Pero es cierto que la contemplación tiene sus recompensas. Las nuevas formas de vida requieren un lenguaje nuevo.

—Muy bien, pues, puñeta. Olvídate del dinero. Y olvídate de la metafísica. La cuestión aquí es seguir el camino que se te dé mejor. Y es una puñetera lástima desperdiciar un talento como el tuyo. Prácticamente va en contra de una especie de equilibrio o plan maestro implícito. De un mecanismo natural meticulosamente equilibrado. Te lo digo en serio.

—Si no juego al fútbol americano, el lince rojo se extinguirá en Wyoming, ¿verdad?

—Eres deportista, Taft.

—Y tú también, Gary. Pero si tú quieres dejarlo, yo no te voy a convencer de lo contrario.

—Como deportista tengo deslices graves. Lo mío, más que jugar al fútbol americano, es ir entrando y saliendo de bancos de nubes de acción y ruido. No soy un jugador hecho al cien por cien de pasta americana. Tengo tendencia a retraerme de vez en cuando a fin de llevar a cabo pequeños descubrimientos que no tienen importancia ninguna. Llevo a cabo inspecciones espurias. Me engaño a mí mismo.

—Gary, tu raza debería estar orgullosa de ti.

Bajó la vista para mirar el periódico. Yo lo interpreté como indicación de que habíamos llegado al final de la fase introductoria. Me fui a la ventana y me desperecé. Un bostezo en dos partes alargó el débil reflejo de mi cara. Apenas se veía movimiento en el campus. Todavía no había oscurecido del todo. Había un hombre (o tal vez una mujer) mirándome desde una ventana del edificio más cercano. Me inquietó no poder estar seguro del sexo de aquella persona. Siempre es interesante plantarte junto a una ventana e intercambiar miradas con una mujer desconocida que está en otro edificio. Pero en aquel caso no podía estar seguro de si estaba mirando a un hombre o una mujer. Por consiguiente, me pareció peligroso mostrar interés. Era claramente un asunto demasiado delicado para involucrarme en él en aquel momento. Volví a la silla y me senté. Encorvado hacia delante, me examiné los zapatos. Se me ocurrió bajar a la sala de utilería para comprobar si era cierto el rumor de que había uniformes nuevos. De acuerdo con el rumor, el cuerpo de entrenadores había decidido introducir unos ligeros cambios de diseño de cara al uniforme de la temporada siguiente. Lo más seguro es que en aquel momento hubiera gente abarrotando la habitación de Billy Mast, o la de Randy King, para hablar de aquel rumor, para

embellecerlo, para nadar en él y jugar con él. Podía bajar a la sala de utilería, echar un vistazo y subir corriendo a la habitación de Billy Mast con toda la información o desinformación que hubiera conseguido cosechar. Luego todos podíamos discutir del tema una hora más o menos. Me pregunté si mi uniforme incluiría el título CAP o COCAP debajo del hombro derecho o encima del número 44 de mi espalda. Confiaba en que el rumor resultara ser cierto. En el peor de los casos, confiaba en salir de allí con un casco nuevo. Los antiguos no me gustaban mucho. Me sentiría satisfecho con un casco nuevo y con el título COCAP encima de mi número.

—Esto es lo que yo he interpretado —le dije—. He interpretado que tú viniste por Creed, porque él te convenció de que podía convertirte en un jugador completo de fútbol americano. O tal vez más que eso. Hubo más, ¿verdad? Creed tenía algo que te atraía, que te impresionaba, que te parecía que tenía que ser importante. Te transmitió una especie de mensaje que conectaba contigo, el mismo mensaje que había recibido yo, la sensación de que había una especie de sinceridad espantosa capaz de fluir de un lado a otro entre vosotros. Creed tiene algo que da escalofríos. Siempre parece a punto de descubrir algo horrible sobre sí mismo. Es uno de esos hombres que no dejan nunca de sufrir, ¿verdad?, y te arrastra a ti con él. Como estés en su presencia, casi seguro percibirás en él alguna clase de dolor. Y te deja acercarte bastante a ese dolor, no del todo pero sí bastante. Y eso es lo que te lleva a confiar en él, o por lo menos a identificarte con él, si eres por lo menos un poco sensible a la realidad del tipo, a esa sinceridad espantosa que transmite. ¿Tengo razón o no?

—Tendría que ver toda esa cuestión desde una perspectiva histórica —dijo Taft.

—Estoy ansioso. Me muero de ganas de oírlo.

—Cuando se supo que me marchaba de Columbia, empezó a venir bastante gente. Un grupo. Una panda de gente, vamos. Cazatalentos. Hombrecillos astutos. Tasadores. Todos con arrugas alrededor de los ojos y unas sonrisas tan amigables que uno veía que tenían que reprimir. Venían de todas partes. Venían de los pantanos, de las montañas, de los llanos, de los lagos. En diez días oí todas las variantes de todos los acentos regionales que te puedas imaginar. Y absolutamente todo era fútbol americano. Instalaciones, maquinaria, tradición, orgullo, estatus. Todo era qué liga es la mejor. Todo era rivalidad intersectorial y partidos fuera de la temporada oficial. Aquella gente era capaz de pasarse seis horas seguidas hablando de fútbol americano, diez horas, un fin de semana entero de cabo a rabo. Todo el mundo menos Creed. Toda aquella gente era igual, compiladores de dígitos, contadores de cuerpos. Muy amables, pero todos eran así.

—Y luego llegó Big Bend.

—Creed era demasiado. Era parte Satanás y parte san Francisco o algo parecido. No ofrecía nada más que trabajo y dolor. Se puso a susurrarme al oído. Me susurró literalmente cosas al oído. Me decía que conocía todos los secretos menos uno: cómo era ser negro. Nos enseñábamos cosas el uno al otro. A veces él le daba cierto aire de batalla épica, él contra mí, como una especie de gigantomaquia, dos dioses

guerreando. Otras veces intentaba camelarme, pero no con perspectivas de gloria. Al contrario, se ponía a hablarme de trabajo, de dolor y de sacrificio. Y de en qué me convertirían aquellas cosas. A decirme que yo las necesitaba. Que yo las anhelaba secretamente. Me iba a enseñar a enterrarme en el suelo. Me iba a enseñar a ir más allá de mis propios límites. Mente y cuerpo. Eso lo subrayó más de una vez. Mente y cuerpo. Y todo sería trabajo, dolor, furia y sudor. No había tiempo para nada que no fuera esencial. Nos negaríamos a nosotros mismos. Llegaríamos al fondo del asunto. Averiguaríamos cuánto podíamos aguantar. Aprenderíamos los secretos.

—Te convenció vendiéndote dolor y sacrificio —le dije—. Hay que reconocerle la originalidad de sus métodos. Conocía a su presa. Sabía cómo ganarte, Taft. Aquí no había hermanos. No había hermanas. No había prensa deportiva que registrara tu magia. No había cámaras. Te convenció con el dolor. Sabía exactamente lo que hacía. Se lo reconozco. Te convenció a base de negación de uno mismo, de soledad y de geografía.

—No hagas que parezca tan antinatural, Gary. Este sitio tampoco está tan mal. Todo tiene algo que lo equilibra.

—Ya lo sé —le dije—. Soy muy consciente. Pero dime cómo termina la historia. ¿Creed y tú os instruisteis el uno al otro? ¿Llegasteis al fondo de la cuestión? ¿Él sabe que has decidido dejar el fútbol americano?

—Yo me sigo instruyendo en ciertas disciplinas. De manera que en ese sentido sigo descendiendo hasta el fondo de la cuestión. Creed sabe que ya no voy a volver a jugar a fútbol americano. Hace un tiempo que lo sabe. Me dijo que ya se lo esperaba. Yo le dije que ya lo sabía. Estábamos en ese cuarto que tiene. Es tremendo lo metido en sí mismo que está. No creo que vea necesidad alguna de moverse. O sea, lo que tenga que venirle, ya le vendrá. Creo que es así como él lo ve. O bien le vendrá o bien no. No creo que le importe mucho. Pero yo me estoy empezando a sentir mucho mejor ahora que he dejado el fútbol americano. Era hora de quitarse. Cada día me siento mejor.

—¿Y qué os enseñasteis el uno al otro?

—Esa clase de pregunta nos lleva a terrenos en los que es difícil evitar parecer ridículo. En pocas palabras, no nos enseñamos nada el uno al otro. Eso lo resume bastante bien, creo yo. Y ahora ya casi es hora de ponerse mirando a la Meca.

—Doy por sentado que te vas a quedar aquí. Con o sin fútbol americano. Hay tantos argumentos en contra de este lugar que doy por sentado que te quedas.

—Tengo esta habitación arreglada exactamente como la quiero.

—Claro. Esta habitación. Cómo no.

—No te estoy yendo con evasivas, Gary. Ni tampoco manteniendo unas distancias tradicionales. Quiero que te tomes lo que digo literalmente. Todo lo que te he dicho es para tomárselo literalmente. Tengo esta habitación arreglada exactamente como la quiero. Es una habitación bien proporcionada. Tiene el número justo de objetos. Todo está exactamente donde tiene que estar. Tardé mucho en que fuera así. Antes de venir

aquí, sin embargo, le puse a Creed una condición. No compartir habitación. Lo necesitaba, le dije. Supongo que todo el mundo supuso que me tenían aparte en nombre de la sensibilidad racial. Pero no era eso en absoluto. Fue idea mía desde el principio. Era la única exigencia que le hice a Creed. No compartir habitación.

—Dos relojes —le dije.

—Solamente es un exceso en apariencia. Porque se corrigen el uno al otro. Entre los dos llegan a un equilibrio, a una noción de cuánto espacio hay que reconstruir. Espacio en el sentido de diferencia entre manecillas que se contradicen.

—Tres lápices grises en un ex frasco de mermelada sobre un escritorio pequeño, probablemente de roble.

—Cierta juego de las formas. Las palabras del viejo frasco de mermelada. El hecho de que los lápices se reducen con el uso. La afinidad de materiales.

—Una radio.

—El lugar donde se reciclan las palabras. El lugar donde se queman aldeas. Ahí está mi Indochina. Solamente la escucho en ciertos momentos del día y durante ciertos periodos de tiempo. Cuando se acaba el tiempo, la dejo en silencio. Es casi una ceremonia.

—Una pequeña marca que ha dejado la cinta adhesiva en la pared.

—Creo en las formas estáticas de belleza —me dijo—. Me gusta medir las cosas y dejarlas que se queden como están. Intento crear grados de silencio. Las cosas que hay en esta sala son simples y estáticas. Están medidas meticulosamente. En cuanto hago un cambio diminuto, todo cambia. Y ese cambio se vuelve inmenso. Mi vida aquí casi se parece a cierta clase de sueño. Ya sabes que a veces los objetos de los sueños adquieren una importancia enorme. Es como que resuenan. Es fácil tenerles miedo a los objetos de los sueños. Pues a veces esto se vuelve un poco así. A veces parece que yo me haga más pequeño y que la sala se alargue. Los espacios que separan los objetos empiezan a dar un poco de miedo. A mí me gustan los colores de esta habitación, el hecho de que no se muevan nunca ni cambien nunca. El tono de la habitación cambia, sin embargo. A veces se oye un murmullo. Se oye un rugido sordo. Se oye una especie de cántico tosco e idiota. Creo que el tono de la habitación cambia dependiendo de la hora del día. A veces es oceánico y a veces apenas se percibe, como si fuera una especie de pequeña pulsación en un desván. La radio es importante en este sentido. La clase de silencio que se hace después de que suene la radio nunca es igual que el silencio que había antes. Yo uso la radio de distintas formas. Casi la convierto en ejercicio espiritual. Silencio, palabras, silencio, silencio, silencio.

—Mi compañero de habitación se mea en la cama —le dije—. Me cuesta un poco desarrollar cualquier clase de quietud genuina en esas circunstancias. Por alguna razón, el pipí es adverso a la quietud. Aunque no me gustaría tener que demostrarlo fenomenológicamente, por así decirlo.

—Ya entiendo tu problema.

—¿Qué me dices de los libros, Taft? ¿Cómo encajan en el plan? Yo tengo un problema en ese sentido. Me gusta leer libros sobre destrucción y sufrimiento masivos. Me paso mucho tiempo leyendo textos sobre la guerra termonuclear y todo lo que pertenece a ella. Enfermedades horribles, incendios que arrasan los centros urbanos, años sin cosecha, caos genético, temperaturas que suben y bajan en picado, pánico, saqueos, suicidios, cuerpos calcinados, brazos arrancados, millones de muertos. Esa clase de cosas.

—A mí me gusta leer sobre los hornos —dijo Taft.

—¿Qué quieres decir con los hornos? ¿Lo dices en serio?

—Las atrocidades. Me gusta leer sobre atrocidades. Me gusta leer sobre los hornos, las duchas, los experimentos, los dientes, las lámparas y el jabón. Debo de haber leído treinta o cuarenta libros sobre el tema. Pero mis preferidas son las de niños. Gente que quema vivos a los niños y a sus mamaítas. Que les rompe los dientes a los niños con la culata del rifle. Que arrasa aldeas llenas de niños. Que dispara a zanjas llenas de niños, niñitos pequeños, bebés, todo eso. Ése es mi interés particular. Las atrocidades en general con énfasis especial en los niños.

—Yo no soporto leer sobre niños.

—Ni yo tampoco, Gary.

—La idea de la gente que tortura y mata a los niños.

—Eso es lo peor que hay. Yo no lo soporto. Pero ya debo de haber leído unos ocho libros sobre el tema. Treinta o cuarenta sobre los hornos y ocho sobre los niños. Es horrible. No sé por qué sigo leyendo esas cosas.

—Debe de haber algo que podamos hacer —le dije.

—Empieza a ser hora de volverse hacia la Meca. Tienen la piedra negra de Abraham en ese santuario de la parte antigua de la Meca, cuyo nombre debería consultar porque me olvido de él todo el tiempo. Aunque tampoco importa. Los nombres no son más que nombres. Da igual un lugar que cualquier otro. Abraham era negro. ¿Lo sabías? María, la madre de Jesús, era negra. Rembrandt y Bach tenían sangre masái. Todo viene en los libros de Historia, si los lees con atención. Tolstói era tres octavas partes negro. Euclides era cinco sextas partes negro. Aunque tampoco quiere decir nada. Nada de todo esto importa lo más mínimo. Dios, creo que estoy empezando a farfullar.

Se quitó las gafas oscuras y se pellizcó el puente de la nariz con gesto de fatiga genuina. Tenía los ojos cerrados. Se echó a reír en voz baja en dirección al periódico que tenía entre las rodillas, preparándose a su modo para cualquier acto religioso que hubiera programado a continuación.

Bajé las escaleras para ver qué podía averiguar de aquel rumor que corría sobre los uniformes nuevos. Pero no había nadie, ni tampoco señal alguna de uniformes, viejos o nuevos. Decidí caminar hasta el despacho de Zapalac, que estaba en una estructura de bloques de hormigón situada únicamente a un centenar de metros. No me molesté en coger abrigo. No hacía mucho frío y me demoré un poco en llegar. El

edificio estaba lleno de cuartos pequeños y oscuros, todos desocupados. Las paredes del despacho de Zapalac estaban cubiertas de pósteres, eslóganes impresos y diversos símbolos de tal o cual movimiento. Su bufanda estaba allí, pero él no.

En mi cuarto, a las cinco de la madrugada siguiente, me bebí medio vaso de agua tibia. Era la última comida o bebida que consumiría en muchos días. Las fiebres altas me abrieron a fuego un túnel fino y estrecho por el cerebro. Al final tuvieron que llevarme a la enfermería y alimentarme por medio de tubos de plástico.